



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

Año II. Se publica los días 8 y 24 de cada mes.—Administración Central, calle del Baño, núm. 1, 3.º **Madrid 24 de Junio de 1858.** Precios: En España 24 rs. trimestre.—En el extranjero y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado. **Núm. 8.**

DIRECTOR PROPIETARIO, DON EDUARDO ASQUERINO.	Sres. Balaguer (Victor). Baralt (Rafael). Bona (Félix). Borao (Gerónimo). Borrego (Andrés). Breton de los Herreros (M). Calvo Asensio (Pedro). C. Calvo y Martín (Pedro). Campoamor (Ramon). Canalejas (Francisco de P.). Castelar (Emilio). Cánovas del Castillo (A.). Cervino (José).	Sres. Castro y Serrano (José). Cazurro (M.º Zacarías). Colmeiro (Manuel). Sra. Coronado (Carolina). Sres. Dacarrete (Angel). Duran (Agustín). Egnilaz (Luis). Escalante (Alfonso). Estévez Calderon (S.). Escosura (Patrio de la). Estrada (Luis de). Fernandez Cuesta (Nem.º). Fernandez y Gonzalez (M).	Sres. Ferrer del Rio (Antonio). Fernan Caballero. Figueroa (Laureano). Flores (Antonio). Galvez Cañero (José). García Gutierrez (A.º). Gayangos (Pascual). Gener (José). Gimenez-Serrano (José). Gomez Marin (Manuel). Gonzalez Bravo (Luis). Graells (Pedro). Güell y Renté (José).	Sres. Hartzenbusch (J. Eugenio). Hisern (Joaquín). Lafuente (Modesto). Larrañaga (G. Romero). Lasala (Manuel). Lastarria (J. U.). Lobo (Miguel). Lorenzana (Juan). Macanáz (J. Maldonado). Madoz (Pascual). Mañé y Flaquer (J). Bar.º. Martos (Cristino). Mata (Guillermo), Chile.	Sres. Molins (Marqués de). Muñoz del Monte (Fran.º). Ochoa (Eugenio). Olavarría (Eugenio). Olózaga (Salustiano). Ortiz de Pinedo (Manuel). Palacio (Manuel del). Pellon y Rodriguez (J.). Pasaron y Lastra (Ramon). Pi Margall (Francisco). Rancés y Villanueva (M). Ribot y Fontseré (Ant.º). Rios y Rosas (Antonio).	Sres. Rivero (Nicolás María). Romero Ortiz (Antonio). Rosell (Cayetano). Rosa Gonzalez (J. de la). Ruiz Aguilera (Ventura). Sagarminaga (Fidel de). Sanz (Eulogio Florentino). Segovia (Antonio María). Trueba (Antonio). Ulloa (Augusto). Vega (Ventura de la). Velez de Medrano (Ed.º). Viedma (Antonio).
---	---	---	--	--	--	---

SUMARIO.

América (art. 3.º), por D. Roque Bárcia. — *El asiento moral de la Sociedad española*, por D. Francisco Muñoz del Monte. — *Mas sobre la antigua América española*, por D. Alfonso de Escalante. — *Inauguración del ferrocarril de Castillejo a Toledo*, por D. Eugenio de Olavarría. — *Las sucursales del Banco de España*. — *Revista científica*, por D. Manuel Fernandez de Castro. — *Epistola sobre el asalto y saco de Roma por los españoles*, por D. Antonio Cánovas del Castillo. — *Dicha y Suerte*, por Fernan Caballero. — *Sueltos*. — *Revista extranjera*, por don Manuel Ortiz de Pinedo. — *Revista mercantil y económica de ambos mundos*, por don Eugenio de Olavarría. — *Revista de la quincena*, por don Nemesio Fernandez Cuesta.

LA AMÉRICA.

AMÉRICA.

III.

El mundo moral que dormía y se evaporaba en el Asia, se ahogaba en Europa.

La joven Europa con relacion al Asia, es la vieja Europa con relacion a América.

Llevemos esa Europa a la América, y cabrá holgadamente en un solo río, en un solo valle, en una sola isla, en sus lagos, en sus llanuras, en sus desiertos, en sus cordilleras, en cualquier rincón de aquella naturaleza monumental.

Pongamos el Vesubio al pié del Orizaba con sus diez y siete mil trescientos setenta piés ingleses de elevación, y parecerá un gusano que rastrea el suelo. Pongamos las llanuras de Polonia junto a los llanos del Sur de América, y parecerán una carrera de caballo.

Vertamos todos los rios europeos en el Amazonas, y todos nadarán allí.

Allí tiene el hombre el mar mas grande, como el Océano; el río mas grande, como el Amazonas; el mas largo, como el Mississippi; los valles mas estensos, como son los que surcan esos dos rios; el lago mas grande, como el superior; el torrente mayor, como el Niágara, mientras que el Paso de Tequendama y la cordillera de los Andes se levantan sobre todas las proeminencias del globo, como si quisieran ser la cabeza y los ojos donde se refleja la escelencia de la creación.

Allí tiene el hombre cien monumentos desde donde hablar a la humanidad, y esto es lo que la humanidad quiere, lo que el mundo busca, lo que hace falta a la predestinación de la vida: esta es la tierra por donde debía dilatar sus raíces aquel árbol nacido en el Asia.

Allí tiene el hombre todos los climas, bajo las capas de su atmósfera; todos los frutos, bajo las capas de su tierra; casi todos los animales, en sus prados, en sus desiertos y en sus bosques; casi todas las razas, en su sistema de población; todos los medios de trabajo, en su industria; todos los medios de cambio y de transporte, en su comercio; todos los medios de instrucción, en sus escuelas; todas las maneras de adorar a Dios, en sus religiones.

Donde la naturaleza se manifieste de un modo mas rico, mas grande, mas general y mas favorable a la fusión de afectos e intereses humanos, allí tendrá su hogar

la civilización; porque la civilización no es otra cosa que la lucha digna de la gran guerra, el palenque digno de la gran lucha, el teatro propio del gran actor, el cuerpo energético y poderoso del alma universal.

Donde el mundo de la geografía se revele en su posible plenitud, allí tambien se revelará lo mas plenamente posible el mundo del espíritu, y, ó mienten la ciencia y la historia, ó esta sublime revolución de nuestros destinos toca a la geografía americana.

El Asia se embriaga y dormita.

La Europa piensa, habla y lucha.

El Norte americano piensa y quiere, siente y trabaja. Es una sociedad que se va situando enfrente de Dios, de la humanidad y de la materia; el mundo moral puesto en contacto con el mundo físico. No lo está aun; pero tiende a estarlo, y esta tendencia es un espectáculo que la tierra no habia presenciado todavía.

Y ante la aparición gigantesca y solemne de un porvenir tan prodigioso; ¡cuán raquíticas aparecen ciertas opiniones!

El descubrimiento de la América nos trajo la semilla de la perdición, suele decirse aun por personas ilustradas.

Sus enfermedades corrompieron nuestro temperamento con su virus.

Sus producciones debilitaron nuestra energía, despertando en nosotros el gusto a los deleites.

Sus riquezas aniquilaron nuestra producción con la holganza que nace de la prosperidad.

No! La moral del mundo tiene su criterio soberano, y ese criterio dice que media humanidad no se dibuja en el mapa de un pueblo, para causar la perdición del pueblo ó del siglo que operó tal milagro.

¡Quién sabe lo que se madura bajo los ardores de aquel sol! ¡Quién sabe si del fondo de aquellas selvas vírgenes han de venir los libros, las leyes, los inventos, las artes, como venian en otro tiempo las perlas y diamantes del Brasil, el oro de Méjico, las piedras preciosas del Perú y de Chile; como venian los mármoles de Egipto, las palmas de la Arabia, las plumas de la India, la mirra del Yemen, la púrpura de Tiro, los tapices de Babilonia!

¡Quién sabe la suerte que está reservada a un nuevo Fulton, que venga mañana triunfante de aquellas tierras que fueron un día nuestras esclavas!

Opinar de otro modo, es no sentir esa especie de electricidad religiosa que se apodera de nuestra alma en presencia de toda idea grande. Seamos siquiera magníficos en la esperanza! Esta esperanza tiene tambien su géneo, su moral, su sancion, y ese géneo nos está augurando que no en balde el hombre surca los mares y busca horizontes bajo el cielo de América. Algo lo llama, algo germina allí! Ese algo es un algo providencial!

Las emigraciones de la idea civilizadora (vuelvo a mi asunto), pudieran compararse a un hombre que nace en un país, que viaja por otro y reina en un tercero.

El pensamiento humano nació en el Asia, viajó por Europa, reinará en América.

Dudando é viendo, abramos el mapa del Norte americano, y preguntemos a la geografía: ¿qué será con el

tiempo Nueva-Orleans? ¿Qué llegará a ser esa ciudad que se encuentra situada en la orilla izquierda del Mississippi, de esa columna del diluvio, como llama Chateaubriand a la catarata del Niágara? ¿Cuál es el porvenir de esos mármoles amontonados en el centro de un valle, sino el mas grande, el mas fértil del globo, a ciento cinco millas de un río sin igual que lleva sus aguas al golfo de Méjico, golfo de Méjico que es el centro de América, el nivel de quince millones de millas cuadradas, y la llave maestra de los mares del Sur?

Resucitemos con el pensamiento todas las ciudades que simbolizaron las creaciones del géneo antiguo en Pérsia y Caldea, en la Fenicia, en Palestina y en Egipto, en Africa y Europa. Resucitemos con el pensamiento a Babilonia y Ninive; a Tiro y a Jerusalem; a Tebas, Cartago y Alejandria; a Atenas y Roma.

¿Qué Babilonia ó qué Alejandria se edificó nunca en el centro de un valle de cinco millones de millas cuadradas, capaz de alimentar a quinientos millones de criaturas?

Llevemos todas las ciudades antiguas a las orillas del Mississippi, cerca de los muros de la Orleans futura, del futuro capitolio del mundo y preguntémosnos: ¿qué Tiro ó qué Cartago recibió nunca el flujo portentoso de tanto trabajo y de tantas vidas? ¿Dónde alumbró el sol un Atenas ó un Roma que se calentase entre el hálito y el hervidero de esa humanidad milagrosa? Y repitiendo la idea anterior ¿dónde ha respirado el volcan del mundo por una boca semejante?

¿Qué buscan en América esas emigraciones de Europa? Preguntan ciertas gentes admiradas.

¿Qué buscan, preguntais? Esas emigraciones son el espíritu de la humanidad. ¿Qué busca ese espíritu, decís? Busca una boca por donde arrojar el aliento, como busca la lava espacios en el aire donde exalar su respiración inflamada. Busca la Nueva-Orleans del porvenir, el Méjico purificado de otras edades, el Asia futura del género humano. Busca tener una raíz en aquel árbol de la vida que la geografía plantó en el Asia, y que la misma geografía trasplanta en América.

La geografía, despues de la Providencia, es el gran personaje de este drama inmenso.

Es verdad que nadie tiene sondas para medir la profundidad del destino, y ¡quién sabe tambien si esa Nueva-Orleans llegará a ser un espectro célebre en el panteón de la historia, como los grandes pueblos de la antigüedad!

¡Quién sabe si será una reina desheredada como Venecia, poseedora del Adriático; como Génova y Pisa, poseedoras del mar de Toscana; como nuestro Cádiz, poseedor un tiempo del Océano y de las dos Indias, como pueden ser reinas cautivas en adelante las ciudades libres de Alemania, señoras hoy del Báltico y del mar del Norte!

Es verdad de la misma manera que las proporciones en que se desarrolla el Norte americano agobian y espantan la imaginación, y parecen profetizarnos que una gran fortuna debe tener por fin una gran catástrofe: es verdad que el aliento de las generaciones que allí se agrupan y se desenvuelven, deja detrás de si como un

vapor que impide á nuestra alma penetrar en lo venidero: el mismo vapor que nos ofusca la fantasía cuando queremos representarnos la belleza de un paraíso, el resplandor de un palacio de luz, ó el aspecto de una procesion de esqueletos y de visiones: el mismo vapor donde se pierde nuestra vista, cuando deteniendonos en el borde de una catarata, sintiendo estremecerse la tierra, contemplando despeñarse un torrente como si viniera del cielo, nuestros ojos encuentran una nube que arrolla sus miradas y no les deja pasar al otro lado del horizonte.

Hay vapores, hay dudas, hay riesgos, porque la constitucion de un pueblo universal no es una empresa de tal indole que no esté sujeta á muchos y graves peligros. Hay celajes; pero á través de esos celajes se divisa un astro creciente, como á través de las nubes del alba se adivinan los fulgores del dia, como á través de profundos misterios se adivina un milagro de la ciencia ó del arte, como á través del celaje que cubre el torrente viene á herirnos el alma un milagro de la naturaleza.

Habrà motivo, sea en buen hora, para presentir y dudar, para entusiasmarse y reirse; pero sobre toda duda y toda ironía, sobre todo agüero y todo entusiasmo, descuella el hecho incontestable de que existe en el mundo la raza anglo-americana, y que esa raza es dueña hoy del territorio que se extiende desde el Océano Atlántico, llave del Africa (al Oriente), hasta el Océano Pacífico, llave de Europa (al Occidente), y desde el rio de San Lorenzo, llave del Norte, hasta el golfo de Méjico, llave del Sur. Descuella una verdad elocuente de que una sola raza se halla en contacto con los cuatro ángulos avanzados del mundo, y que parece dominarlos con su voluntad y su intencion, como cuatro brazos sobrenaturales que están abarcando los cuatro lados de una enorme estatua.

No niego que el presente es contradictorio, que hay no pocas dificultades que vencer, que existen muchos vicios que purgar; que la materia está allí á punto de exajerse; que hay que establecer el equilibrio entre aptitudes igualmente humanas, entre derechos igualmente sociales. No niego que el *dollar* elevado á virtud, á poder, á gerarquía, encierra en sí grandes peligros. No niego que el ansia de conquistas prematuras los encierre tambien, porque la naturaleza es lenta y magestuosa en sus grandes creaciones; pero el porvenir de ese actor en medio de una escena tan magnífica, no puede menos de llenar de asombro al pensamiento mas atrevido.

¿Cómo no ha de haber nubes alrededor del astro de un país, cuando es ley de la creacion que amenazca coronado de brumas el astro del cielo?

Y cuando hay montañas á cuya cumbre no ha llegado aun otro rumor que el choque del rayo, el aleteo salvaje del buitre y el hervidero oculto de las erupciones: cuando la sonda humana no ha medido aun la profundidad de ciertos mares: cuando de tantas millas que tiene la tierra de diámetro no hemos profundizado media: cuando la fuerza de los Kalmukos se gradúa actualmente por la fuerza de carruages rusos, como si dijéramos: fuerza de tantos hombres, fuerza de tantos carros: cuando aun pisan el suelo del hombre tantos herederos de la primitiva barbarie asiática, como los hotentotes del Africa, los guaranos del Paraguay y los isleños de la Oceania, los cuales se cortan el dedo pequeño para mostrar dolor por la pérdida de sus parientes, que se pican el cútis por gala y adorno, que ofrecen gritando la cabellera de sus enemigos en señal de victoria, que mezclan la sangre de las personas que contratan, que dan muerte á sus padres ancianos, que sacrifican á los esclavos sobre el sepulcro de sus señores y á las mujeres sobre el de sus maridos, como en prenda de fidelidad y de amor: cuando verificada la muerte de un rey en Guinea, degüellan un número crecido de esclavos para que le acompañen en la otra vida: cuando esos hombres que viven al Sud-este de las cimbelas, se cubren las carnes con la piel de buey, y la cosen con fibras de animales: cuando los bodhs del Tibet creen en su Delai-lama, gefe divino y temporal, como en una criatura eterna: cuando en Dahomey (alta Guinea), casi se adora al rey que ejerce el despotismo mas brutal y grosero: cuando ese rey-idolo, esa apostasia religiosa y política, tiene un regimiento de mujeres armadas de fusiles y arcos, y ese regimiento es el primero de su guardia: cuando muerto el rey, aquellas mujeres sublevadas se asesinan unas á otras, hasta que reciben la orden del nuevo soberano: cuando el alcázar de este soberano es una reunion de chozas circuido de un muro, muro que embellecen incrustando en él quijadas de hombres: cuando los habitantes del mismo reino desheredan al hijo mayor de un soberano, si juzgan que no tiene la conveniente ferocidad para oprimirlos, y nombran al segundo, al tercero ó al cuarto hasta dar con el *hombre feroz*: cuando hay un país donde se profesa como máxima de gobierno que un rey no es buen rey si ante él no comparece el súbdito temblando: cuando en el mismo reino de Dahomey se adora al tigre: cuando todavia hay tierra en el globo que sostiene á hombres que adoran en un tigre, su única providencia, toda la sublimidad religiosa, toda la piedad de su corazón: ¡ay! cuando aun late dentro del espíritu del mundo un corazón que tiene una piedad como las viboras, tienen veneno como tiene el veneno una virtud que nos devora: cuando en el reino de Benin se vierte aun la sangre del hombre sobre las aras de un sacrificio idiota y sacrilego: cuando entre los mismos que se glorian y enorgullecen de llevar el nombre de europeos, aun entre nosotros, tiene que presentarse un arzobispo para convencer á los rusos amotinados de que los alambres del telégrafo eléctrico no eran hilos diabólicos con que el infierno pretendia aprisionarlos: ¡ay! cuando tanta escoria está hirviendo aun en el fondo del vaso donde se depura el revuelto licor de la humanidad: ¡ay! cuando esa humanidad es negra y vil en el pobre Yolof, errante y pirata en el beduino y en el tártaro de la China, luchadora de osos en el samoyedo, pastora de renos en el lapónés, de camellos y de elefantes en el árabe, de llamas en el peruano silvestre, de potros bravíos en el Mogol, adoradora de la magia en el negro de Angola, cazadora

de cetáceos en el groelandés, cazadora de hombres en los ingleses del Cabul, antropófaga en los isleños de la Oceania: ¡ay! digo otra vez, cuando tantos sepulcros tenebrosos arrojan su lápida negra sobre lo pasado, lo presente y lo porvenir, hiriendo mis oídos y mi alma con tantos clamores y tantas agonías, ¿á qué hombre sin corazón y sin conciencia no llenará de júbilo volver los ojos á ese norte de América, á esas pirámides de un dia profético y armonioso, donde un poder que apenas se comprende, pone los cimientos á una civilizacion colosal y virgen como sus bosques y su luz? ¿Quién no hallará consuelo en el estudio de esa generacion extraordinaria, donde se tiene por título el trabajo, por conveniencia la buena fé, por ley el movimiento, por necesidad la instruccion, por sabiduría las invenciones útiles, por juicio supremo la prensa, por pasion y por hábito la libertad? ¿Una generacion, en fin, que segun las palabras de un capitán célebre, tiene por cabeza una fragua, por piés el vapor, y por lengua el fluido eléctrico?

No tengamos envidia, sin embargo. Los triunfos de la civilizacion no son la obra de un pueblo ó de un siglo, sino la peonada laboriosa y divina del derecho de gentes en el tiempo y en la humanidad, y bueno es que luzcan astros en el cielo para que se ilumine la tierra. Bueno es, porque es providencial, que esa tierra tenga una boca por donde respire.

Y si salimos de la América septentrional y tendemos los ojos sobre tantos grupos de pequeñas familias sociales, los cuales se presentan á la fantasía como montecillos de arena blanca diseminados por un gran desierto, ¿quién no ve en esas tribus políticas otras tantas columnas que están sirviendo de puntales á una futura nacionalidad americana?

Acaso aquellas tribus no han pensado que son porciones sueltas de una nacion que se elabora secretamente: tal vez no lo esperan, no lo quieren quizá; pero los siglos tienen su moral inflexible, el destino marca las horas, y cuando la hora suena, la moral de los siglos pasa á ser moral de los pueblos.

Pero la historia de la América no está solo en la América.

Vedla ya triunfante en el comercio intransigente de la China. Vedla triunfante y respetada en el comercio misterioso del Japon, al lado de la Holanda. Vedla triunfante y moralizadora en ese infierno de la geografía que se llama Africa, en ese otro infierno del Africa que se llama Guinea. Vedla victoriosa, expansiva y magnánima en la costa de los esclavos.

Mis lectores tendrán noticia seguramente de la *república de la Siberia*, fundada en dichas costas, y que se compone de esclavos libertos.

Después de la ley de 1787 en que se decretaba que no podían existir esclavos en territorio inglés, condujeron á las playas de Africa cuatrocientos negros y setenta europeos, cuya colonia constaba ya en 1828 de mil quinientos africanos. Esta colonia fué precisamente á la que Jefferson, presidente de la Union federal del Norte, propuso que admitiera emigrados de los Estados-Unidos, cuya idea conebió en 1801, y que fué objeto de la legislacion de la Virginia en 1816.

Sin embargo, la sociedad americana de colonizacion no se organizó hasta 1817 por el inteligente y humano Finley.

Cuando algunos le dirigieron objeciones sobre su propósito, Finley contestaba: *ya sé que el cielo me ha enviado esta idea.*

Una señora dió sesenta esclavos á la sociedad libertadora. Un propietario dió tambien sesenta, otro veinte.

La colonia corrió épocas de azar; pero las venció valerosamente.

Un pequeño rey africano que la habia vendido algunas tierras, temeroso con harto motivo de que la presencia de los negros libres fuese un impedimento á la venta de esclavos, hizo armas contra ella é intentó destruirla. Dichosamente tuvo por gefe á un hombre capaz y resuelto, llamado *Fehady Ashmun*. Este hombre dirigió á los colonos sencillas y fuertes palabras sobre la necesidad de una defensa tan vigorosa como era indudable su derecho; la pequeña tribu abandonó ciento ochenta casas que no podia defender; levantó empalizadas en las restantes, y después de ataques enérgicamente sostenidos, triunfó la *Siberia*.

Desde entonces nada ha turbado la tranquilidad de aquella comunión casi increíble, la cual proclamó su soberanía independiente en 1847, habiéndola reconocido sin dificultad Inglaterra y Francia.

El presidente actual de la tribu negra, llamado Roberts, ha visitado á Paris y Londres, y es un mulato sumamente instruido y sociable.

Los negros son trabajadores en su patria adoptiva, y se consideran dichosos respirando el aire de su libertad. Uno de ellos decia con inesplicable regocijo: *aquí soy un hombre blanco.*

¿Qué diferencia entre los negros libres y *patricios* en la costa de Africa, y los negros libertos del Haiti! ¿Cuánto crece un hombre educado por la gratitud y el derecho! ¿Cuánto mengua viviendo agoviado por la desigualdad y el odio! ¿Cuántos arcanos guarda la idea moral!

La colonia libre se extiende á lo largo de la costa de los esclavos, en un espacio de quinientas millas, y consta hoy de doscientos veinte mil nativos.

Tienen libertad de cultos, gobierno republicano como el de la Union, escuelas, periódicos, campos perfectamente cultivados, fronteras, aduanas, pabellon mercante, y su comercio de entrada y salida escede ya de veinte millones anuales.

La capital es Monrovia, con 900 almas, sobre las márgenes del rio Mesurado, y en ella florecen casi todas las artes de la civilizacion.

Pero el establecimiento de esta tribu ofrece otras ventajas de un orden mas trascendental. No solo impide el tráfico de negros en aquella parte de la costa de Guinea; no solo tiende á introducir cierta cultura entre las poblaciones bárbaras que la circuyen; no solo ofrece una patria libre y laboriosa á los que salen de la esclavitud, y

que no podrian encontrarla en los estados federativos del Norte; sino que siembra una semilla que dará sus frutos en la noble conciencia americana. La conciencia ardiente del nuevo mundo tiene allí un axioma que le dice de un modo práctico que la personalidad del hombre no debe ser una escepcion en ninguna parte de la tierra, ni aun en el infierno del Africa.

Las ideas se inauguran como las máquinas y los caminos. La colonia africana es la inauguracion de una grande idea. América la cumplirá. Dejémosla seguir su camino. Lo hizo el tiempo, lo hizo allí, allí tambien lo deshará el tiempo.

En América está la esclavitud.

De América ha salido una república de esclavos negros!

Yo no puedo expresar la satisfaccion religiosa y profunda que se apodera de todo mi ser, que hace temblar la pluma en mi mano, cuando me imagino ese grupo de abejas que tiende las alas, que las deja ir á impulsos del viento, que recorre bulliciosamente el campo de la vida, que se nutre bebiendo el jugo de la libre naturaleza para formar luego los panales de su natural y querida civilizacion. Yo no puedo explicar lo que siento, cuando me parece divisar ese monton de gusanos de seda, tejiendo dia y noche el hilo precioso de su libertad y de su trabajo. ¡Una república de negros en Guinea! ¡Un pueblo libre y moralizador en la costa de los esclavos! ¡Un nido de paloma ó de golondrina sobre el aleteo de cien buitres! ¡La idea y la emocion esprimiendo allí memorias y deseos del hombre, para derramar despues el gérmen en el cáliz sagrado de la conciencia y de la esperanza!

¿Qué dirá la antigua Albion cuando otro siglo la haga comprender que mas poderosa se mostró amparando la libertad de Siberia, que reconquistando por la fuerza las razas del Ganges?

¡Ay! dirá entonces. ¿Quién lo hubiera sabido! ¿Quién hubiera dominado por la ciencia y por el derecho en la India, como por el derecho y por la ciencia dominé en las playas africanas!

Cuando los pueblos caen, un ¡ay! es su historia. La historia se retira al cementerio de las cosas pasadas, y el pueblo caído se queda llorando.

Aun seria tiempo; pero la Inglaterra no me oye, y esto me parece muy natural.

Mucho se alejaria de lo cierto quien creyera que escribo estos artículos para tomarlos en favor de una escuela determinada, ó de una intencion acaso egoista, porque pudiera dirigirse á un fin señorial, si así puedo expresarme. No; he hablado de América como se dirige un parábola á una verdad que se adivina, como se confía un criterio á una conciencia pura, como se deposita un pensamiento generoso en la mente de Dios.

¡Oh América! oye la voz de un hombre que es muy pequeño por lo que vale; pero que es inmenso por lo que desea. No te olvides de lo que te dije anteriormente. La naturaleza es tardía, reposada, magestuosa en sus grandes creaciones. Hay volcanes que emplean siglos enteros en arrojar la escoria que llevan en sí. Ten ambicion; pero no tengas prisa. Anhela; pero no te impacientes. Si el sol de tu cielo quema demasiado, temple sus ardores con la reflexion de tu alma. Y si en la noble empresa te falta valor alguna vez, vuelve los ojos al destino que con caracteres gigantescos está sellando cuatro nombres sobre tu altiva frente: Bolivar, Washington, Franklin y Finley.

ROQUE BARRIA.

EL ASIEN TO MORAL DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA.

I.

Las ideas se encarnan: las situaciones se personifican. Simbolizar el conjunto de las primeras en un hombre, condensar los accidentes múltiples de las segundas en una fórmula, es una de las tendencias mas invencibles del espíritu humano.

Las ideas se encarnan; porque necesitan órgano para exteriorizarse en el mundo de la humanidad.

Las situaciones se personifican; porque necesitan direccion para realizarse con todas sus condiciones naturales en el teatro de la vida moral de los pueblos.

El que logra interpretar una idea, lo mismo que el que acierta á crear ó á dominar una situacion, ese personifica la situacion y simboliza la idea.

En tal caso, las situaciones, objeto exterior y material, tienen todos los caracteres de la abstraccion: — las ideas, operacion interna é inmaterial, reúnen todos los atributos de la personalidad. — La idea, como el Verbo, se hace hombre.

Hay un hombre en España, que por sí solo encarna una idea de inmensa trascendencia, que por sí solo tambien resume una situacion de incalculables resultados.

Espíritu vasto mas bien que profundo; dotado de un talento superior de observacion, que no se eleva, sin embargo, á la fecunda facultad de generalizar; más hábil en señalar con minuciosa prolijidad los defectos de una concepcion intelectual, que en mejorar sus condiciones defectuosas ó reemplazarla con otra creacion propia; apasionado por el método hasta matar el númen de la inspiracion y por la regla hasta comprimir los arranques de la originalidad; llevando la fé de sus convicciones hasta el ensordecimiento de la obstinacion y el amor de sus obras hasta el fanatismo de la paternidad; inflexible por la constitucion de su temperamento, por la indole de su ingenio, por la severidad de su carácter, por la rigidez de sus costumbres y por los serios hábitos de su vida estudiantina; tan indiferente á los arrullos de la popularidad, como poco sensible á las punzantes espinas de la contradiccion; alzado sobre el nivel comun de los hombres públicos, más que por la altura de su genio, por la incansable tenacidad de su aplicacion, más que por el poder de su elocuencia, por la fuerza resistente de su voluntad, más que por el valor intrínseco de sus ideas, por el tono oracular y prestigioso de enunciarlas, encarecerlas y difundirlas; ese personaje, trasunto vivo de la ciencia que re-

niega de sí misma, domina sin atraer, y se impone sin persuadir. Orador difuso, le falta el calor de la imaginación y la unificación del sentimiento: administrador aventajado, tiene en poco la fecunda elevación de las grandes ideas políticas: sutil argumentador, se complace en las negaciones, que por un singular *tour d'esprit* sabe convertir en afirmaciones estériles. Su genio es la perseverancia: la paciencia suplente en él a la espontaneidad y la pertinacia de la resolución a la fecundidad del pensamiento. Con tan notables calidades y tan irremediables defectos, es sin duda una verdadera superioridad en su género.—Negarlo, sería rebajar la importancia del bando que le reconoce por jefe: sería desconocer la significación de los diversos bandos, que pocos meses há le aclamaron como centro de fusión de sus respectivas disidencias: sería ofender la ilustración de nuestro país, que constantemente le ha considerado como una eminencia incontestable en la órbita política, como una estrella de primera magnitud en nuestra constelación parlamentaria.

Y bien: ese personaje, en quien nuestros lectores habrán reconocido sin esfuerzo al señor D. Juan Bravo Murillo; ese personaje, cuyas doctrinas han formado en España una escuela, cuyas opiniones han engendrado un cisma en el partido conservador, cuyas aspiraciones reformadoras dieron por resultado la recrudescencia de las pasiones políticas, y con ella la terrible conflagración de 1854; ese personaje, resumiendo y condensando en cuatro palabras gráficas toda la serie de sus abstracciones, todo el alcance de sus miras, toda la síntesis de sus teorías y toda la suma de sus peculiares ideas, ha dicho en una ocasión solemne: *la sociedad española ha perdido su asiento moral.*

¡Magister dixit! La numerosa cohorte de bandos é individualidades, que andaban vagando de fórmula en fórmula para encontrar la mas sumariamente comprensiva de sus varios intentos de reacción política, batieron palmas al escuchar las misteriosas palabras del oráculo sibilino: *la sociedad española ha perdido su asiento moral.*

Cuando Arquímedes, encontrando en el baño la solución de su árduo problema, salió desnudo y alborozado por las calles de Siracusa, exclamando: ¡Eureka! ¡Eureka! ¡Lo he encontrado, lo he encontrado! cuando los compañeros de Colón, inquietos por el término de su incierto derrotero, vieron alzarse de entre las azules ondas las vírgenes playas de un mundo desconocido y, prosternándose, reverenciaron el genio y besaron las vestiduras del descubridor inmortal: ni el uno, ni los otros sintieron una satisfacción y un júbilo comparables á los de las parcialidades retrógradas, al resonar en sus oídos la délica y fatídica sentencia: *la sociedad española ha perdido su asiento moral.*

Como Arquímedes también, exclamaron: Eureka, Eureka; y también como los compañeros de Colón, besaron prosternados la toga pretexto del descubridor del maravilloso talisman.

Y á fé que el caso no era para menos. Porque, todo bien considerado, los visibles progresos que así en el orden material como en el intelectual ha hecho y continúa haciendo España desde su transformación política, responden victoriosamente á ese coro de llorosos pesames y lamentables jaculatorias de cuantos solo tienen ojos para mirar hacia atrás. Los argumentos viejos se han gastado en fuerza de su frecuente uso. Era preciso rejuvenecerlos, imprimirles mas energía, remojarlos en una piscina mas poderosa é intencionada que les comunicara mas novedad en la espresion, mayor profundidad en el designio, mas sensible trascendencia en los resultados.

La fórmula del pontífice de la secta reunía, en sentir de los bandos antiparlamentarios, todas aquellas condiciones. Su argumento, muy sencillo y asaz lógico, se comprendía en el siguiente silogismo.

Todo el que pierde algo, lo tenía antes de perderlo: — es así que la sociedad española ha perdido su asiento moral: — luego lo tenía anteriormente.

Y cuál era, en qué consistía ese asiento moral perdido? — La escuela antiparlamentaria responde con otro nuevo silogismo.

El asiento moral de toda sociedad es la suma compleja de sus instituciones, de sus creencias, de sus costumbres, de sus intereses y de sus aspiraciones: — es así que la suma de todo esto estaba representado antes en España por la forma absoluta de su gobierno, por la preponderancia del elemento teocrático, por la compresión del pensamiento, por las trabas de la discusión, por la proscripción de la libertad política, por la conculcación de las garantías individuales y por la invasión del privilegio en todas las esferas del derecho: — luego todo esto, que ha ido desapareciendo gradualmente de entre nosotros desde el principio de la segunda decuria del presente siglo, constituía el asiento moral de la sociedad española.

Para complemento de estos dos silogismos, que el entusiasmo de la secta equipara á los mas pintados de la metafísica del Stagirita ó de la Suma del Angélico Doctor, los corona con el siguiente entimema.

La sociedad española ha perdido su asiento moral, ese asiento en que hasta las últimas innovaciones ha descansado su secular organización: — luego debe agotar todo linaje de esfuerzos para recobrarlo.

II.

Poco á poco, señores antiparlamentarios. No canteis victoria tan presto. Vuestros silogismos, no cabe duda, están lógicamente contruidos: ninguno peca contra las estrictas reglas del *barbara ceterum* del escolasticismo. Solo que la *proposicion menor* del primer silogismo y el *antecedente* del entimema son falsos, absolutamente falsos de toda falsedad, en cuyo concepto el *consequente* no puede ser admitido como cierto y valedero. — Ya veis que os hablamos en vuestro lenguaje predilecto, en el lenguaje de la escolástica de esos siglos que tanto amais, y cuya resurrección es vuestro ensueño dorado. No direis que os arrastramos á nuestro terreno para atacarnos con las armas habituales de la moderna filosofía.

Con efecto, la proposición fundamental de vuestro raciocinio, ó lo que es lo mismo, la *menor* de vuestro

primer silogismo, es falsa. La sociedad española no ha perdido su asiento moral: no ha hecho mas que cambiarlo, sustituirlo por otro: no ha hecho mas que adaptarlo á las nuevas necesidades creadas por el transcurso de los siglos: no ha hecho mas que ceder á la tendencia irresistible de la civilización y conformarse con las miras providenciales que rigen la educación progresiva de la humanidad.

Si la España hubiera perdido su asiento moral, sería una sociedad próxima á disolverse, una sociedad maldita, digna de la suerte de la Pentápolis antigua.

Si nuestra sociedad hubiera perdido su asiento moral, habrían desaparecido de ella el sentimiento religioso, la idea de la justicia, la noción del derecho, el instinto de lo bello, la conciencia de lo verdadero y la admiración de lo bueno.

Porque la religión, la justicia, el derecho y el sentimiento persistente de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno, son las bases eternas de todo edificio social y el legítimo y racional asiento de toda humana sociedad.

Si la España ha perdido todas esas condiciones, apercibámonos para verla borrada muy luego del catálogo de las naciones civilizadas.

¿Os espanta la enormidad de tal calumnia arrojada sobre la frente de nuestra patria? ¿Decís que os calumniamos á nuestro turno, imputando á vuestra novísima fórmula un alcance ajeno de su íntimo sentido y de su natural objeto? — Aceptamos la denegación en prueba de nuestra imparcialidad y buena fé. Queremos convencer, no calumniar: refutar, no herir.

Pues entonces, si esa desconsoladora fórmula no encierra las terribles suposiciones que acabamos de indicar, es fuerza concluir que el asiento moral, que se pregona haber perdido la sociedad española, no es otra cosa que el régimen antiguo; es decir, el absolutismo en la política, en el gobierno, en la administración, en todas las esferas de la organización social.

Por mas vueltas y revueltas que se le den á la fatídica fórmula del Sr. Bravo Murillo, ó significa esto, ó no significa nada.

Ahora bien: si significa que la sustitución del antiguo régimen por las instituciones actuales equivale á la pérdida del asiento moral de la sociedad española, nos es muy fácil demostrar que esa sustitución no es una pérdida, sino pura y simplemente un cambio ó transformación del asiento antiguo, ya desmoronado y ruinoso en su base por causas generales independientes de la voluntad individual y enlazadas con la marcha evolutiva de todos los pueblos por la inerrable senda, cuyo término es el secreto de la Providencia.

III.

El asiento moral de toda sociedad tiene diferentes aspectos, según que se le considera con relacion al orden religioso, al orden político, al orden civil y al orden administrativo.

En el orden religioso, la sociedad española conserva toda la integridad de su antiguo asiento. La unidad de la fé, la uniformidad de la disciplina, la exclusion de los demas cultos, las gerarquias del sacerdocio, el respeto de los poderes públicos á la iglesia, la protección y mantenimiento de sus sagrados ministros, toda la veneranda herencia religiosa y litúrgica de nuestros católicos antepasados, en cuanto se relaciona con el dogma inmutable y con las prácticas esenciales del culto, toda subsiste incólume y respetada. La reforma política se ha detenido á la puerta del santuario: ninguna mano profana ha osado tocar al incensario sin ser condenada por la opinion y reprimida por la ley. Si algunos institutos secundarios y puramente disciplinares han desaparecido por su discordancia con las costumbres modernas; si el patrimonio eclesiástico ha recibido una nueva forma que, produciendo una misma renta, conserva siempre la propiedad de la iglesia; si han dejado de existir algunos privilegios, concebibles en las pasadas edades é inconciliables con las exigencias de nuestra era, tales cambios no han afectado la esencia de la institucion divina del catolicismo: se han realizado en el orden puramente humano y variable de la economía ó disciplina externa: la iglesia ha conservado su legítima independencia de los poderes temporales, y la nacion española guarda hoy como antes, entre sus mas preciados tumbres, el glorioso dictado de Católica.—El asiento moral de nuestra sociedad, con relacion al orden religioso, permanece, pues, íntegro, intacto é inmaculado.

Los cambios y transformaciones se han efectuado solamente en el orden político, en el civil y administrativo, en el judicial y económico; es decir, en lo que toda humana sociedad tiene de progresivo y perfectible, de variable y transitorio, de circunstancial y reformable.

La oportunidad y aun la legitimidad de esos cambios podrán ser contestadas y censuradas por las opiniones contrarias, por las preocupaciones invencibles, por las prevenciones sistemáticas, por los intereses que se sublevan, por la ignorancia que no raciocina, por las pasiones aviesas ó mezquinas que todo lo inficionan.

Tal es la suerte de todas las transformaciones, á que la ley providencial del progreso conduce inevitablemente á las naciones en el teatro movible de la historia: tal es el destino de esas grandes palingenesias sociales, que á determinadas épocas experimenta la humanidad en la larga prolongación de los siglos.

Cuando suenan para el mundo esas horas de renovación inevitable, esas horas solemnes que han sido preparadas por la lenta y silenciosa incubación de las edades precedentes, el estremecimiento es universal. Todos los espíritus se conmueven, todos los corazones palpitan de esperanza ó de temor, de júbilo ó de despecho. Un gran ruido se escucha por todas partes. Es el antiguo edificio, que se desploma y cae pieza por pieza, corrido por la lima del tiempo y minado en su base por la piqueta de una civilización creciente y anhelosa por lo mismo de alojarse en mas amplio y proporcionado recinto la serie múltiple de sus nuevas necesidades.

Entonces las almas apocadas, y las inteligencias pere-

zosas, y las voluntades tibias, y los hábitos arraigados, y los intereses heridos, y la triste ignorancia, esa úlcera inseparable de la flaca humanidad, forman un lúgubre concierto de voces plañideras; y cual si vieses venirseles encima la desolación del año *millenario*, anuncian que la sociedad ha perdido su asiento moral y que es preciso restablecerlo en sus antiguas bases só pena de ver hundidas en el abismo, en el caos, en la nada, toda la prolífica obra de las generaciones anteriores, toda esa maravillosa contextura social tan laboriosamente construida por los perseverantes y seculares esfuerzos de la razon humana.

Tristes sofismas destruidos por la reflexión y desmentidos por la historia! Las transformaciones sociales nunca ha sido un signo de degeneración moral. Si á veces cuestan sangre y lágrimas, si ocasionan luto y pesares á veces, la culpa no es suya: la culpa es de los intereses preexistentes que las combaten, de los poderes ciegos que las contrarian, de las deplorables pasiones que les salen al paso para embarazar su natural y pacífico desenvolvimiento.

Todas las grandes evoluciones de la humanidad se han iniciado con el sufrimiento y consumado con el sacrificio. Esta es la ley profunda é inexorable, que siempre se realiza en el orden moral como en el orden físico, en el mundo del espíritu como en el mundo de la naturaleza.

La planta no brota de la tierra sin que primeramente se haya podrido y disuelto la simiente en sus entrañas.

La mariposa no suspende en las ondas transparentes del aire sus alas pintadas con los colores del iris, antes de haberse preparado á volar bajo la piel verminosa de la crisálida.

La mujer, esa creación postrema y complementaria del divino Hacedor, no da á luz el fruto de su vientre sin haber sentido los previos dolores del alumbramiento.

Y porque la planta en su estado embrionario ha empezado por disolverse y podrirse, ¿diríamos á la tierra: — no produzcas árboles, ni flores, ni frutos?

Y porque la mariposa, vil gusano durante su desarrollo rudimental, se ha arrastrado humildemente por el suelo, ¿diríamos al aire: — ahoga entre tus corrientes tempestuosas la coqueta y alada sílfide, que salta de flor en flor para libar la esencia depositada en el fondo de su cáliz?

Y porque la mujer no adquiere el sublime privilegio de la maternidad sino á costa del desgarramiento de sus entrañas, ¿diríamos á la Providencia: — aniquila la humanidad; puesto que, para reproducirla y perpetuarla, es preciso que la mas débil de tus criaturas se someta, víctima santa de la continuación de la especie, á la dolorosa inmolación del parto?

IV.

Lo repetimos. La sustitución de un estado social por otro mas progresivo y el tránsito de una civilización á otra mas adelantada, cuando el uno y la otra vienen naturalmente preparados por el encadenamiento inevitable de los sucesos y el creciente impulso de la inteligencia pública, no son ni pueden ser causas de que una sociedad pierda su asiento moral, el que por el contrario se despierta y avigora, bebiendo un aliento mas poderoso en el empeño mismo de vencer las dificultades que se oponen al complemento de la transformación.

El asiento moral de toda sociedad, definido según la acepción lata y genérica de la idea que representa, es el conjunto de sus instituciones fundamentales y hábitos sociales concordantes con las nociones primitivas y los principios eternos del orden, de la justicia y del derecho.

Ese mismo asiento moral, considerado según la significación concreta y específica de la propia idea aplicada á una nación ó época determinada, es la suma de las leyes, costumbres, prácticas y tendencias que, acordes en el fondo con aquellos altos é inmutables principios, son, sin embargo, susceptibles de modificación y de reforma, de progreso y de perfeccionamiento.

En la primera suposición, una sociedad no puede perder su asiento moral sin disolverse y tornar á la barbarie; porque la violación de las leyes morales trae consigo la disolución de todo vínculo social. No es este el caso de la sociedad española, ni queremos atribuir á nuestros adversarios el pensamiento de tan afrentosa injuria á la patria.

En la segunda suposición, ya hemos dicho, y fácilmente se concibe, que el asiento moral de una sociedad, en la acepción local y específica, puede modificarse, cambiarse, transformarse; pero nunca perderse. La razon de esta imposibilidad es obvia y perceptible por la mas limitada inteligencia. Un sencillo dilema la demuestra con toda la luz de la evidencia.

El cambio ó modificación del asiento moral en su acepción local y concreta, guarda conformidad con los principios fundamentales del orden moral, ó se separa de ellos. Si guarda dicha conformidad, es claro que habrá cambio ó progreso del asiento moral, pero no pérdida y aniquilamiento: — si, por el contrario, se separa de ellos, caemos irremisiblemente en el escollo de la primera suposición, es decir, en la disolución social inevitable, en el retorno á la barbarie, en la abdicación de los instintos humanos, en esa vergonzosa é imposible situación que los mismos defensores de la fórmula en cuestion no han querido ni podido atribuir á nuestra noble patria, como desde el principio lo hemos reconocido en fé de nuestra imparcialidad y del espíritu recto y desapasionado que guía á nuestra pluma.

Por donde se ve que el grande error del célebre dicho del Sr. Bravo Murillo consiste en llamar *pérdida* lo que solo es un *cambio*, violentando, á par que el sentido de las palabras, la significación de las cosas.

Se ha querido expresar un pensamiento profundo, y solo se ha logrado engendrar una frase vacía de sentido.

Se han hecho esfuerzos para dictar *ex tripode* un oráculo de aterradora augurio, y el número solo ha inspirado un absurdo de grueso calibre.

Se ha creído imponer con una idea trascendental, y se ha hecho reír con una idea imposible.

Sacamos en limpio que, en el sentir de los ultra-mo-

derados, de los reformistas, de los neo-católicos (que mas propiamente llamaríamos pseudo-católicos), de los apóstatas de la reacción, de los tráfugas del progreso, de los apóstoles de la libertad, de los desertores del parlamentarismo, las prácticas constitucionales y la franca observancia de sus esenciales condiciones equivalen á perder la sociedad española su asiento moral.

Y no se nos diga, para sacudir la abrumadora pesadumbre de esta conclusion, que el objeto de la nueva cruzada no es destruir el régimen representativo, sino mejorarlo y purgarlo de sus imperfecciones y abusos. A la sombra de tan elástico pretexto se puede intentar todo y atentar contra todo. Recordemos la acometida reforma de 1852: recordemos las tentativas posteriores, y sobre todo, las doctrinas públicamente profesadas; las medidas anti-constitucionales, aplaudidas; las aspiraciones liberales, vilipendiadas; el sistema parlamentario, ridiculizado con escarnio; la publicidad, mirada con desden; la prensa, sujeta á los caprichos del poder; las garantías individuales, entregadas al arbitrio del gobierno; la desamortización, caracterizada de despojo; las franquicias provinciales y municipales, calificadas de anarquía; y en medio de este concierto de anatemas y censuras, la reacción marchando á paso de carga, tratando de imponerse á los poderes públicos como una irremisible tutela, y llevando en torno suyo, á modo de pompa triunfal, las circulares neo-católicas, las cuerdas de Leganés, la resurrección de los alcaldes-corregidores, los abrumadores empréstitos, el *veto* provisorio de los monumentos públicos y la estupenda y originalísima creación de la *Liga*.

Hé aquí cómo se preparaban nuestros reformadores á interpretar la doctrina constitucional y extirpar los abusos del régimen representativo.

Dejárase obrar á mansalva, y presto nos hubieran inculcado el imperialismo transpirenaico á título de eficaz preservativo contra el contagio del virus parlamentario: fiárase en sus manos la suprema dirección de la cosa pública, y en un *sancti amen* el régimen liberal se habría convertido en régimen conventual, y los españoles alcanzaríamos la inefable ventaja de vivir sujetos á coro y campanilla para las menores acciones de nuestra vida.

Porque esa sumisión incondicional á todas las voluntades de los depositarios del poder público; esa fe ciega en el acierto de todas las combinaciones oficiales; esas trabas á la emisión del pensamiento; esa interdicción del libre examen; esa desconfianza asombrada de los derechos individuales; esa mutilación sistemática de las libertades públicas; ese anatema de la publicidad y de la discusión; esa insipiente prohibición de las facultades intelectuales; ese calculado menosprecio de la dignidad humana; ese apocamiento del carácter personal; el silencio de la opinión, el letargo del espíritu público, el secreto de las deliberaciones legislativas, la esclavitud de la prensa, la soledad de la tribuna; todo ese conjunto de medios, ora abiertamente hostiles, ora sutilmente defraudatorios de la libertad política y civil, es lo que nuestros pseudo-reformadores llaman orden, sosiego y asiento moral de la sociedad. *Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant.*

No es de extrañarse, por lo tanto, que crean perdido el asiento moral de la sociedad española, cuando tocan la tenaz é inflexible resistencia que opone á los diversos ensayos de restauración, de que viene siendo teatro el país despues de algunos años.

En el vértigo de su impotencia material, demandan ayuda á las ideas religiosas, sofismas á la dialéctica, ejemplos á la historia y recuerdos á la tradición.

Y como ni la tradición, ni la historia, ni la lógica, ni la religión favorecen sus conatos liberticidas, tornan sus miradas á los sentimientos bastardos y á las pasiones inmortales.

Y piden su velo á la impostura, su hiel á la envidia, su máscara á la hipocresía, su amargura al sarcasmo y su dardo á la calumnia, exclamando como Juno desechada en la Eneida:

Flectere si nequeo Superos, Acheronta movebo.

Este es el afflictivo espectáculo que estamos presenciando despues de algunos años. Liberales arrepentidos ó nuevamente conversos, que por la negra honrilla ó por una mal entendida consecuencia, no se atreven á proclamar *alta voce* la sinceridad de su conversión: espíritus apocados, á quienes la acción y el movimiento, esos signos palpantes de la energía de la vida, se les antojan síntomas precursores de la proximidad de la disolución: inteligencias miopes, que no saben mirar en el fondo de la fermentación de las ideas mas que las heces superficiales, cuyo desprendimiento es una condición inevitable para la perfección misma de los resultados: absolutistas escarridos que, faltos de la antigua pitanza, se deslizan cautelosamente á nuestro campo en el interés de la cucuña, prontos, empero, siempre á prestar ayuda y mano fuerte á todo asomo de simpatía, á toda veleidad de retorno al idolo de su adoración retrospectiva: y allegados á estos, en son de guerrillas ó á fuer de auxiliares meritorios y supernumerarios, la turba multa de ambiciosos vulgares, de escritores venales, de insaciables pretendientes, de cesantes desechados, gente toda tornadiza y sin conciencia política, que sirve á todos los partidos sin pertenecer á ninguno, suizos aventureros y mercenarios, que engresan las filas de este ó el otro ejército sin cuidarse de las divisas, salvo, empero, en todo caso el cómodo recurso de cambiar de opinión ó de bandera segun la dirección del viento oficial ó los premios reclamos del vientre.

De todos estos cantantes (de buena fé muchos y en efecto convencidos, en tanto que los más arrastrados por interesados impulsos) se forma el coro que entona cotidianamente las tristes jereñías de la reacción, y lamenta la desolación venidera sobre la ciudad ingrata y la generación réproba, que siguen el camino de perdición y no escuchan la voz de sus profetas, que le anuncian la desaparición de su asiento moral y el advenimiento de la catástrofe final, si continúan sordas al presago clamor de sus lamentaciones.

V.

¡Pleurez! Les pleurs sont vains. Le siècle est invincible. Le retour au passé n'est déjà plus possible.

¡Llorad! ¡Llorad! En vano llorareis, mientras no consigais convencer á la humanidad de que su destino es vivir inmóvil y estadiza como las especies irracionales, á quienes ha sido negado el divino atributo del progreso y de la perfectibilidad.

¡Llorad! ¡Llorad! En vano llorareis, mientras no estingais en el fondo del alma humana el sentimiento ingénilo de la libertad, la idea santa del derecho y ese instinto irresistible que á todos nos arrastra á mejorar las condiciones materiales, intelectuales y morales de nuestro ser.

La idea de ese progreso, en toda la serie sucesiva de sus innumerables aplicaciones, es la idea que ha agitado constantemente á la humanidad desde su aparición sobre nuestro planeta: es la idea, que desde Adán hasta Job, desde Job hasta Prometeo, desde Prometeo hasta Fausto, ha guiado sin interrupción al espíritu humano á la incansante conquista del tiempo y del espacio y de todo lo que puebla y anima el espacio y el tiempo.

En esa marcha incesantemente evolutiva, á veces hace un alto la humanidad, á veces atraviesa un período de lucha y de estremecimientos.

En el primer caso, es el descanso que precede á la iniciación de un nuevo período, al alumbramiento de una nueva evolución: en el segundo, es el resultado del choque inevitable entre las formas antiguas y las nuevas formas, entre las reminiscencias y las aspiraciones, entre lo pasado que espira lentamente en las convulsiones de la agonía, y lo presente que se anuncia en el teatro de la vida con la fecunda y poderosa iniciativa de la juventud.

La unidad política del mundo bajo la dominación romana, fué un alto que preparó el advenimiento del cristianismo: lo fué tambien el largo reinado del feudalismo como precursor de la monarquía pura: lo ha sido igualmente esta desde el siglo décimo quinto como fórmula profética y preparatoria del sistema representativo, necesidad suprema, á par que ineludible, de los modernos tiempos.

Al compás de estos altos ó descansos se han sucedido las luchas necesarias para el complemento de cada evolución. Fué precisa la inmolación de los mártires para extender y arraigar en el mundo la fe divina del evangelio: precisa la irrupción universal de los bárbaros del norte para infiltrar una nueva vitalidad en la corrompida sangre del inmenso imperio: precisos los rudos combates entre los señores feudales y el gran feudo de la corona, para que el triunfo definitivo de esta devolviera la unidad á las naciones europeas sumidas en la anarquía; así como es preciso é inevitable hoy el conflicto entre ese mismo principio de la monarquía pura, símbolo del absolutismo, y el principio de la monarquía constitucional, representante de la civilización moderna, hasta tanto que este logre desalojar á su pertinaz antecesor de las últimas posiciones á que se ha refugiado y plantar su enseña victoriosa en la cúspide del edificio social.

Y estos altos y luchas, estos reposos y evoluciones, los ha recorrido la humanidad como otras tantas etapas marcadas por la Providencia, en su misterioso curso al través de los siglos, sin que por ello hayan perdido su asiento moral las sociedades humanas.

No haya, pues, miedo de que pueda haber perdido el suyo la sociedad española.

La sociedad española se regenera; regenerándose, se moraliza. No por descansar sobre mas amplios y generosos cimientos, será su asiento moral menos sólido y persistente. El cimiento se cambia y reconstruye, no para destruir el edificio, sino para darle mas estabilidad y aplomo.

Ese cambio no es la muerte de la sociedad española: es su transformación, su resurrección, su palingenesia.

Los que equivocan estos síntomas con la muerte, tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, inteligencia y no comprenden la humanidad, ni la historia, ni la Providencia.

Negar la legítima y constante evolución de las formas sociales, es negar la historia: negar la historia es negar el progreso; negar el progreso es negar la Providencia. ¡Es el ateísmo!

FRANCISCO MUÑOZ DEL MONTE.

MAS SOBRE LA ANTIGUA AMÉRICA ESPAÑOLA.

Al hablar en el número 5 de este periódico, del día 8 de abril último, del presente lamentable estado de la antigua América española, nos hicimos cargo del poderoso influjo que había ejercido para su emancipación el ejemplo dado por la América del Norte, del origen y sistema opuestos de ambos pueblos, de los graves errores en que habían incurrido desde el principio de su revolución los hombres de nuestras colonias, de las funestas consecuencias de estos errores, de la situación desesperada en que se halla; y conjurándola, en nombre de la humanidad y de la propia conservación, á deponer sus rencores y terribles querrelas domésticas, hasta nos permitimos indicar los medios de que asegurara su independencia y nacionalidad.

Tambien nos ocupamos en dicha publicación de las manifestadas miras de engrandecimiento del gobierno de la Unión, de su política constantemente agresiva en todo lo tocante á nuestras Américas, de los peligros de absorción que las amenaza de cerca, y doliamosnos á la vez de la conducta seguida por ciertas grandes potencias europeas en presencia de tanta asechanza, y de la suerte que igualmente aguarda, con la inacción que observan, á intereses recíprocos de inmensa cuantía y á sus ricas posesiones de aquel lado de los mares.

Desde que salió á luz nuestro citado artículo, la anarquía, la devastación y la muerte, recorren con nuevo furor los desdichados Estados de la antigua América española. Montevideo, Méjico y el Perú, ofrecen, con especialidad, un cuadro sangriento y verdaderamente desgar-

rador. No parece sino que sus obcecados hijos han tomado sobre sí la triste tarea de labrar su propia ruina y acabamiento, ó que por una aberración incomprensible se han propuesto allanar el logro de los planes y mas ardientes deseos de sus ambiciosos vecinos.

Perseverantes estos en ellos, nada desperdician y todo lo preparan para su complemento. Si hemos de dar asenso á la prensa y á la correspondencia privada mas auténtica, la codiciada bahía de Samaná, en Santo Domingo, se halla ya en poder de los Estados-Unidos, como pronosticamos entonces sucedería en breve, y contra el cual proyecto secreto advertimos en tiempo hábil á nuestro gobierno. No censuramos tanto á los que compran como á los que se venden, y á los que imprevisores ó apáticos toleran perjuicios y transgresiones tan manifiestas.

La posesión por la referida República de este punto importantísimo, al lastimar tratados vigentes con Santo Domingo, compromete altamente la seguridad de nuestras Antillas, como asimismo la de otros dominios extranjeros. Basta tener solo nociones de geografía, de comercio y de política para convenir desde luego en este aserto. Se dirá, acaso con fundamento, en vista de semejante impasibilidad y abandono, que estamos viviendo únicamente para salir del día, y por cierto que no es así como comprendemos nosotros la institución tutelar y salvadora de los gobiernos.

La anulacion reciente por el Congreso federal del famoso tratado Clayton-Bulwer, es otro de los sucesos notables que, segun parece, acaba de tener lugar. No vamos á examinar este tratado que con tantas dificultades tropezó entre las mismas partes que lo estipularon, y el cual, aun ratificado, ha sido objeto despues de diversas interpretaciones y acalorada discusión. Si sus artículos tienen ó no fuerza retroactiva respecto á la Gran Bretaña, si el tránsito Nicaraguense se ha hecho ó no, con notorio menoscabo y peligro de otros pueblos, un monopolio exclusivo para la Unión, y si el ridiculo reino del Mosquito ha de continuar ó no bajo el protectorado de aquella nación, ni son cuestiones del momento, ni hacen á nuestro propósito por importancia general que encierren algunas de ellas; pero si creemos deber llamar muy particularmente la atención acerca del triunfo de las doctrinas que representa el voto de la anulacion de dicho tratado. Nególe su asentimiento en su día en el Senado federal el distinguido jurisculto y elocuente orador Mr. Douglas, abogado poco há á la presidencia de la República, y decia que lo negaría resueltamente á cuanto como el tratado pudiera contrariar los altos fines á que está llamada la Unión Americana, ó á cuanto pudiera retardar ó servir de traba á su expansión y misión humanitaria. En idénticos términos se expresó en la Cámara de los diputados el general Quitman, caudillo de la formidable expedición intentada contra la isla de Cuba en 1854, al pedir la absoluta abolición de las leyes de neutralidad, sin olvidarse, por supuesto, en su discurso, de la necesidad imperiosa en que se halla la Confederación de adquirir á todo trance nuestra hermosa Antilla.

¿Y se quiere saber de dónde proviene esa repugnancia á todo compromiso internacional-relativamente á los asuntos de nuestras Américas? ¿Se quiere saber la verdadera significación de esas palabras, algun tanto embozadas, y cuáles son los altos destinos á que está llamada la Confederación Norte-Americana, y esa misión humanitaria anunciada en tono sibilitico? Pues bien, lo que se pretende, por absurdo que parezca, es romper toda ligadura que cohiba su codicioso espíritu de dominación, impedir toda intervención europea en los asuntos del Nuevo-Mundo, y quedar en la mas omnimoda libertad, á fin de ir realizando sin estorbos ni inconvenientes la extirpación completa de nuestra raza de aquel vasto continente, y que todo él, bajo un gobierno federal, imponga y venga un día los agravios que suponen haberles inferido la que apellidan vetusta Europa. Esto es lo que se entiende por las doctrinas, tan en voga allí, del presidente Monroe, como ya hemos indicado en otra ocasión; esto lo que impusieron al actual, Mr. Buchanan, sus amigos y correligionarios en el programa de Cincinnati, que aceptó, y esto es lo que está en el corazón de los hombres que le han elevado al poder supremo y que forman hoy el partido triunfante de la Confederación.

El filibusterismo *en grande escala*, proclamado en el Senado por el opulento Mr. Slidell, las proposiciones nuevamente presentadas en el mismo cuerpo por Mr. Houston de protectorado de los Estados-Unidos á Méjico, y de Mr. Govin, para arreglar por medio de la fuerza sus diferencias con algunas de las desvalidas repúblicas de la antigua América española, y la manera benévola con que ha sido acogida, especialmente la del último, el *bill* de adopción del Oregon por la Federación, aprobado ya en la citada Cámara, el ensayo de formar un estado independiente de la parte Norte de Méjico, con el nombre de Sierra-Madre, para incorporarlo á la gran República, y los alistamientos de hombres y preparativos de invasión que se organizan descaradamente en Nueva-York, en Tejas y otros puntos, á fin de sojuzgar el suelo mejicano, como igualmente el influjo que están ejerciendo las numerosas bandas filibusteras que han pasado á él só pretexto de auxiliar al partido mas exagerado de dicha República, son otros tantos preludios de la gran catástrofe que se halla próximo á experimentar el mundo de Colon, ó el cual, á manera de hijo estraviado é incorregible, cuyo término deplorable se ve acercarse por momentos, no puede menos de arrancar hondos y lastimeros suspiros á la afligida madre.

Y mientras todas estas cosas pasan, ¿qué hacen la Inglaterra, la Francia y la España con sus simpatías, sus importantes relaciones y la visible exposición de sus grandes intereses materiales y políticos en aquellas regiones? ¿Cuál es la actitud del viejo mundo contra estos males terribles? Ignorámoslo absolutamente.

Diráse que las dificultades y el embarazo en que se encuentra el Reino Unido con la guerra formidable que se le ha suscitado y mantiene en la India, por mas que su éxito no pueda ser dudoso, paralizan necesariamente su acción y buen deseo; pero á esto responderemos ha-

ciendo notar con hechos incontestables y no muy distantes, la política contemplativa que de tiempo anterior á este grave acontecimiento viene observando la Inglaterra con sus antiguas colonias. Agenos nosotros enteramente al motivo secreto de este proceder del gabinete de San James, y perdidos en conjeturas, creemos, por mas que parezca vulgar nuestra opinion, encontrar la explicacion de este enigma en los 151 millones de duros en pacas de algodón importadas anualmente á Manchester de los Estados-Unidos. Los inmensos valores comerciales que ligan á ambos pueblos, no solo acallan sus rivalidades y agravios mútuos, sino que sobreponiéndose muchas veces á la justicia y á la conveniencia de los demas, llegan á supeditar la voluntad de los gobiernos mismos, en una nacion esencialmente mercantil.

Por serias y delicadas que consideremos tambien las complicaciones interiores y esteriore del imperio francés, figurásemos que su prurito de todo lo ostentoso, y su amor pronunciado á toda clase de gloria, con las demas circunstancias que acabamos de apuntar, le moverian de buen grado á intervenir legitimamente en los asuntos americanos. Y así lo ha indicado el carácter comunicativo de sus celosos diplomáticos en aquel continente; mas moderados estos conatos por la conducta fria y reservada de la Inglaterra, Luis Napoleon marcha ostensiblemente al compás de su poderosa y fiel aliada, persuadido de que es el mejor medio de no tropezar en su escabroso camino, y cuerdo el tomar los tiempos como vienen.

Tampoco observamos en nuestra España, la cual se halla doblemente comprometida, y cuyas afecciones deben ser tan del corazón, ningun sintoma consolador, ni de esos que revelan la vida y energia de las naciones. No parece sino que exhausta y postrada, encomienda al poder y prestigio estraños los beneficios que pudiera hacer, y lo que es peor, hasta la defensa de sus intereses mas preciosos y la reparacion misma de agravios que solo á ella toca vindicar. Ni menos confiaríamos el éxito de la justicia y del derecho que nos asistieran, á vias torcidas y repugnantes que, por resultado que ofrezcan, acaban siempre enflaqueciendo la razon y manchando las causas mas justificadas. Lo confesamos: entre la doblez diplomática del cardenal Mazarino y la franqueza y buena fé del cardenal Ossat, abrazaríamos estas sin vacilar. Abordadas de frente las cuestiones y dados los pasos que aconsejan la prudencia y los lazos que nos unen á Méjico, por ejemplo, iríamos con preferencia á la guerra, á esa gran calamidad, sin reparar en los pretextos y complicaciones á que pudiera dar lugar, tratándose del honor nacional ultrajado. Tal seria nuestra política con aquella República, y tal es la que siguen en igualdad de circunstancias los gobiernos dignos y fuertes; y cuánto lo es la España en aquella parte del globo, no lo conoce bastante la generalidad de propios ni de estraños. Llame maestra nuestra isla de Cuba de la puerta del seno mejicano, y perenne vigilante de la desembocadura del Mississippi, guardada por una numerosa escuadra y por un ejército respetable, leal y disciplinado, y con recursos inagotables á su disposicion, ¿qué influencia no podemos y debemos ejercer en todos los acontecimientos que sobrevengan en las Américas!

Construimos, sin embargo, lo poco que hasta ahora la hemos aprovechado, lo poco en que se nos tiene y el desden con que se nos mira. Si se quiere una prueba mas de esta realidad, suminístrala, por cierto bien mortificante y amarga, la declaracion de los gobiernos de Nicaragua y Costa-Rica, que ha insertado recientemente la prensa periódica, en la cual declaracion se pone por aquellos gobiernos bajo la proteccion de la Inglaterra, la Francia y la Cerdeña, con absoluto olvido y menosprecio de nuestra patria, el gran canal interoceánico que dichas dos repúblicas han resuelto construir para su seguridad reciproca. No sucedia así mientras el tan escarnecido *bienio*. La América Central, esto es, esos mismo estados denominados de Nicaragua y de Costa-Rica, y además los de Guatemala y el Salvador, pedian á la España, á la Inglaterra y á la Francia, en el mes de noviembre de 1855, su proteccion y ayuda contra los manejos é invasiones de los Estados-Unidos, por medio de los respectivos agentes diplomáticos en Washington y por el conducto de los plenipotenciarios de las tres naciones cerca del gobierno federal; tratando á la España en sus notas con marcada preferencia y la esquisita cordialidad que corresponden á sus antiguos y cariñosos títulos. ¡Anómala peregrina que no nos toca desentrañar!

Vamos después de todo á resumir simplemente en dos palabras.

Despedazada la antigua América Española por sus sempiternas disensiones intestinas que alimentan la codicia y sagacidad estrañera, y en inminente riesgo las pingües posesiones ultramarinas de Europa y su vasto comercio, ha sido nuestro sincero propósito dar un grito de alarma á fin de que se pueda prevenir por quienes correspondan, la disolucion de aquella desventurada sociedad y salvar de consumo los intereses comunes. Mucho reclamamos que nuestra débil voz se pierda, no tanto entre la inmensidad de la trascendencia que tiene esta materia y de las gravísimas consideraciones á que se presta, como en nuestra propia insignificancia y falta de habilidad para tratar de ella.

No obstante, todavía insistiremos sobre el mismo asunto en otro número de este periódico.

ALFONSO DE ESCALANTE.

INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL DE CASTILLEJO A TOLEDO.

El genio emprendedor del Sr. Salamanca ha dotado á la nacion de un nuevo camino de hierro que coloca á la antigua corte de España á tres horas de distancia de la nueva, á la ciudad que ofrece en su vasto recinto toda la historia de la civilizacion pasada, á las puertas de la que encierra todos los elementos de la civilizacion presente. La recompensa material que al Sr. Salamanca debe proporcionarle su febril actividad, su inquebrantable perse-

verancia, tanta empresa llevada á cabo, tanto obstáculo vencido, será sin duda, bien insignificante comparada con la recompensa moral, con la satisfaccion y el noble orgullo que sentirá cuando piense que su nombre, objeto hoy del entusiasmo y admiracion de los pueblos á quienes ha abierto un nuevo porvenir, ha de pasar tambien á la posteridad ocupando el primer lugar en la historia de nuestros ferro-carriles.

El 12 del corriente tuvo lugar el acto solemne de la inauguracion: desde las doce y media de la mañana empezaron á salir trenes que conducian á la estacion de Toledo al numeroso concurso de convidados que no bajaba, segun hemos oido, de mil quinientos. Sabiendo que el Sr. Salamanca era el anfitrión á todo el mundo parecerá natural tan fabulosa esplendidez.

Las vegas, los sotos y las alamedas que desde los jardines de Aranjuez hasta los muros de Toledo atraviesa la via, forman un paisaje tan variado como magnífico. El rio, cuyas márgenes busca el ferro-carril, serpea y discurre en graciosos recodos, acercándose unas veces, alejándose otras, y sus plateadas aguas se ven brillar á cada momento por entre los bosques y las huertas que sirven como de alfombra á los elevados y sombríos montes, sobre cuya cima se asienta magestuosamente la imperial Toledo.

No habrian trascurrido tres horas cuando nos encontramos en la estacion de Toledo, saludados por las entusiastas aclamaciones de una muchedumbre que contemplaba con asombro la poderosa máquina, emblema de la civilizacion moderna. La estacion se halla situada á la orilla del Tajo, en el paseo llamado de las Rosas, paraíso delicioso, poblado de huertas frondosísimas, ricas en esquisitas frutas y verduras, y desde donde la ciudad monumental, la Atenas española, se divisa y contempla en toda su imponente grandeza.

La estacion estaba lujosamente decorada con colgaduras de veludillo encarnado con estrellas y flecos dorados: de trecho en trecho se veian los escudos de armas reales y de la provincia, y millares de banderolas con los colores nacionales ondeaban en todas partes. A la derecha, segun se entraba, se habia improvisado una especie de tribuna donde se elevaba un pequeño altar, en el cual estaba colocado el signo de la Redencion: en esta tribuna aguardaba el señor arzobispo de Toledo, acompañado del cabildo, revestidos con capas pluviales y mitras, todos los canónigos y dignidades mitradas de la iglesia primada. Frente á esta tribuna, y á la izquierda del camino, estaba el Trono destinado á S. M., y á un lado y otro se habian dispuesto banquetas y sillas para los ministros, altos dignatarios del Estado, y los convidados á tan solemne acto.

El telégrafo anunció que el tren real habia partido de Aranjuez, y pocos momentos después de las seis apareció sobre la via, compuesto de una máquina, varios carruajes de primera y segunda clase y el coche real. En la primera, conforme con los deseos de la reina, iba el Sr. Salamanca, acompañado de los ingenieros Page y Retortillo. Los coches que precedian al wagon real, venian ocupados por los ministros y la régia servidumbre.

Apenas la régia familia se colocó bajo el dosel preparado al efecto, comenzó la ceremonia con los solemnes cánticos de la iglesia católica, acompañados por los ecos de la música religiosa, oficiando el señor cardenal, primado de las Españas.

Acercáronse pausadamente y con magestuoso andar dos locomotoras, y recibieron la bendicion del señor arzobispo de Toledo.

Aquellas dos máquinas formidables, con sus ruedas acompladas y su estruendoso movimiento, parecian, al acercarse á recibir la bendicion del arzobispo de Toledo, el R. P. Fr. Cirilo de la Alameda, el triunfo de la idea nueva sobre la idea antigua, de la idea universal y cosmopolita sobre la idea egoista y estacionaria, de la idea liberal sobre la idea absolutista.

Acto continuo, el anciano prelado, en nombre de sus diocesanos, dirigió la palabra á S. M., y tomando en sus manos una cruz, recordó á la reina que habia sido mandada fabricar por su ilustre antecesora Isabel I, y que aquella enseña del Crucificado era la que lució en las torres de la Alhambra el 2 de enero de 1492, dia en que los sarracenos habian sido espulsados del último baluarte que conservaron en España.

¡Momento solemne fué aquel en que el glorioso pendon nos hizo pensar á todos en la grandeza y en la magnanimidad de Isabel I!

El gobernador de Toledo leyó en seguida un discurso ofreciendo sus respetos al trono, en representacion de los Toledanos, y, obtenida la venia real, el señor Salamanca, en breves y sentidas frases, con ese aire sencillo y franco que caracteriza sus discursos, explicó á S. M. todo cuanto representaba y significaba aquella inauguracion solemne. Su breve improvisacion fué recibida con grandes aplausos, porque estuvo felicísimo y oportuno como nunca. Sentimos no poder recordar los brillantes rasgos y las bellas comparaciones con que supo animarla, tales como el decir á S. M. que si un Alfonso conquistó á Toledo y destruyó la heregia, hoy la Reina llevaba otro Alfonso á la ciudad imperial, príncipe nacido en un reinado que bien podrá calificarse de protector de los intereses materiales, cuya influencia se hará sentir en el porvenir y engrandecimiento de España.

Uno de nuestros colegas ha logrado recordar los siguientes párrafos:

«Señora: Hace pocos dias que V. M. se dignó asistir á la inauguracion del ferro-carril que ha puesto en contacto la corte con el mar; hoy V. M. honra y solemniza con su presencia la de otra linea que une á Toledo, asiento de la antigua civilizacion española, con Madrid, en donde mas rápidamente se desarrolla la actual; y dentro de breves dia, la capital de España espera ver á V. M. en su recinto presidiendo la solemne fiesta de la traida de aguas á la corte; con razon, señora, se dice que el reinado de Isabel II es en España el reinado durante el cual se han emprendido y llevado á cabo mas mejoras materiales.»

En seguida los reyes se retiraron á un gabinete dispuesto para recibirlos, y tomando los carruajes se dirigieron á la ciudad y al palacio arzobispal, donde debian habitar mientras su permanencia en Toledo. Todas las calles por donde fué la régia comitiva, estaban llenas de gentes que se agolpaban á verla pasar.

Mientras la régia comitiva paseaba las calles de la corte goda, los mil y quinientos huéspedes reforzados con otros muchos que esperaban en la estacion, se dirigieron en columna cerrada á los vastos salones campestres donde un buffet tan suntuoso y espléndido como todos los dispuestos por el señor Salamanca, brindaba con sus variados manjares, sus pirámides de frutas, y sus numerosas huestes de botellas. La confusion y el desorden, compañeros inseparables de esos banquetes por asalto, aumentaban la algazara y el chispeante humor producido por el burdeos y el champagne. Hasta las diez de la noche permanecimos sobre el campo de batalla: momentos después un solo tren de treinta y cinco coches conducía á la coronada villa á todo vapor mas de ochocientos convidados tan decidores, alegres y zumbones como bien comidos.

El nombre del señor Salamanca irá unido al grato recuerdo que de esta fiesta conservarán por mucho tiempo cuantos asistieron á ella.

El secretario de la Redaccion, EUGENIO DE OLAVARRIA.

LAS SUCURSALES DEL BANCO DE ESPAÑA.

Nuestros lectores habrán observado la preferencia que damos en LA AMÉRICA á las materias de crédito, y la frecuencia con que nos ocupamos de las sociedades mercantiles, y entre ellas del primer establecimiento de este género que existe hoy en la nacion, del Banco de España, que con tan extraordinario incremento en su prosperidad y con ventajas tan conocidas para el público sigue la marcha de sus operaciones.

Hoy tenemos que llamar nuevamente la atencion de nuestros lectores hácia este establecimiento, con motivo de haber obtenido del gobierno la competente autorizacion para plantear dos cajas sucursales en las ciudades de Valencia y Alicante. El Banco de España, comprendiendo las inmensas ventajas que obtendrá el comercio en general, y sus intereses en particular, de que se generalice en las provincias la circulacion de sus billetes á la par que se estiendan á ellas sus operaciones de giro, descuento y demas de la alta Banca, hubiera deseado ampliar su pensamiento á todas las principales plazas mercantiles de la Peninsula; pero no pudiendo realizarlo á causa del artículo 4.º de la ley de 28 de enero de 1856, que previene que en cada localidad solo podrá crearse un establecimiento de emision, bien sea Banco particular, bien sucursal del de España, ha procurado por lo menos extender sus operaciones á los dos puntos del Mediterráneo, que se hallan ya enlazados con Madrid, por medio de un ferro-carril, y en los cuales todavia se carece de este gran elemento de circulacion.

La sucursal de Valencia se inauguró el 18 del corriente mes. El Banco de España la ha montado con un personal brillante, compuesto de empleados de la mas acreditada moralidad y suficiencia reconocida, y á cuyo frente figura el señor don Gabriel Alvarez, jefe de Administracion, cesante.

Valencia va á cambiar con este motivo las condiciones de su existencia comercial. Plaza de inmensos recursos, colocada en una zona fertilísima, bajo un clima delicioso, y tan apropiada para la produccion agricola como para la fabril y mercantil, recibirá del nuevo Banco sucursal los recursos que ofrece el crédito desarrollado en grande estension, las ventajas de una circulacion fácil, la economía de capitales que se obtiene por el sistema de cuentas corrientes con los bancos, y la seguridad que ofrece el de los depósitos.

Ya no se pueden concertar las operaciones de la industria dentro de los estrechos límites en que antes la encerraba la imposibilidad de poner en circulacion los capitales fijos. El fabricante necesita emplear de nuevo en la compra de primeras materias, en el pago de jornales y en los demas gastos de su establecimiento, el valor de los productos que tiene ya en almacén, ó que debe enagenar á crédito: al comerciante que toma mercancías al por mayor, y que á su vez las distribuye al por menor vendiéndolas á plazos, le interesa realizar anticipadamente su capital descontando las letras y efectos que recibe en pago para emplearlos de nuevo. Todos los productos tienen que multiplicar con auxilio del crédito el número de veces en que al año emplean sus capitales, á fin de reducir los beneficios de la fabricacion en cada producto y compensar esta baratura con el aumento de su número total.

Muchas pequeñas ganancias obtenidas á favor de la rápida reproduccion del capital en lugar de un número menor de grandes ganancias conseguidas con una lenta reproduccion, este es el secreto de la industria moderna, secreto que á su vez estriba en el crédito desarrollado por los Bancos. El industrial que no sigue este sistema no puede competir con los demas de su clase, bien pronto sus capitales son insuficientes, y se ve forzado á retirarse del mercado y abandonar su industria.

Del mismo modo este rápido acrecentamiento de la reproduccion de los capitales, exigiria una circulacion monetaria mucho mayor si los billetes, los talones y las cuentas corrientes del Banco no suplieran á la mayor parte del numerario preciso para tantas transacciones. La cancelacion diaria de los talones girados de unos comerciantes á otros, representa en el mercado de Lóndres sumas considerables, cuyo pago hecho en metálico exigiria en tiempo para el cuento y recuento de cada pago, en coste de los trasportes de la moneda, en pérdidas por quebrantos de esta, en dependientes de caja y otras operaciones, gastos de mucha consideracion, y una cantidad de plata y oro ocupada estérilmente, bastante á alimentar la circulacion de toda Europa bajo el sistema de los Bancos de emision.

No son menores las ventajas de las cuentas corrientes y depósitos, como medio de concertar las fuerzas aisladas de los capitales relativamente pequeños de cada comerciante en particular, de facilitarles á cada uno medios poderosos de crédito, y de servir de barómetro por el que sea fácil calcular los recursos disponibles para acometer grandes empresas de utilidad pública.

Valencia, unida á la capital por el ferrocarril, disfrutará, desde la inauguración de la caja sucursal, de los beneficios de la solidaridad del crédito y de la circulación que ha quedado establecida entre ambas capitales. Un billete de su caja será tan aceptable en los negocios madrileños como los del Banco de Madrid, y estos, á su vez, serán admitidos con igual estimación en las transacciones valencianas. Economía de capitales, crédito, baratura en los giros, seguridad en el transporte de los valores, rapidez en las operaciones mercantiles de pueblo á pueblo, aumento de producción, de riqueza y bienestar, tal es la magnífica perspectiva que la ofrece el nuevo establecimiento, de cuya completa y perfecta organización se ocupa con afán y con un celo digno de elogio la Administración central de Madrid.

Respecto á la sucursal de Alicante, cuyo establecimiento es también objeto de los trabajos de dicha Administración central, podemos desde luego anticipar algunas noticias á nuestros lectores, sin perjuicio de que otro día nos ocupemos de ella mas detenidamente.

La elección de director de esta caja, ha recaído en otro jefe superior de Administración cesante, el señor D. José Ciudad, cuyos antecedentes, servicios y conocida rectitud é instrucción prueban la imparcialidad y el deseo del acierto que preside en los actos del Consejo y de la Administración central del Banco, no menos que la importancia á que están llamados estos nacientes establecimientos.

El secretario de la Redacción, EUGENIO DE OLAVARRIA.

REVISTA CIENTÍFICA. (1)

SUMARIO.—Vías de comunicación.—Túnel de la Mancha.—Istmo de Suez.—Galería del Mont-Cenis.—Freno de aire comprimido.—Sistema para evitar el choque de los trenes.—Mecánica aplicada.—Aparato para extraer objetos del fondo del mar.—Traslación de la columna del Chatelet.—Telegrafía eléctrica, cable trasatlántico.—Proyecto de otra línea.—Aparatos telegráficos.—Recompensa á Morse.—Óptica.—Diafragma-pupila en la cámara oscura.—Estereomoscopo.—Trabajos varios.—Electricidad.—Experimentos de Grove.—Division del arco voltaico.—Relojes eléctricos.—La electricidad y el alumbrado de gas.—Magnesismo terrestre.—Premio de 50,000 francos.—Trabajos varios sobre la física.—Química.—Fabricación artificial de algunas piedras preciosas.—Trabajos varios.—Mineralogía y Geología.—Zoología y Botánica.—Progresos industriales.—Sosa de la cogolita.—Verde de China.—Terciopo de camello.—Nuevo algodón.—Fabricación del azúcar.—Bugías y aceites minerales.—Alumbrado de gas.—Minas.—Ventilación y alumbrado.—Agricultura, trabajos varios.—Cavadora rotatoria.—Medicina.—Astronomía.—Invencciones varias.

I.

Una de las tareas mas penosas que puede imponerse el periodista, es la de dar un resumen completo de los progresos de las ciencias y de la industria en un espacio de tiempo mas ó menos largo; pero las revistas (que así han dado en llamarlo que no es realmente sino vistazo) ya sean hebdomadarias, de una quincena, mensuales, ó ya comprendan un periodo de mayor estension, se hacen cada día mas indispensables; y el público las exige y es preciso darle gusto por mas que el lector tenga que quedarse en ellas, las mas veces, con la miel en los labios, y el que las escribe abrigue la convicción de que será justamente considerado como insignificante, incompleto y mal hecho un trabajo que le ha costado mas lecturas, cavilaciones y tiempo que el que hubiera empleado en unos cuantos artículos de esos que merecen la calificación de concienzudos.

Esta tendencia á querer saberlo todo y á dedicar, por consiguiente, muy poco tiempo á cada cosa, es natural y trae su origen de los progresos mismos que ha hecho la humanidad: inútil sería combatirla, porque los mismos que predicaban contra ella, son los primeros en ceder á la influencia general; y porque sus consecuencias, lejos de ser fatales, como creen algunos, para el verdadero adelantamiento de las ciencias, contribuyen en mi opinion á su desarrollo generalizando la afición á instruirse: los hechos por una parte lo demuestran, y la siguiente reflexión convencerá al que no pueda ó no quiera observarlo por sí mismo.—Lós que despues de leída una revista sobre una materia que no es de su gusto ó con la cual no están familiarizados, tiran el papel y no desean saber mas sobre aquello, es seguro que jamás hubieran adquirido la menor noción en una obra didáctica ó mas estensa; y las pocas ideas que han recogido ensanchan el círculo de las que ya tenían, y mas ó menos tarde, mas ó menos directamente, les producirán su fruto. Los que por el contrario se dedican á un estudio profundo de ciertas materias, si bien es verdad que no hallarán sobre ellas sino ligerísimas indicaciones, esas pueden contener un hecho nuevo que una dos eslabones interrumpidos en la cadena de sus ideas; les serán, por consiguiente, tan útiles como las noticias que sobre ramos diferentes encuentren y les ayudan ó relacionan unas ciencias á otras, que es lo que constituye la aplicación: y sin la aplicación todas las ciencias serían estériles, ó mejor dicho, no existirían.

Pero insensiblemente me he dejado llevar del deseo de hacer ver la utilidad de las revistas científicas; casi he estado á punto de ceder al no menos fuerte, de demostrar la imposibilidad de hacer bien un trabajo de esa clase, y hasta de explicar por qué el público se siente arrastrado á semejantes lecturas: cosas todas que podrán ser de la mayor importancia; pero que me hacen abandonar el humilde papel de compilador é incurrir en la justa censura de los que al empezar este artículo se han propuesto solo leer las novedades científicas.

II.

La cuestion de los trasportes, de las vías de comunicación, es hoy sin disputa la mas importante de cuantas se pueden tocar, y me permitiré por eso anteponerla á todas las demas en esta revista.

Tres son las obras que mas particularmente llaman la atención pública, y aunque nacidas en época muy anterior al corto periodo que hoy recorro, se habla continuamente de ellas y cada día surgen incidentes que las hacen aparecer en el cam-

po de la discusión. El túnel de la Mancha, el istmo de Suez y la galería del Mont-Cenis, son de esos pensamientos que hacen honor á nuestro siglo y que eclipsarán las decantadas maravillas de los antiguos.

El túnel de la Mancha, que no ha pasado aun de la categoría de proyecto, y de proyecto aventurado, segun algunos, encuentra todavia quien lo combata con otras armas, presentando ideas, si no mejores, no menos grandes y tan difíciles, que rayan en lo imposible. El lector habrá visto ya que se ha propuesto recientemente establecer un túnel flotante entre las costas de Francia é Inglaterra: un inglés, Mr. Boyd, pretende ahora unir las dos orillas por medio de un puente de 18 millas inglesas, entre Douvres y el cabo Grisnez, sobre pilas de 300 pies cuadrados en la base y 150 al nivel del mar. Las 191 torres que sería necesario construir sobre estos colosales cimientos, estarían á 500 pies unas de otras, y necesitarían elevarse á 300 para dar paso á los navios de alto bordo. Basta comparar las dimensiones que tendría este puente con las de algunos de los mayores que se han construido, entre ellos el *Britania* y el de *Goltzoch* (este último se eleva á 80 metros y tiene 578 de longitud) para convencerse de que solo el costo de semejante obra, si no tuviera otros inconvenientes, la condena. En cambio, el proyecto de túnel de Mr. Thomé de Gamond tiene cada día mas partidarios, y no solo el emperador de los franceses le presta su apoyo y lo somete al examen de los primeros ingenieros de minas, de caminos y de hidrógrafos; no solo la Inglaterra por boca de lord Palmerston y otras personas respetables, manifiesta sus simpatías por la obra; sino que las compañías de los caminos de hierro, cuyos extremos ha de unir el túnel, prometen auxiliar la empresa de una manera mas positiva.

La apertura del istmo de Suez, aunque en proyecto todavia, es ya uno de esos hechos aceptados por todo el mundo y de cuya posibilidad y ventajas no podrán dudar los que lean la interesante memoria escrita por el antiguo director de obras públicas D. Cipriano Segundo Montesino. Si algunos inconvenientes dilatan todavia la ejecución, no son por cierto las dificultades opuestas por algunos hombres del arte, entre los cuales se ve figurar con sorpresa á Roberto Stephenson, ni por los que han de concurrir con sus capitales; sino consideraciones políticas, realmente incomprensibles, y que es de esperar no tarden en desaparecer. La Academia de ciencias de Paris, en su sesion del 3 de mayo, se ha adherido á las esplicaciones científicas y técnicas dadas por la comision internacional para contestar á las objeciones que se habian hecho contra la apertura del canal. La decision con que la gran mayoría de la Academia ha adoptado el categórico dictamen del baron Dupin, es uno de esos hechos extraordinarios que harán época en la historia de la ilustre corporación, tan tímida siempre en las resoluciones y tan apegada al sistema adoptado hacia algun tiempo de no emitir opinion ninguna sobre ideas que pudieran comprometer su *infalibilidad científica*. En el informe de Mr. Dupin, que es ya el segundo emitido sobre esta cuestion en la Academia, resaltan de una manera elocuente las ventajas inmensas de esta empresa gigantesca, y se hace notar la entusiasta acogida que ha tenido en todas partes.

La tercera de las obras mencionadas es el túnel que ha de atravesar los Alpes y para cuya apertura habia votado el parlamento del Piemonte una suma de 40 millones de francos. Nuestros lectores saben que este túnel de 12,600 metros de longitud y á 1,600 metros por bajo de la cresta de los Alpes, no es un simple proyecto; es ya una obra en via de ejecución, á pesar de que algunos hombres eminentes la consideran irrealizable. El abate Moigné, entre otras razones, indicaba como principal la de que es imposible establecer un ventilador bastante poderoso para inyectar 85,924 metros cúbicos de aire comprimido á seis atmósferas á una distancia de mas de 6,000 metros. El ingeniero italiano Menabrea, director de la obra, se fundaba para sostener su posibilidad en experimentos hechos con tubos de 400 metros de largo y 6 centímetros de diámetro, experimentos que sus contrarios rechazaban por la corta longitud del tubo. Hoy ya no parece caber duda sobre este particular; Mr. Pecqueur, autor de un sistema de camino de hierro atmosférico, ha hecho recientemente otros experimentos que prueban que en tubos de tres decímetros solamente puede inyectarse el aire hasta una distancia de 154 kilómetros sin mas pérdida de presión motriz que la 6.^a ó 7.^a parte de la fuerza empleada. Segun parece, el eminente mecánico Poncelet ha dado un informe en que declara que los resultados obtenidos por Mr. Pecqueur son incontestables. Los trabajos del túnel siguen entre tanto con la mayor actividad, y hay abiertos del lado de Módena 85 metros revestidos de madera y del lado de Bardonecche 100 metros en roca firme.

Muy conocidos son los trabajos de Mr. Andraud y los mas recientes de Mr. Gauguain para aplicar el aire comprimido á la locomoción: en estos últimos dias se ha publicado una carta en que se propone el aprovechamiento de la fuerza perdida cuando se aplica un freno á las ruedas de los carruajes en las cuestas abajo. Sustituyendo el freno ordinario que se opone al exceso de velocidad, una bomba que comprima el aire, este se convierte en un motor que pudiera utilizarse en las subidas. El autor de esta carta, que no se dá á conocer sino por sus dos iniciales E. A., cree que su idea sería principalmente aplicable á los caminos de hierro americanos, como el que ya á establecerse en el departamento del Pas de Calais. Dicho camino, que es el primero de ese sistema que se construirá en Francia en una estension notable, deberá tener 30 kilómetros de largo y se ha calculado que costará tres millones y medio de francos.

III.

Un nuevo aparato para evitar el choque de dos trenes que se siguen en un camino de hierro, se está ensayando con éxito, segun parece, en el camino de hierro de Orsay. Al decir nuevo no hablo precisamente del principio en que se funda; porque es con poca diferencia el que los Sres. Chaveau y d'Espinois propusieron hace cuatro ó cinco años. Se reduce á establecer en la via, de trecho en trecho, unos aparatos compuestos principalmente de una palanca angular, que en la posición de peligro hace girar un disco que lleva la locomotora, al mismo tiempo que suena un timbre ó campana, fijo tambien en ella. Los aparatos están unidos de dos en dos por un alambre, de manera que al pasar el tren por cada uno de ellos, arma la palanca del que tiene debajo y suelta la del que ha dejado atrás. No es este lugar de discutir las ventajas é inconvenientes del sistema que no dudo funcione perfectamente, pero que, como he dicho en otras ocasiones al hablar de los que se proponen un efecto análogo, no llena todas las condiciones que ha de tener un sistema de seguridad. Yo creo que en los caminos de hierro no debe resolverse el problema parcialmente aplicando un método distinto para cada clase de accidentes; porque llegaría á complicarse la locomoción de una manera extraordinaria; mucho mas de lo que pudiera hacerlo un sistema general que abrazase todos, ó casi todos los casos: hasta ahora no conozco mas sistemas de esa especie que los eléctricos injustamente calificados por los que pudieran corregir sus imperfecciones.

El 5 de mayo leyó el baron Seguiet en la Academia de Ciencias de Paris un informe bastante favorable sobre un aparato inventado por Mr. Marassich para extraer del fondo del

mar los navios y otros objetos sumergidos en él. Este aparato está fundado en el mismo principio que el sistema empleado hace algun tiempo por el Sr. Giannetti de Córcega. Consiste esencialmente en unos globos ó sacos de tela preparada con goma elástica, que los ingleses llaman cuero artificial. Estos globos se bajan vacíos y se rodean (porque su forma lo permite), á los objetos que se quieren elevar; despues se llenan de aire por medio de bombas puestas en movimiento en un buque de vapor que es indispensable llevar para la operación. Giannetti llenaba sus globos con ácido carbónico que se desprendía á una señal dada por la acción de un ácido enérgico sobre el bicarbonato de sosa. Lo ingenioso del sistema de Mr. Marassich, dice Mr. Seguiet, está en la disposición general del aparato; en la idea de haber dividido los globos en varios compartimentos para hacer la maniobra mas sencilla; en la manera como están montadas las armaduras; en el modo de unir unos globos á otros; en la combinación de las válvulas, etc., etc.; en una palabra, el conjunto ha hecho concebir á la comision la esperanza de un éxito feliz. Siendo así, de esperar es que no tardará en aprovecharse de tan poderoso auxiliar la Compañía submarina americana, que hizo algunos trabajos en Sebastopol y que está actualmente tratando de utilizar el contenido de la fragata *San Pedro*, naufragada en el mar de los Caribes.

Acaba de obtenerse la resolución de un problema de mecánica aplicada que no carece de novedad y de importancia, aunque los obeliscos de la plaza del Vaticano en Roma y de la plaza de la Concordia en Paris, han hecho ver ya en mayor escala cuanto puede el génio del hombre y cuán formidables son los medios de que dispone para acumular la fuerza. Se trataba de trasladar la columna del Chatelet sin demolerla, porque es de mampostería, á una distancia de 12.^m 14 del punto en que se hallaba. La operación se ejecutó en 28 minutos el 21 de abril con toda felicidad, y con no menos fortuna acaba de elevarse á una altura de 4.^m 60 que ha de tener el pedestal en que descansará definitivamente; hallándose ahora sostenida por una armadura de madera que permitirá ejecutar la obra. La columna tiene de alto 22 metros y pesa 180,000 kilogramos.

IV.

La telegrafía eléctrica exigirá por sí sola una revista, si hubiera de darse cuenta de todos sus adelantos y de los trabajos notables que se emprenden. Entre estos se hallan en primer lugar los del cable trasatlántico que se estaba enrollando á bordo del navio inglés *Agamenon* y el de la fragata americana *Niagara*, del cual habia ya el 10 de abril 620 millas en el primero y 484 en la segunda: la operación ha debido concluir el 10 de mayo. Ademas de estos dos buques irá el *Gorgon* con objeto solo de marcar la ruta exactamente en el caso de que influya en las brújulas de los otros dos la gran masa de hierro que llevan á bordo. La empresa del cable, no contenta con tener bajo la dirección de Mr. Whitehouse la parte eléctrica, ha nombrado como adjuntos al profesor Thompson, á Mr. Walker y á Mr. Henley, y además se propone oír los consejos de varias personas entendidas en la materia con el fin de obtener el mayor acierto posible. Hasta ahora los experimentos que se repiten sin cesar dan los resultados mas satisfactorios, y es de esperar que el éxito sea completo, sobre todo si se siguen los consejos de Mr. Delamarche, ingeniero hidrógrafo que, entre otras cosas, propone que se empiece por el medio.

Una nueva línea trasatlántica se proyecta ya, y los Norteamericanos son los que parecen mas decididos á evitar el monopolio que podría hacer la compañía de la línea de Irlanda á Terranova. El nuevo cable iría, segun el *Observer* de Boston, á las Azores y de allí á Lisboa ó á la costa N. O. de España desde donde partirían, un ramal para Inglaterra y otro para Burdeos.

Los periódicos científicos hablan de dos aparatos telegráficos presentados como nuevos. El primero es el pararrayos telegráfico de Masson, cuyo principio he dado á conocer en la obra *La electricidad y los caminos de hierro*. Se funda en la propiedad que poseen ciertos líquidos, como el alcohol y el éter, de no conducir la corriente eléctrica que proviene de las pilas y dejar pasar por el contrario la estática ó de tensión. La segunda de las invenciones á que me he referido, es un sistema telegráfico que su inventor el P. Florimont ha denominado *telegrafía eléctrica* porque en vez de producir señales perceptibles á la vista lo son al oído. El largo artículo del *Monitor* belga no dice nada absolutamente que dé una idea exacta del aparato, de suerte que no se sabe si es realmente nuevo ó solo una modificación de los que ya habian propuesto Steinheil, Froment y otros.

No dejaré de hacer mención aquí de la reunion celebrada en el ministerio de Negocios extranjeros á últimos de abril para tratar de recompensar á Morse, autor del telegrafo que lleva su nombre, y que es realmente acreedor á un premio; pero no puedo menos de unirle al abate Moigné para protestar contra la especie de que ha sido Morse el primero que ha realizado la comunicación telegráfica. Esta gloria corresponde, como se ha demostrado ya en muchas ocasiones, á Steinheil ó á Wheatstone.

V.

Dos verdaderos prodigios nos presentan los trabajos opticos del célebre fotógrafo Mr. Claudet y los del constructor Monsieur Maugey.

Este último acaba de completar la admirable analogía que existe entre el objetivo de una cámara oscura fotográfica y el ojo humano. Necesitaba la cámara oscura una pupila con su iris que permitiera achicar ó agrandar la abertura, segun la estension del objeto, distancia ó la intensidad de la luz, y hasta ahora para conseguirlo era menester desmontar el objetivo y quitarle un diafragma para ponerle otro: ¡qué diferencia de esta operación á la que tan admirablemente ejecuta el ojo instintivamente estrechando ó ensanchando la pupila por medio de los músculos del iris! Pues bien, Mr. Maugey ha tenido la idea de colocar delante del objetivo una membrana elástica de *caoutchouc* vulcanizado, taladrada en el centro por una abertura circular que con un mecanismo puesto en juego por un simple tornillo, tiende mas ó menos la membrana y da el diámetro que se quiere á la abertura central. El autor de esta sencillísima, pero admirable invencion, le ha dado el nombre de *diafragma universal elástico de presión*; pero el abate Moigné propone el mas enfónico y característico de *diafragma pupila*.

Mr. Claudet por su parte ha presentado á la sociedad real de Londres un *estereomoscopo*; que así llama al aparato por medio del cual consigue reflejar sobre un cristal raspado una simple imagen que produce la ilusión estereoscópica. Cuando se mira esta imagen naturalmente con los dos ojos sin auxilio de ningún instrumento, la pintura aparece con un relieve perfecto como si se miraran las dos imágenes de un estereoscopo al través de los vidrios de este instrumento. ¡Lástima es que las dimensiones y naturaleza de una revista no permitan transcribir íntegro el interesante artículo del *Athenocum* inglés que da la descripción del aparato y la esplicación del principio. Este es un nuevo fenómeno de la vision binocular observado por primera vez por Mr. Claudet, quien, al aplicarlo, ha resuelto un problema que la mayor parte de los físicos creían imposible. Los que han admirado el magnífico descubrimiento de Wheatstone y lo consideraban como el complemento de la fotografía, comprenderán la sorpresa de los que pueden obtener el mismo efecto á 30 centímetros ó á 3 metros de distancia como una estampa ó un cuadro sin el menor cansancio en los ojos.

(1) Por haber llegado tarde á nuestras manos, no pudimos insertar en el número anterior este primer estudio científico de actualidad, que desde Paris nos remite nuestro nuevo colaborador, el Sr. D. Manuel Fernandez de Castro, ingeniero de minas pensionado por el gobierno español en el extranjero para difundir su invencion sobre la manera de evitar accidentes en los ferrocarriles, y uno de los jóvenes que mas honran á España por su profundo saber, constante aplicación y escuiva modestia.

Después de estas maravillas, apenas pueden mencionarse los importantes trabajos de Mr. Porro y de Mr. Quinet para reproducir el eclipse del 15 de marzo, y los del mismo Mr. Claudet para medir la intensidad de los rayos fotogénicos por medio de su fotofotómetro.

Sobre acústica no tengo que consignar más que la importante mejora que propone Mr. La Precotte en la construcción de los pianos y los trabajos de los incansables físicos Mr. Lissajoux y Mr. Terquem; este sobre las vibraciones longitudinales de las láminas elásticas, y aquel sobre las vibraciones transversales.

VI.

En cuanto á electricidad nada tan interesante como la serie de fenómenos nuevos con que el célebre Grove apoya la teoría que sostiene hace tiempo de la identidad de los pretendidos fluidos imponderables y del movimiento. Aunque no es fácil dar aquí una idea de lo que con tanta elocuencia dice en su obra de «*La Correlación de las fuerzas físicas*», no es posible que deje de consignar que, conforme con dichos principios, ha demostrado últimamente que la acción molecular de la luz y de la electricidad se ejerce sobre todos los cuerpos, como lo prueban sus experimentos y los de Mr. Niépce de Saint-Victor, algunos de los cuales he citado ya en otra ocasión. No creo posible que se oigan ó se lean las conclusiones de Grove en las lecciones que pronuncia en el Instituto Real de Londres, sin quedar plenamente convencido de que la teoría dinámica que no vé en los imponderables la materia misma, sino fuerzas que obran sobre ella, ó variedades del movimiento, es la que puede dar una idea más exacta de esos agentes.

Algo extraño es el giro que ha tomado la cuestión de la división del arco voltaico ó luz eléctrica que Mr. Jobard anunció á la Academia de ciencias de París como un hecho presenciado por él y del cual parecía no haber duda, pues su respetable posición y su conocido saber eran una garantía suficiente. Sin embargo, Mr. Becquerel, al presentar su informe sobre la invención de Mr. Changy, que, como se sabe, prometía dar resuelto el problema de producir con la misma corriente varios puntos luminosos y alumbrar económicamente las poblaciones y las minas, dijo que las cartas de M. Jobard, que se le daban á examinar, no contenían ningún hecho bastante preciso para que la Academia pudiera expresar su opinión sobre la importancia del descubrimiento. Mr. Jobard ha contestado que efectivamente él mismo había aconsejado al inventor que guardara su secreto. Esta conducta del director del Conservatorio de Artes de Bruselas, le ha merecido una censura del presidente de la Academia de Ciencias, Mr. Despretz, no por el consejo dado al inventor, sino por haber sometido al juicio de tan respetable corporación una cosa que no se hallaba en el caso de ser juzgada.

Como para compensar algún tanto este chasco, porque tal puede llamarse, anuncian los periódicos de Bruselas que en aquella ciudad se ha establecido ya un sistema de relojes eléctricos, movidos simultáneamente por un cronómetro tipo: Mr. Charles Volet, que es el empresario, ha colocado ya 93 relojes públicos, y está autorizado á dárseles también á los particulares. El precio de cada reloj colocado es de 100 francos y llevará 20 al año por la conservación y cuidado de los relojes exteriores, y 10 por el de los interiores.

No menos importante, si es exacta, considero la noticia que en Washington va á ensayarse un aparato eléctrico que permitirá encender ó apagar instantáneamente todos los mecheros del alumbrado de gas de una ciudad; pues si bien M. Treve ha resuelto ya este problema en su telégrafo náutico, su sistema sería costoso para el objeto que ahora se señala.

Aunque ligeramente, haré mención de los resultados de un notable trabajo del doctor Lloyd sobre las variaciones diurnas ordinarias del magnetismo terrestre, atribuidas comunmente al calor solar. Algunas observaciones que destruían esta suposición, habían hecho recurrir á la teoría de que el sol y la luna son cuerpos dotados de magnetismo inherente ó inducido; pero las leyes deducidas de los cálculos de Mr. Lloyd no permiten seguir admitiendo esa hipótesis.

Un motor eléctrico, propuesto por Mr. Ganne, que no creo pueda competir con los de Dumoncel, Jacobi y demás concebidos, otra aplicación de la electricidad como fuerza motriz, vagamente anunciada por Mr. Eugene Regnault, y una máquina eléctrica, semejante á la que hace algunos años propuso monsieur Thoré; y con la cual ha creído Mr. Bourgeat poner de manifiesto la electricidad que desarrolla una hoja de papel, forman el complemento de lo que ha aparecido como nuevo en electricidad.

Pero el acontecimiento más importante en este ramo ha sido la aparición en el *Monitor* del informe suscrito por Mr. Dumas á nombre de la comisión encargada de examinar los trabajos presentados para disputar el premio de 50,000 francos ofrecido al autor de la aplicación más útil de la pila de Volta. Este premio, instituido por Napoleón III en febrero de 1852, á semejanza del que con igual objeto ofreció su tío en junio de 1801; no ha tenido ahora, como no tuvo entonces, aplicación. Ni entonces ni ahora han encontrado los jueces un hombre digno de semejante recompensa; y sin embargo, desde que Volta dió á conocer su admirable aparato hasta nuestros días, no han dejado de hacerse maravillosos descubrimientos. En ese intervalo de tiempo han dado á conocer sucesivamente, Oersted el electro-magnetismo; Seebeck la termo-electricidad; Arago la imantación del hierro dulce y la electricidad por rotación; Ampere la electro-dinámica y Faraday la inducción. En ese mismo intervalo de tiempo se ha visto aparecer la telegrafía eléctrica y toda la serie de aplicaciones mecánicas que han surgido de ella; la galvanoplastia y demás aplicaciones electro-químicas; las electro-médicas, las foto-eléctricas, las piro-eléctricas y demás que contemplamos con asombro. Y es por ventura natural que instituido un premio en 1801 y otro en 1852, venga á decirse en 1858: «Nadie los ha merecido, á pesar de que la ciencia, cuyos adelantos se quieren premiar, sirve de base á los prodigios más grandes que admiramos en el siglo; el concurso debe prorogarse 5 años más, y por ahora nos contentaremos con hacer una mención honrosa de algunos nombres, y dar cuatro medallas conmemorativas?» Algo extraordinario debe haber en el concurso para que esto suceda; estoy persuadido de ello y espero demostrar en otra ocasión, que ya sea en el programa, ya en la manera de juzgar, ya tal vez en ambas cosas, hay un defecto capital que impedirá dentro de cinco años y siempre que el premio se adjudique. Entretanto hay que felicitar á la comisión por haber pedido una recompensa honorífica para los señores Ruhmkorff, Froment, Duchenne de Boulogne, y Miltdeisdorff, aunque bien podía, al premiar los trabajos del primero, haber consagrado un recuerdo siquiera á nuestro compatriota D. Gregorio Verdú, que tanta parte tuvo en ellos.

En los otros ramos de la física, además de los nuevos experimentos sobre el estado esférico de Mr. Boutigny, la teoría sobre las acciones físicas y químicas del ingeniero Reynard y las observaciones hechas por Mr. Laboulaye sobre el equivalente mecánico del calor, que tan en voga se halla, solo merece la pena de indicarse el método propuesto por los señores Williamson y Russell para medir el verdadero volumen de los gases á cualquier temperatura y presión con los endiómetros ordinarios de Bunsen; según Mr. Dumas, este método es tan exacto, que nada deja que desear.

Olvídame ya de citar, y no debía, el nuevo termómetro de Mr. Walferdin, que es el mismo que había llamado metastático, y que por medio de algunas modificaciones, puede convertirse fácilmente en termómetro de máxima.

VII.

La química ha hecho verdaderos milagros y no se sabe qué admirar más, si el número de los trabajos que se han presentado ó la importancia de algunos de ellos; pero el que más vivamente excita la atención, es el que sobre la preparación artificial de cristales de varias especies mineralógicas, ha leído en la Academia de ciencias de París Mr. Sainte Claire Deville, cuyo nombre solo basta para revelar su importancia. La sensación producida por la lectura de dicho trabajo, no fué, en efecto, menos grande que la que ocasionó, no há mucho, la primera barra de aluminio presentada por el mismo.

El método seguido por los señores Sainte Claire Deville y Carou para preparar varias piedras preciosas, consiste en la reacción mútua de los fluoruros metálicos volátiles y de los compuestos oxigenados fijos ó volátiles también. Como hay pocos fluoruros fijos, la reacción es casi siempre posible, y de esa manera han conseguido obtener los ilustres químicos: 1.º el *cornudo* en cristales muy grandes por medio del fluoruro de aluminio y del ácido bórico; 2.º el *rubi*, de la misma manera que el *cornudo*, añadiendo un poco de fluoruro de cromo; 3.º el *zafiro azul*, con los mismos componentes que el rubi debiéndose sin duda la diferencia de color á la proporción de materia colorante ó al grado de oxidación del cromo; 4.º el *cornudo verde*, sin más que aumentar considerablemente la cantidad de óxido de cromo; 5.º el *zircon* en cristales agrupados en forma de herborización; 6.º *cristales diversos*, no determinados aun y obtenidos por medio de los fluoruros de uranio, de titanio y de estaño; 7.º *cimofano ó erisoberilo*, en cristales de algunos milímetros y muy regulares, mezclando los fluoruros de aluminio y de glucinio y descomponiéndolos por el ácido bórico; 8.º la *gabusta*, con la mezcla de los fluoruros de aluminio y de zinc, operando la descomposición por el ácido bórico en vasijas de hierro en vez de los crisoles de aluminio y de carbon que se empleaba para los otros; 9.º la *estauróida*, sustituyendo el fluoruro silíceo al ácido bórico.

Los autores de este magnífico descubrimiento, cuyo estudio están muy lejos de darle por terminado, (y han obtenido después, en efecto, el titanio y otros varios cuerpos) dicen con una modestia exagerada, que creen que sus experimentos no carecerán de utilidad para explicar ciertos hechos de la naturaleza; yo por mi parte estoy persuadido de que cualquier elogio sería mezquino y que ninguno es comparable á la simple exposición de los hechos.

Apenas, si es permitido, después de esto hablar de los demás pasos que se han dado en la química, y sin embargo, son notables. Sirvan de ejemplo los siguientes: el descubrimiento de un nuevo álcali orgánico por Mr. Simpson, que por su composición y manera de formarse parece justificar la teoría de Ampere de que existe realmente el *amonio*; la presencia del yodo y del bromo en las aguas de la atmósfera, que ha puesto de manifiesto Mr. Bechamp; la de la glicerina en los productos de la fermentación alcohólica por Mr. Pasteur; la de una sustancia blanca y trasluciente extraída por Mr. Payen del agua que contienen las ostras; la de otra sustancia también nueva que ha sacado de la creatina Mr. Strecker, denominándola *sarcina*; y la de un ácido semejante al margárico, pero más fusible, que ha obtenido Mr. Becker al descomponer el cianuro de cetylá por medio de la potasa cáustica.

No menos dignos de mencionarse son los trabajos de Monsieur Pean de Saint Gilles sobre las propiedades oxidantes ó comburentes del hipermanganato de potasa; los de Mr. Jules Reignault para fijar el verdadero lugar del magnesio en la serie electro-química entre el zinc y el cadmio; los de Mr. Margriac, que ha fijado también la verdadera composición del ácido silíceo, representada por la fórmula $Si O_2$ y el verdadero equivalente del silicio que es 14; los de Mr. Stass, que ha reconocido que la *floridrina*, principio cristalizable de la corteza del manzano, se descompone en *floreína* y materia carnada; y los de Mr. Hlasivetz, que descompone á su vez la *floreína* en *ácido florético* y en una sustancia neutra azucarada, la *floro-glucina*.

VIII.

La mineralogía y la geología, que seguramente darán algunos pasos más con el notable trabajo de Mr. Sainte Clair Deville que se acaba de citar, no ha permanecido extraña al movimiento general. Mr. Lartet después de un estudio profundo en la fauna cuaternaria, dice que no se tardará en borrar del vocabulario de la geología positiva la palabra cataclismo; por que ninguna de las causas que han podido modificar en épocas remotas la distribución de los seres orgánicos, es comparable á la reacción que ejerce hoy la influencia del hombre en la economía general de la creación.

Con motivo de haber presentado Mr. Barlié á la Academia de Ciencias de París algunas conchas fósiles cogidas en las islas inmediatas al Japon, y que tienen una analogía muy grande con las que viven en nuestras costas, ha emitido Mr. Elie de Beaumont la opinión siguiente: «Que la identidad específica de las diferentes capas terciarias y de las que viven aun en diversos mares, apoya la idea ya emitida de que el cambio total que se observa muchas veces en las conchas fósiles de una capa inmediatamente superpuesta, podría provenir en muchos casos de que las *revoluciones* del globo hubieran cambiado más bien que destruido la morada de estos seres.

Mr. Chipson, estudiando un ejemplar cristalizado de azufre de los terrenos amoneanos de la Sicilia ha creído poder sentar como un hecho positivo, que dicho ejemplar ha cristalizado por disolución y no por fusión, de suerte que su origen inmediato no es una erupción volcánica; y que si proviene de la descomposición de otros cuerpos se debe al hidrógeno sulfurado ó á los sulfuros metálicos; pero no al ácido sulfuroso, al sulfúrico ni á ninguno de los óxidos del azufre.

Otro hecho también interesante, consignado en una carta á Mr. Duvernoy, es el de haberse justificado la existencia del terreno peruviano y de la fauna peruviana en varios puntos del Norte de América. Por último, citaré el descubrimiento del *noteus* en los terrenos de agua dulce de Armissan cerca de Narbona y el hecho más curioso aun de que en California se ha encontrado el oro en la caliza, según asegura el *Journal of Mining Manufactures and Arts*.

Dos palabras nada más diré concernientes á la zoología y botánica que tanto deben á la sociedad de Aclimatación bajo la presidencia de Mr. Geoffroy y de Saint-Hilaire en cuyo honor han hecho acuñar una medalla sus consocios. Este ilustre sabio anunció en plena Academia, con toda la solemnidad que pudiera haberse hecho para uno de los acontecimientos que figuran después en el almanaque de Gotha, que á las seis y media de la mañana del 10 de mayo, el hipopótamo hembra del jardín de plantas había salido de su habitación y adelantándose hasta el borde del agua, había dado á luz el primer hipopótamo que ha nacido en Europa desde tiempo inmemorial. Es de esperar que los naturalistas reciban cuando menos semanalmente el parte de la salud del recién nacido.

Mr. Perny, vicario apostólico de China, ha presentado á la sociedad arriba citada el insecto que produce la cera en el ce-

leste imperio, así como el producto y un pie del árbol en que vive. Otros dos infatigables naturalistas, Mr. Coste y Mr. Bogdanoff han hecho trabajos curiosos; el primero sobre las metamorfosis de la langosta, cuya prioridad le disputa Mr. Joly, y el segundo sobre el pigmento de las plumas de los pájaros. Pero el hecho verdaderamente curioso en esta sección es el que nos ha revelado Mr. Dumeril en una larga memoria sobre los sentidos del oído, del gusto y del olfato en los peces; según él, el gusto es uno mismo en ellos y se explica, dice, admitiendo que en el agua no hay olores porque estos suponen necesariamente la existencia de una atmósfera gaseosa.

IX.

Los descubrimientos y progresos industriales necesitarían por sí solos una revista tan larga como lo que va escrita, si se hiciera otra cosa que mencionarlos. La extracción de la sosa de la cryolita es una industria que parece próxima á introducirse, ó mejor dicho á nacer en Francia, gracias á los esfuerzos de los hermanos Tissier. La cryolita, como se sabe, es un fluoruro doble de aluminio y de sódio, empleado hace algún tiempo por los citados industriales para la preparación del aluminio. Mr. Michel ha conseguido, según parece, extraer el *verde de China* de las plantas espinosas indígenas que lo producen, y ha observado que dicho color no existe en el baño preparado con la corteza sino que se forma con el concurso de la luz, de suerte, que como dice Mr. Perroz, debe considerarse la luz como un verdadero agente industrial. ¡Apenas se da un paso en la aplicación de las ciencias físicas sin encontrar un nuevo comprobante de la teoría de Grove!

Otra industria que puede llegar á ser importante, sobre todo si continúan los estragos que hoy lamentan los que se dedican á criar gusanos de seda, es la del terciopelo hecho con pelo de camello, del cual ha presentado Mr. Davin á la sociedad de Aclimatación muestras de tres clases, entre ellas una de extraordinaria finura y suavidad. También se trata de prevenir el mal efecto que produciría en la industria europea el incremento de la fabricación de telas de algodón en los Estados Unidos. Estos proveen á casi toda Europa de la materia primera, y podrían llegar á absorberla toda en sus fábricas. Mr. Monthureux evitaría ese conflicto, si realizara las esperanzas que le hacen concebir sus esfuerzos para fabricar tegidos con las materias textiles que contienen las hojas ó agujas de las plantas resinosas.

La fabricación de la azúcar es otro ramo industrial importantísimo en el cual ha habido progresos y aun descubrimientos, según parece. Deben contarse entre los primeros la adición de cierta cantidad de granos á las remolachas que se someten á la destilación; y la desecación del sorgho azucarado, recomendada por Mr. Leplay, que le hace perder un 70 por 100 de peso inútil. Entre los descubrimientos nuevos puede figurar, si es cierto lo que refiere el *Journal del Havre*, un procedimiento para extraer la azúcar del heno que, según parece, contiene una cantidad notable de materia sacarina.

El reverendo Mr. John Barlon ha dado á conocer en el Instituto real de Londres el método de fabricación de las bugías de Belmont y Sheerwood, descubiertas por Mr. Warren de la Rue y hechas con una nafta semi fluida extraída de las excavaciones practicadas para ello cerca del río Yrrawddy en el imperio de los Birmanes. Con este motivo diré que el aceite de esquisto, que no es realmente otra cosa, pues se extrae de los betunes minerales que impregnan ciertas pizarras, aunque desacreditado por algunas impresiones, siguen empleándose con muy buen éxito en las estaciones de los caminos de hierro de Alemania, y los resultados obtenidos en los ensayos de los de Francia, no hacen desesperar de que se generalice esta clase de alumbrado. Pero mientras el aceite mineral puede llegar á reemplazar al gas, en lo cual no hay más ventaja tal vez que la de ahorrarse el primer gasto de canalización, la fabricación del último hace rápidos progresos, y ya una compañía inglesa ha alumbrado con ventajas pecuniarias un gran número de pueblos pequeños; problema que en Francia y en España está aun por resolver.

El alumbrado y la ventilación en las minas son dos puntos capitales que necesitan perfeccionarse para disminuir las incomodidades y los peligros á que se hallan espuestos los que se dedican á trabajarlas. El ingeniero sir Jorge Walcot ha adoptado el alumbrado de gas para los trabajos de una inmensa cantera del Meriovetshire, y á pesar de la irregularidad de las galerías y de haber tenido que construir una fábrica especial, resulta que es sumamente económico. Mr. Jobard propone para la ventilación de las minas de carbon, un sistema de tubos agujerados como una flauta y colocados en el techo, por medio de los cuales verifica lo que llama *decanación*; y Mr. Jaen del acude al aparato de Ruhmkorff ó al réotrope de Marson para mantener un foco calorífico superior al de una lámpara ordinaria, donde se vaya quemando el gas hidrógeno carbonado que se desprende, ó con el cual se inflama una gran cantidad ya desprendida antes de que entren á trabajar los mineros. Tanto esta idea como la de aplicar el aparato de Ruhmkorff á la pega de los barrenos en minas como la de Almadén y en los trabajos de caminos de hierro, me parecen dignas de ser ensayadas por los ingenieros españoles.

No faltan en agricultura algunos hechos que consignar, como son los trabajos de M. Payen para demostrar los buenos efectos del azufre contra el oidium; los que ha hecho para probar la ineficacia de ciertos abonos artificiales, entre los cuales cita particularmente el que se conoce en el comercio con el nombre de *germinador nutritivo*, y los que le han servido para probar las ventajas del sistema de Mr. Andrés Jean, empleado por Mr. Combes para educar los gusanos de seda. También mencionaré los de M. Becquerel sobre la aclimatación de los naranjos; el empleo que ha hecho Mr. Socc del altrumuz para bonificar las tierras arenosas sembrando en ellas y haciéndolas servir así hasta para el cultivo de trigo; la observación de monsieur Boyer, que cree que la sombra espesa de los árboles es contraria al oidium; y por último, la cavadora rotatoria empleada con buen éxito por Mr. Thenard en sus labores. Lástima es que la índole de esta revista, tan extensa ya, no permita entrar en ningún pormenor sobre este instrumento de labranza. En cuanto al medio de fecundar los árboles estériles apaleándoles, apenas merece indicarse, porque aunque la idea no es ridícula, como parece á primera vista, esta operación puede considerarse como una manera tosca de ejecutar la incisión anular y la poda.

X.

La Medicina y la Astronomía, las ciencias exactas, el arte militar y algunos otros ramos, darían todavía materia para llenar algunas páginas, pero este artículo es ya demasiado largo y será preciso contentarse con decir que las dos primeras, sobre todo, han sobrepujado á cuánto pudieran haber esperado los más exigentes.

En el corto período de un mes se ha visto dar cuenta en varias corporaciones científicas de la *diacaria* practicada por Mr. de Maisonneuve, ó sea la amputación rompiendo y arrancando el hueso en vez de aserrarlo; del método no menos curioso de Mr. Sedillot, que vacía el hueso cariado en vez de cortar el miembro; de la aplicación del ácido carbónico como agente anesthético por el doctor Ozanam; de las observaciones fisiológicas sobre la función de la sangre en la respiración, por

Mr. Emile Férnet, y sobre la presencia de la glicosa en el hígado de todos los animales; de la aplicación de la gimnasia á las enfermedades nerviosas, por el doctor Blache; del tratamiento de la hemeralopia ó ceguera nocturna, que Mr. Netter atribuye á la insolación; y de la curación de las fistulas y tumores lacrimales por un nuevo método propuesto por Mr. Tavignot.

En cuanto á la Astronomía, baste decir que los nombres de Leverrier, Chacornac, Goldsmith y otros astrónomos, no dejan de pronunciarse en una sola sesión de la Academia de Ciencias de París. El primero ha presentado el cuarto tomo de los anales del observatorio imperial, con nuevos resultados sobre su estudio matemático ó reducciones de las observaciones del sol, definitivamente adoptadas por los astrónomos. El segundo ha publicado sus observaciones sobre un grupo de manchas solares, estudiado por él el 15 de marzo, y las ve hoy apoyadas por el R. P. Secchi; y Mr. Goldsmith, que tan acostumbrado nos tiene á descubrir planetas, se ha contentado ahora con señalar como variable una estrella que era de 7.º orden en mayo de 1857 y es ahora invisible. Tan estudiado tiene el cielo este astrónomo, que como pudiera hacerlo uno de nuestros mas an-

tiguos pastores estreñenos con un numeroso rebaño, echa de ver la ausencia del último de sus astros y le llama la atención la aparición del mas imperceptible punto luminoso.

El planeta descubierta el 4 de abril por Mr. Luther, que es ya el 54, ha recibido el nombre de Calipso.

Terminaré esta revista con el anuncio de varios inventos sobre los cuales carezco de noticias positivas: uno de Mr. Partridge, empleado en el arsenal de Wolwich, para usar el vapor á una temperatura muy alta; otro de Mr. Cuvelier, de Arras, para evitar el rozamiento de la corredera en las máquinas de vapor, equilibrando dicha pieza; y por último, otro sumamente original, del cual no me ha sido posible formarme la menor idea, y cuyo proyecto presentó á la Academia de Ciencias el Mariscal Vaillant en la sesión del 3 de mayo. El inventor, cuyo nombre no se dijo, se propone nada menos que valerse de la acción calorífica de los rayos solares para elevar el agua en la orilla de los mares ó de cualquier otro depósito.

París 31 de mayo de 1858.

MANUEL FERNANDEZ DE CASTRO.
(Ingeniero.)

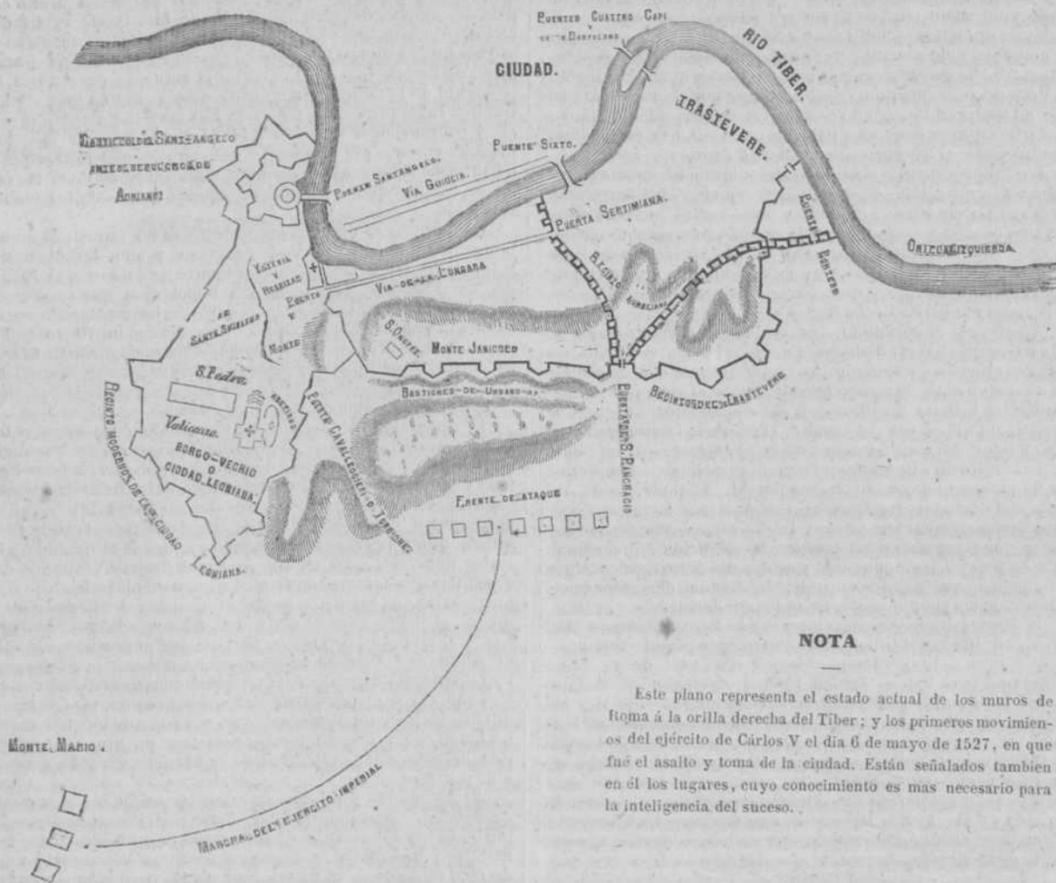
EPISTOLA

SOBRE

EL ASALTO Y SACO DE ROMA POR LOS ESPAÑOLES,

dirigida

AL EXCMO. SR. O. SERAFIN ESTEVANZ CALDERON,
DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.



NOTA

Este plano representa el estado actual de los muros de Roma á la orilla derecha del Tiber; y los primeros movimientos del ejército de Carlos V el día 6 de mayo de 1527, en que fué el asalto y toma de la ciudad. Están señalados tambien en él los lugares, cuyo conocimiento es mas necesario para la inteligencia del suceso.

No estuvo Vd., mi querido tío, bastante tiempo en Roma para visitar minuciosamente aquella parte de la ciudad por donde entró el ejército de Carlos V, en los primeros días del mes de las flores del año 1527, de nuestra era. Me pesa, por que al ajustar las relaciones de los historiadores con los lugares del suceso, habría Vd. experimentado las propias dudas que yo, y tal vez se hubiera dedicado á esclarecerlas con mas fruto. Pero ya que ello no pudo ser, quiero que juzgue Vd., al menos, estas observaciones, que me ha sugerido el pasear los lugares con curiosidad, durante mi residencia en Roma. Las acompaño con un plano sencillo que representa el estado actual de los muros de Roma á la parte izquierda del río, sin el cual no sería posible formar exacta idea de los hechos. De Vd. no temo que juzgue estéril esta tarea, no tan lucida seguramente como pensaba y difícil: lejos de eso, me parece haber acertado con su gusto al dedicarle esta carta.

Roma, en los tiempos antiguos, fué poco dada á poblar en la orilla etrusca de su río, asentándose casi entera en el suelo latino. Solo pasaron los antiguos de la margen izquierda á la margen derecha del Tiber, para fortificar la cima del monte Janiculus, que domina la ciudad, y podía impedir la navegación del río (1), ó bien para construir el sepulcro de Adriano, hoy ciudadela de Roma, y los jardines y circo vaticanos; en cuyas grutas fué enterrado San Pedro. Sobre aquellas santas grutas se levantó luego el trono de los papas, coronado ahora por la cúpula del primero de los templos cristianos, y desde ellas hasta el sepulcro de Adriano y el Tiber, se ha ido formando, con el tiempo, el mas importante de los barrios de Roma. Allí están los palacios pontificios, los museos, los pórticos incomparables del Bernini, el obelisco transportado del viejo circo á la plaza, en los días de Sixto V, por el audaz ingenio de Fontana. Parte por guardar de las incursiones sarracénicas la Basílica de San Pedro, parte para guarecer sus palacios y sus propias personas, en las frecuentes insurrecciones de los patrios romanos durante los siglos tenebrosos que subsiguieron á la estinción de los Césares, trataron los papas de ceñir con torres y muros el recinto vaticano; y Leon IV acertó á llevar á término este propósito en la primera mitad del siglo IX, separando de Roma enteramente el nuevo arrabal ó burgo que, de su nombre, se llamó desde entonces ciudad leoniana ó leonina. En el interin la escasa población que, durante el imperio, se habia acumulado dentro del recinto fortificado del Janiculo, comenzó á acrecentarse, merced á las ampliaciones que hicieron en todo el ámbito de la ciudad, los emperadores Aureliano y Honorio; y al natural deseo que tenían los primeros cristianos de habitar en las cercanías del monte y las grutas donde murió y yació luego el cuerpo de San Pedro. Y así se vió, que mientras el Foro y las inmediaciones del anfiteatro Flavio, lo propio que las cumbres del Esquilino, Celio y Palatino eran abandonadas

á los escombros, Roma creciese de la parte opuesta del río, formándose el arrabal de S. Pedro, conocido tambien por Borgo Vecchio y vaticano, en la ciudad leoniana, y el de Transtiber ó Trastevere, al pié del monte Janiculus, que fueron los que asaltaron, en 1527, los impertérritos soldados de Carlos V.

Por mucho tiempo estuvieron estos arrabales separados uno de otro, y cada cual de ellos encerrado en distintos muros, y con puentes diversos que los unian á la ciudad. El Trastevere, dentro del recinto de Aureliano, se comunicaba principalmente por el puente Aurelius, hoy puente Sixto, y por los puentes de Cestius y Fabritius, hoy Quattro capi, que juntan la isla tiberina con las dos orillas del río: el de San Pedro ó vaticano, encerrado en el recinto de Leon IV, tenia por suyo el puente Aelius ó de San Angelo, dominado por el sepulcro-castillo de Adriano, que era como base de la ciudad leonina. De uno á otro arrabal corría la vía de la Lungara, limitada de una parte por el río, cuyo curso sigue casi paralelamente, y de la otra por las colinas janiculenses que, desde la cumbre de Santo Espiritus, punto el mas avanzado de ellas de Sur á Norte, y comprendido ya en el recinto leonino ó vaticano, se extienden ordenando hasta la misma cima del antiguo Janiculo, que hoy, por causa de la iglesia levantada en memoria del suplicio del primer apóstol, se llama San Pedro in Montorio (1). A ambos lados de la vía ó camino de la Lungara no tardaron en construirse muchas casas, como suele suceder en todos los caminos inmediatos á lugares populosos, hasta formarse la calle actual, que es de las mejores de Roma; y en 1642, cuando Urbano VIII renovó y reformó toda la fortificación de la orilla derecha del río, quedaron encerradas esta calle y otras de menos importancia, derivadas de ella, en la larga cortina bastionada que corre desde la puerta Cavalleggeri, en la ciudad leonina ó vaticana, á la puerta de San Pancracio, en el Trastevere, encerrando en un solo recinto los dos antiguos arrabales.

Nibbi, al tratar de esta parte de los muros, dice que « hasta aquel año (el de 1642) la ciudad leoniana habia estado separada de la ciudad propiamente dicha en la parte transtiverina por toda la estension de las colinas janiculenses que dominan inmediatamente la vía de la Lungara; y que por eso á los dos extremos de esta, se hallan las puertas de Sancto Spiritus y Septimiana, hoy ya inútiles. »—Y aqui comienzan las dudas y la dificultad de ajustar los lugares con los hechos de que se trata.

Porque Nibbi no es solo el último de los grandes anticuarios romanos: es tambien el que mas detenidamente ha estudiado estas materias, durante una vida larga y laboriosa, dedicada por entero á la instrucción arqueológica de los alumnos de la Sapienza; y en especial sobre los muros ha escrito una obra clásica, que Vd. conocerá seguramente con el título de Historia

delle mura di Roma. ¿Cómo contradecir una autoridad tan respetable, sin graves, gravísimos fundamentos que abonen la opinion supuesta? Yo creo que los poseo y voy á someterlos al juicio de Vd., que tiene ya idea de los sitios, y que podrá, como digo, ayudarme á salir de confusiones.

He hablado ya, citando á Nibbi, de la puerta de Sancto Spiritus y de la Septimiana ó Settimiana, colocadas á los extremos de la Lungara, dentro del recinto moderno.—No es por estas solas por donde se comunican los arrabales; hay tambien al presente fuera del recinto bastionado, un camino que corre lamando los ángulos ó redientes del muro, y á sus dos extremos se hallan, aunque con diversa direccion, otras dos puertas que son la Aurelia (1) ó de San Pancracio y la del Torrión ó Torreón de Sancto Spiritus, ahora Cavalleggeri, situada aquella al pié del monte Janiculo en Trastevere, y abierta esta otra en los mismos muros antiguos de la ciudad leoniana, á la falda de la colina ó monte de Sancto Spiritus, sobre el valle de los hornos, que separa un tanto las alturas janiculenses de las vaticanas.—Que entre estas cuatro puertas, á saber: la de Cavalleggeri, la de Sancto Spiritus, la de San Pancracio y la Septimiana, tuvieron lugar los memorables sucesos que el 6 de mayo de 1527 ensangrentaron á Roma, no ofrece duda alguna.—La duda está en si todas cuatro puertas daban paso al campo por entonces, y pudieron ser atacadas á un tiempo de los imperiales, ó si ya á la sazón dos solas de ellas, como se vé al presente, eran verdaderas puertas de Roma; la Torrión y la de San Pancracio, y las otras dos en las estremidades de la Lungara se encontraban dentro de un muro paralelo á esta vía y al Tiber, que asegurase interiormente la comunicacion de los arrabales, al modo que ahora la asegura el recinto bastionado de Urbano VIII.—Nibbi creia lo primero afirmando que, hasta que aquel levantó en 1642 su recinto, no quedaron inútiles las puertas de los extremos de la Lungara; yo me atrevo á sostener contra esta opinion, aun despues de reconocer que es la del primer anticuario de Roma, que en 1527 eran ya de ostentacion puramente, aquellas puertas, y que el ejército imperial halló delante de si, un muro que corría poco mas ó menos como el actual, de un arrabal á otro.—Veamos en prueba de mi aserto cómo refieren algunos testigos de vista las particularidades del suceso.

Entre las adquisiciones bibliográficas que hice yo en Italia, cuento por de las mejores, un códice de cierta historia del Sacco di Roma, escrita por Patricio de Rossi, florentino, con ayuda de las memorias originales que dejó acerca del suceso, Monseñor Francisco de Rossi, su abuelo, testigo de vista, y actor en algunas de aquellas dolorosas escenas.—El Patricio, más se dá por colector que por historiador; y con efecto, se advierte en su obra que muchas veces no habia él, sino el mismo que presenciaba los acontecimientos. Imprimióse esta obra por primera vez en la propia Roma, el año de 1837; pero con ciertas variantes, y lagunas importantes, que no hacen á nuestro propósito, tal vez abiertas en el texto, por la censura pontificia.—De aqui la importancia de un códice, que escrito en letra, si no del propio siglo XVI, de los primeros años del siguiente, y perfectamente conservado, ofrece grandes garantías de autenticidad.—El contexto de toda la historia demuestra que Monseñor Francisco de Rossi, su verdadero autor, escribia con gran conocimiento, y que era hombre imparcial, ya que no siempre elegante; y juicioso como el que mas de los escritores de su siglo. De sus páginas, descargado el estilo de declamaciones ociosas, saco la narracion que sigue.

« Pasado, dice Rossi, el 5 de mayo y aun la noche, conforme se acercaba el día sexto se levantó dentro y fuera de Roma una niebla tan densa que apenas se veia á dos pasos de distancia.—Pusiéronse para aprovecharla, en ordenanza los enemigos y una parte de ellos se fueron acercando en buen órden á los muros de un lado, entre los bastiones de Sancto Spiritus y los muros del Papa Nicolás, trayendo escalas y otros artificios para el asalto.—Al clarear el día se distinguió sobre todos á Borbon, completamente armado y á caballo con sobvesta blanca en las armas... Los españoles, como aquellos que en valor y atrevimiento pretenden la precedencia de cualquiera otros, bravamente escaramuceando, comenzaron por varias partes el asalto.—Muchos de ellos se empeñaron obstinadamente en conservar el punto mas fácil para dar el asalto por las escalas, por aquella parte que (respondi verso) está en frente de Sancto Spiritus, donde las murallas de la ciudad eran mas bajas que en otro lugar alguno. Se juntaban aqui los muros de la ciudad con una pequeña casa particular; pero de tal manera que, siguiendo el órden del resto de la muralla, se necesitaba más que diligente cuidado para averiguar su flaqueza; y en ella habia una tronera de cañon que iba servia de ventana. Debajo de esta tronera habia otra pequeñísima ventana que daba á la cantina de la casa, no enrejada de hierro sino de madera, pero cubierta de tierra y piedras, por tal manera, que á la parte de afuera no se conocia, ni podia sospecharse que diera con ella el enemigo. De este punto precisamente no se separaban los españoles pretendiendo escalar la muralla, de donde eran rechazados á tiros de mosquete, hasta que la niebla, haciéndose mas y mas densa, á punto de probar la vista á los defensores, permitió á aquellos acercarse á su placer, sin ser ofendidos. Ahora bien, mientras los españoles combatian incesantemente por esta parte, Borbon, que hacia partes de soldado mas que de capitán, al apoyar con la mano izquierda una escala en los muros, fué muerto de un areabuzazo en un costado. Reunidos los capitanes del ejército para deliberar qué habia de hacerse en aquel caso, determinaron repetir el asalto; y eligiendo por capitán general al príncipe de Orange, se abalanzaron de nuevo á los muros. Ya era la undécima hora del día cuando los cesáreos con mayor audacia intentaron de nuevo la espugnacion por todas partes hasta el Porton de Sancto Spiritus. Entonces fué cuando algunos infantes españoles, descubriendo, ó por casualidad, ó por desolacion, la flaqueza del muro de aquella casita antes mencionada, con barras y picos alargaron la tronera y la ventana subterránea, por la cual cómodamente entraron en Roma; y á las trece horas (2) fué sentido el enemigo dentro de la ciudad sin poderse saber por dónde ni cómo, afirmando los defensores que no entraron por la parte de la puerta del torreón de Sancto Spiritus, aunque eran las murallas mas bajas y peor defendidas. La verdad fué que entraron por dicha casa. No bien habian empezado los españoles que entraron á ordenarse, apareció Renzo de Ceri (capitan general de las fuerzas del Papa en la ciudad) con cerca de 800 infantes que conducia en refuerzo de los que combatian sobre los muros. Al llegar á la iglesia de Sancto Spiritus (situada en la ciudad leoniana, de donde la puerta Torrión, el Porton de la Lungara, y el monte que hay entre ambas puertas tomaron el nombre) descubrió Renzo de Ceri á los españoles que venian á él, y es fama que, vuelto á los suyos, gritase en voz alta: los enemigos están dentro, sálvese quien pueda en lugares fuertes y seguros. Palabras intempestivas é indecentes á tal capitán... Que si Renzo hubiera embestado á los enemigos con el arrojamiento que en aquella ocasion cumplia, considerando la distancia del muro al lugar donde habian llegado los españoles, bien

(1) Nibbi. Roma, Antica t. I.

(1) Sigó en esta descripción las opiniones de Nardini y Nibbi, los dos mas seguros arqueólogos que, en mi concepto, han escrito sobre Roma.

(1) No hay que confundir esta puerta con la que daba principio á la vía Aurelia situada sobre el puente Santángelo.—Esta, de que hablamos, se llamaba Aurea ó Aurelia por corrupcion del monte aureo ó Janiculo.
(2) Los italianos cuentan seguidas, desde la una á las veinte y cuatro, las horas del día.

podía conjeturar que (pues cabían en lugar tan estrecho) nos verán aun en gran número, y que la gente que él conducía bastaba para rechazarlos al muro. Pero Renzo, en vez de hacerlo, tomó la fuga (saliendo indudablemente por el Porton ó Postigo de Sancto Spiritus) hacia Puente Sisto, por la Lungara, seguido de muchos de los suyos en confusión; con lo cual, los que defendían los muros, viendo huir al capitán, abandonaron también tras él sus puestos. Perseguiéndolos los contrarios gritando: viva España, mata, mata, y haciendo estruendo. Renzo, llegado á Puente Sisto, (después de pasar también forzosamente por la puerta Septimiana que está antes del Puente) juntó las reliquias de sus infantes que habían dejado las espadas españolas, con los que estaban á su guarda, y en lugar de cerrarlo y terraplenarlo, si no quería cortarlo, colocó alguna pieza de artillería que barrera la entrada, y encaminó luego por vía Giulia (calle casi paralela al río en su izquierda, y también á la Lungara que va por la derecha) á demandar del puente y castillo de Santangelo.

De esta relación se desprende que Renzo de Ceri llegó por la parte de la Lungara á la iglesia de Sancto Spiritus. Porque si se hubiera acercado á Sancto Spiritus por el lado de Santangelo, al divisar á los españoles, habría podido recogerse al castillo sin dificultad, dejando entre él y la Lungara á los enemigos. Y una vez averiguado que la retirada de Renzo fué por la Lungara á Puente Sisto, y de allí á buscar, por la vía Giulia, el puente Santangelo, ¿no es lo mas verosímil que al venir siguiese los mismos pasos? Pues ni lo uno ni lo otro habría podido hacerlo de estar aun, como creía Nibbi, la Lungara fuera de los muros. Nótese primero, que de estar cerradas la puerta de Sancto Spiritus y la Septimiana, como era forzoso que lo estuviesen si daban al campo, durante el ataque, no era posible que el caudillo romano pasase en fuga de la una á la otra sin hallar obstáculo alguno hasta llegar á Puente Sisto, donde hizo algunos instantes de alto. Nótese luego, y esto es mas concluyente todavía, que de no suponerse un muro antiguo, semejante al que ahora existe por obra de Urbano VIII, en las colinas janiculenses, los asaltantes, estendiéndose naturalmente desde la orilla del río hasta la puerta Torrión ó Cavalleggieri, y desde el mismo río á la de San Pancracio, habrían hecho imposible toda comunicación entre los dos arrabales.

Bastan estas dos observaciones para hacer evidentes nuestros asertos si se dá crédito á la relación minuciosa de los hechos que monseñor Rossi dejó escrita.

Mas por si acaso se duda de la veracidad de esta relación, convendrá examinar otras que sean contemporáneas ó vecinas del suceso, y puedan esclarecer sus circunstancias. Por tales son tenidas dos de autores inciertos, publicadas ambas con el título de *Il sacco di Roma*. Imprimióse la primera en Paris en 1664 á nombre de Francisco Guicciardini, el famoso autor de la *Historia de Italia*, y la segunda en Luca, con falsa fecha de Colonia, en 1756, suponiéndose obra de un Jacobo Buonaparte, hasta entonces de todo punto desconocido. No tardó en hallarse entre ambas obras tal semejanza que los gaceteros mas acreditados en Italia y muchos literatos la tuvieron por una misma, atribuyéndola, quién á Francisco Guicciardini, quién á Luis su hermano tan famoso por su descripción de Flandes. Y con efecto, la semejanza es grande y podría demostrar que la segunda era original ó copia de la primera, si no fuese porque á no dudarlo, una y otra están sacadas, en su mayor parte, de la historia misma de Rossi, de que acabo de copiar la relación del asalto. No las noticias solo, sino las declamaciones, las reflexiones, las palabras mismas lo demuestran á punto que basta una somera confrontación para resolver de plano, este antiguo problema literario. He dicho que son, en su mayor parte, no en todo, extractos de la de Rossi las dos obras referidas; y con efecto, algo hay de mas, especialmente en la segunda de las relaciones, que malamente se supuso tomada de la primera, mucho menos curiosa que ella á todas luces. Los nuevos pormenores que aquí se encuentran deben pertenecer á alguna otra relación por el estilo de la de Rossi, auténtica y desconocida al presente; esto es al menos lo probable. Y no me parece aventurado el suponer que ambas relaciones fueron formadas á un tiempo y por diversas personas, no teniendo valor al presente, una ni otra, si no es por aquello poco que añaden á la grande y original relación de que me he hecho cargo. Un párrafo hay, por ejemplo, en la obra atribuida á Buonaparte, que no solo no se halla en la que se creyó de Guicciardini, sino que falta también en el impreso y manuscrito de Rossi, y confirma de un modo notable las antecedentes observaciones: «Por tanta solicitud y estímulo (el que daba Borbon á sus soldados) se hallaba (dice el Buonaparte), junta al alba toda la infantería, y en orden de caballería, no menos alegres que dispuestos todos á emprender animosamente la batalla. La valentísima gente (banda) española dió, según su costumbre, el asalto por diversas partes de la ciudad. Combatieron de una y otra parte reciamente con la pequeña artillería, y de algunos pocos soldados suizos de la guardia del Papa (no quedó de estos ni uno solo, según otras relaciones) habian ya sido rechazados los que daban el asalto y subian á los muros por la parte que miraba guardava (á Via Giulia). Muchos fueron maltratados por las balas de un grueso cañon que disparaba desde las colinas del flanco, donde era mas recia la batalla, y ya en lo alto del muro fueron ganadas dos banderas, cayendo precipitados del muro abajo los alféreces que las conducían.»—¿Cuál podía ser, pregunto yo ahora, esta muralla que miraba á Via Giulia sino una paralela á la misma vía, y de consiguiente al río y á la Lungara, que es lo que trato de demostrar?—¿Y de qué otras colinas de flanco, donde era lo mas recio de la batalla, podían venir los tiros de aquel cañon grueso á no ser del monte de Sancto Spiritus, que se separa de la dirección de las demas colinas janiculenses, y avanza de Sur á Norte, como dejo dicho, de suerte que flanquea precisamente á las otras?—¿No estaba también al pié de este monte de Sancto Spiritus la puerta Torrión donde se sabe que era el mayor empuje del asalto?

Todo ello parece tan claro, que se necesita del respeto que naturalmente profesamos los peregrinos extranjeros á los arqueólogos naturales de Roma, por causa del tiempo y medios de que disponen; y la particular atención que merecen los estudios arqueológicos de Nibbi, para insistir aun en la demostración.

Insistiré, sin embargo, que á tanto me obligan á mi los respetos que dejo apuntados. Testigo ocular del suceso fué también Benvenuto Cellini, que habla de ellos en su *Vita scritta da lui medesimo*. El lugar en que se halló fué, según dice, el muro del *Campo Santo*, y este pudiera ser muy bien el de Sancto Spiritus, situado en las colinas janiculenses, por encima de la Lungara, precisamente en el sitio por donde yo supongo que corría ya una muralla en la época del saqueo. Y á la verdad, visitando aquellos lugares he observado yo mismo en el muro que corre al presente por delante del Campo Santo, algunos trozos de construcción á la manera *sarazinesca* y me han servido de estímulo para proseguir en estas investigaciones. Tal vez por aquella parte no hubo nunca una muralla formalmente levantada; sino que con las tapias de los jardines y las casas mismas, y algunos trozos de muro lijeramente fabricados, se constituiría por allí el recinto, calificado en todos los historiadores de *el mas flaco de Roma*. Da crédito esta calificación misma á mis sospechas porque no parece posible que los muros de la

ciudad leoniana, apoyados por la parte que sufrió el asalto en el monte de Sancto Spiritus, cuidados especialmente por los Papas, que fiaban su seguridad personal en ellos, y no habia muchos años reedificados por Nicolás V, desde la puerta de Sancto Spiritus á Santangelo, según Nibbi (1) se hallasen en el estado deplorable que señala Francisco Vettori en su *Storia d'Italia dal 1511 al 1527* diciendo, precisamente al describir el ataque que «en muchos lugares no habia muro sino solo se habian levantado algunos reparos.»

Y á propósito de Francisco Vettori, conviene saber que este autor señala como punto principal del ataque el muro que corría del porton del Borgo (asi se llama aun por antonomasia el arrabal de San Pedro ó Vaticano), á la puerta de Sancto Spiritus, dando aquel primer nombre sin duda á la Puerta Torrión; con lo cual, confirma un hecho en que Rossi y el compendio de Buonaparte están de acuerdo. Ni podía ser otro el punto cuando el objeto de los asaltantes era entrar en la ciudad leoniana y apoderarse del Vaticano y de San Pedro. Pero el ejército, que en concepto de Sandoval, llegaba á 30,000 soldados y á 40,000 en opinion de Ulloa, era sobrado numeroso para encerrarse en lugar tan estrecho, donde apenas algunos centenares podrían maniobrar con holgura, y asi es que estaba estendido entre la puerta de San Pancracio y la de Sancto Spiritus, según lo describen Rossi y sus plajirios, y casi todos los autores que tratan del asunto. Y aqui surgen sin querer nuevas preguntas. ¿A qué estendiese entre la puerta de San Pancracio y la de Sancto Spiritus si no para atacar una línea ó un frente continuo de fortificaciones? ¿De estar aislados los arrabales no se habrían dividido también los asaltantes en dos trozos diversos, siendo lugares tan distintos la puerta de Sancto Spiritus y la de San Pancracio que por mas de una milla y un quinto de las de sesenta al grado está separada la una de la otra? Difícil sería contestar á estas preguntas sin aceptar mi supuesto. Ni se concibe sin él, que poseyendo los imperiales toda la cumbre de las colinas Janiculenses, la iglesia y torre de San Onofre, que existía desde 1419 sobre ellas, y otros muchos edificios, que allí hay anteriores al asalto, y que debían dominar una gran parte de los muros de la ciudad leoniana, pudieran sostenerse allí por algunas horas los defensores, en especial si se recuerda cuán poco expertos eran en las armas, y cuán formidables por el contrario aquellas mangas de arcabuceros españoles que, pocos años antes en Pavia, habian desaratado la flor de los caballeros de Europa. Porque no basta la niebla para explicar este efecto; que Benvenuto Cellini, que asistió en los muros, si bien encarece su densidad, todavía refiere pormenores bastantes á demostrar que no debían de distinguirse claramente los escuadrones imperiales, por mas que á la distancia á que se halla Santangelo, impidiese ella el efecto de la artillería pontificia, cosa á que los romanos en general atribuyeron mucha parte del mal fin de la jornada.

Por si aun hiciesen falta argumentos, tal vez no sea impertinente recordar lo que aconteció en otro ataque que se dió al papa pocos meses antes del de los imperiales. Fueron los asaltantes los Colonnas, grandes enemigos de Clemente VII, acompañados del aventurero D. Hugo de Moncada, y de una turba de parciales y soldados mercenarios, mas apta para el saqueo que para la guerra. Contaban estos con inteligencias en Roma, y con un partido poderoso dispuesto á seguir su voz contra el pontífice, y una noche se introdujeron calladamente en la ciudad por el camino de Nápoles, y se señorearon de toda ella, y aun del puente Sisto sin resistencia. Abierto el paso de este modo á la orilla derecha del río, los sublevados, dice Rossi, que también narra aquel hecho «sin dificultad alguna entraron por la Lungara y se dirigieron á San Pedro. Al pasar por el arco de Sancto Spiritus (asi el impreso que el ms dice porton), hallaron allí á Esteban Colonna con 200 infantes recogidos tumultuosamente de orden de su Santidad, el cual no pudiendo con tan poca gente impedir el paso al enemigo, se retiró de aquel punto, con lo cual entraron los colonenses en el Borgo-Vechio.» Donde se vé que debia estar indefenso enteramente el porton de Sancto Spiritus, y abierto el paso desde la Lungara al Borgo, cuando ni siquiera se intentó la resistencia, y, por no haberla intentado no se inculpa al capitán, cuando tanto se inculpa á Renzo de Ceri por su conducta en el asalto de los imperiales; dado que la gente que venia sobre Esteban Colonna no podía ser tampoco mucho mas numerosa que la que puso en fuga á aquel otro caudillo romano.

Suponiendo ahora, mi querido tío, que con tanto disertar no haya comprendido mal los hechos y sus deducciones legítimas; ¿cuál pudo ser el lugar de la muerte de Borbon, y cuál el trozo de muro donde fué herido durante el asalto?—Objetos de curiosidad histórica son estos, que no se han curado mucho de contentar hasta el presente los anticuarios romanos, poco amigos, y con razon, de la gloria de aquel temerario caballero.—Nibbi, sin embargo, apunta como seguros algunos datos que no dejan de ser importantes.

A la izquierda de la antigua puerta Torrión, hoy Cavalleggieri, allí donde comienzan los bastiones del moderno recinto del Janiculus, hubo, según él, en otro tiempo, una capilla, intitulada de Nuestra Señora del Refugio, en la cual murió Borbon, habiéndose conservado en ella algunas banderas y una inscripción que recordaba el suceso por muchos años: tal vez hasta que se fabricó sobre su demolido presbiterio el nuevo muro. De aquella capilla al monte de Sancto Spiritus donde fué mas recio el asalto, no habia mas que algunos pasos de distancia, y de consiguiente hay que creer que fué casi á las mismas puertas de la capilla donde recibió Borbon el golpe de muerte. Pero no todos están de acuerdo en las circunstancias. Tullio Dándolo, uno de los escritores que con mas celo cultivan al presente la historia de Italia, después de buscar en vano en la *Biblioteca vaticana* un manuscrito del *Sacco* de Roma, obra del famoso Gerónimo de Morone, que allí se sospecha que existe, acaba de publicar un libro acerca de este personaje (2) con unos breves comentarios sobre el suceso. En ellos se lee que los imperiales bajaron de Monte Mario blandiendo cuerdas y escalas, y se lanzaron inmediatamente al asalto; y que Borbon, herido, fué transportado á la escalinata de San Pedro, donde ahogaron su último ay, los alaridos de *carne*, *carne*, con que asordaban el aire los españoles. Mas fundada me parece, no obstante, la version de Nibbi, fundada en dos autores antiguos, que tratan ampliamente del Vaticano y de sus alrededores, y que hablan como de cosa que vieron ellos propios, de la capilla, y la inscripción que fijaba allí la muerte del capitán imperial.

Noticias no menos inseguras quedan acerca de la persona que mató á Borbon, por lo mismo que muchos se debieron de atribuir la gloria del hecho. Benvenuto Cellini, sin ir mas lejos, afirma que murió de los tiros que él y dos amigos que llevaba consigo le dispararon, desde el *Campo Santo*; pero mas tarde se da también él por autor de la herida que recibió delante de Santangelo, el príncipe de Orange, y en todas sus memorias campea tal espíritu de jactancia, que bien podemos dudar los presentes de muchas de sus hazañas. Brantôme atribuía el hecho á un sacerdote; mas este parece rumor de la época. Nibbi, con las mismas autoridades con que justifica el lugar de la muerte de Borbon, da por autor de ella á Francisco Valentini, romano, soldado viejo y experimentado en las guerras de

su tiempo. Ni falta quien sustituya al de Valentini el nombre de Bernardino Passeri, platero célebre á la sazón; y aun esta viene á ser la tradición en Roma, porque es allí voz comun que Borbon fué muerto desde el campanario de Sancto Spiritus. Pero tal error está fundado en esta inscripción del campanario que recuerda el nombre de Passeri y sus proezas en el combate: «QVI CVM IN SACRO BELLO PRO PATRIA IN PROX. JANIC. PARTE HOSTIVM PLVRES PUGNANS OCCIDISSET ATQVE ADVERSO MILITI VEXILLVM ABSTVLISSET FORTITER OCCVBIT PR. ID. MAH MDXXVII.» Inscripción de que copio estas palabras, no ya para probar que nada dice que aluda á la muerte de Borbon, sino porque ofrece al paso un nuevo indicio de que estaban fortificadas ya las colinas derivadas del Janiculo. Advértase que la inscripción habla del próximo Janiculo á propósito de los enemigos muertos, y la insignia ganada. Esta no pudo ser sino alguna de las que plantaron antes de tiempo los alféreces españoles en el muro, según se vé en una de las relaciones del asalto, porque á campo abierto ni se peleó, ni habrían podido perderse aquel día las insignias españolas.—Luego en la parte del Janiculo, donde tuvieron lugar las hazañas de Passeri, habia muro. Y no hay que suponer que habie la inscripción del que unia en el arrabal distante de Trastevere la puerta de San Pancracio á la Septimiana, porque entonces no se explicaria la proximidad, ni la inscripción tendria objeto en el lugar en que se halla. Ni menos que pelease el Passeri sobre el muro de Sancto Spiritus, que este, aunque derivacion geológica del Janiculo, no ha sido jamás conocido por tal nombre, sino por el suyo propio. Passeri, después de defender el muro del Janiculo, que ponía en comunicación los dos arrabales, según mi suposición, y de haber ejecutado allí grandes hazañas, fué sin duda de los que tuvieron que abandonar su puesto, por la fuga de Renzo de Ceri, y al llegar en retirada al pié del campanario de Sancto Spiritus, debió ser acometido y muerto, como tantos otros, por los españoles.—Esto es lo que se deduce de la inscripción, y concuerda con todo lo que queda apuntado.—Por dudar se duda hasta si fué de arcabuz ó falconete la herida de Borbon; que, á ser de esta última arma, como disparada al azar, quitaria por igual su gloria á todos los que pretendieron ganarla atribuyéndose tal muerte.

Desde la alegre villa Lante, que hoy corona el monte de Sancto Spiritus, se pueden señalar con certidumbre, en mi concepto, todos los sitios que hizo famosos el arrojo de Borbon y la desgracia de su muerte.—Mas de una vez he meditado yo desde allí en los varios accidentes de la vida de aquel caudillo, valiente como el que mas de su tiempo, y no destituido de alguna prenda de caballero; enemigo personal de su rey y azote de su pontífice, vencedor siempre y nunca ganancioso; que no parece que peleaba sino para obtener un sepulcro, y aun ese se lo han usurpado al fin los siglos. Fué el primero de una familia que ha llenado con su nombre ambos mundos, que hiciera llegar con gloria el suyo, fuera de su patria; y no por eso ha sido menos olvidado en la muerte que maltratado en la vida. Su natural era injusto, violento hasta olvidar los respetos de la patria, de la iglesia, y del rey, mas no tanto que no hayan sido mas injustos con él los demas hombres.—Solo pagaron tributo á su muerte los viejos infantes españoles, que le habian acompañado en las mas felices de sus aventuras; y aun esos le hicieron exequias con sangre y lágrimas de ciudadanos inofensivos; escandalizando al orbe y á la historia; menoscabando con la crueldad del saqueo el fruto de la muerte del caudillo, que fué el triunfo. El milanés Grumello, que escribía seguramente su historia en los dias del suceso, dice en su dialecto particular que «el pobre de Borbon tenia intencion de librar del saqueo á la ciudad, quizás contra la voluntad de Dios que queria que Roma fuese de todo punto destruida por los pecados horrendos que en ella creñaban.»—Y al arcadiano romano en sus diálogos le hizo decir Juan de Valdés estas palabras: «el duque de Borbon no venia para conquistarnos sino á defendernos de su mismo ejército: no venia á saquearnos sino á guardar que no fuésemos saqueados (1).»—Que parece idea extraña si no se supone que los soldados imperiales, faltos de pagas, y de todo género de recursos, no tanto eran conducidos, como conducían ellos mismos á su caudillo al asalto de Roma; y que, antes de comenzarlo, Borbon intentó por varias veces entrar en tratos con el Papa y sus caudillos, que soberbiamente los despreciaron, temiendo por imposible que de rebato fuese tomada la ciudad, y fiados en el cercano socorro que les ofrecía el ejército coaligado contra los españoles, que mandaba el duque de Urbino.—Una y otra suposición han sido objeto de dudas; pero es de todo punto indudable que la ira de ver muerto al valeroso caudillo en sus soldados, y la relajación de toda disciplina, que siguió á su muerte, acrecentaron mucho la confusión y el estrago.

Este comenzó ciertamente por los palacios y templos de la ciudad leoniana; pero el lugar preciso por donde entraron los españoles puede ser también objeto de duda.—Mi parecer es que fue hacia el sitio donde se juntaba la muralla de la ciudad leoniana, en el monte de Sancto Spiritus, con el muro que yo supongo que desde allí partía á cubrir las colinas del Janiculo; y lo fundo muy especialmente en el mas grave de los cargos que Rossi hace al general de las armas del papa, Renzo de Ceri.

Habia llegado Renzo á la iglesia de Sancto Spiritus cuando divisó á los españoles; y al punto, dice Rossi, que debió de acometerles, considerando por «la distancia del muro al lugar donde estaban que no eran todavía muchos en número.» Pocos para Renzo que traía unos 800 romanos consigo, y para la seguridad que muestra Rossi de que los habria echado fuera del recinto, á haberlos acometido incontinenti, no podían ser mas que 100 ó 200 infantes españoles; y por consiguiente, hay que creer que estaba cerca de la iglesia, y mas del postigo de Sancto Spiritus, el lugar de la entrada, cuando no cabía en él mayor número. Argumento que subsiste aunque supongamos que llegasen á 300 los invasores. Solo, pues, habiendo entrado por un lugar muy vecino de la iglesia, es decir, por el muro que cñe la colina de Sancto Spiritus, se comprende el argumento y la censura del severo historiador italiano. A esto se opone el dicho de Gonzalo de Illescas, en su *Historia pontifical* que supone que se entró la ciudad por las espaldas del templo de S. Pedro, por la parte donde está el obelisco que se llama comunmente el Aguja, y lo mismo afirma Paulo Giovio (2), presente á la sazón en Roma. De observar es en este punto que cuando escribieron ambos autores, se hallaba aun de pié el obelisco sobre las ruinas del circo antiguo, «vecino al costado de la Basílica vieja, y al del nuevo templo, hacia los hornos, poco distante de la fábrica circular que sirve de sacristía.» Asi Tempesti, en su historia de Sisto V.—Y si entraron con efecto por detrás del obelisco los españoles, debieron saltar por el muro que está entre la Puerta Fábrica y la Pertusa, ambas correspondientes al Vaticano. No es este mi parecer, y he dicho la razon que tengo para ello, fundada en el testimonio, para mí mas digno de crédito que otro alguno, de Monseñor Rossi, copiado en todas estas circunstancias al pié de la letra por su nieto el colector de la historia. Afirma, sin embargo, el mismo Rossi que nadie llegó á saber con evidencia el sitio; y bien pudo suceder que fuese mas de uno el que dió paso á los audaces españoles.

(1) Historia delle Mura di Roma.

(2) Ricordi inediti di Gerolamo Morone. Milan 1855.

(1) Juan de Valdés secretario de Carlos V, y uno de los primeros protestantes españoles.

(2) Delle Istorie del suo tempo. P. 2.^a

Lo que consta de cierto es, que los primeros que entraron fueron ellos: cuatro compañías viejas, según Rossi, del presidio de Milan. Fué tal su furia, que apenas dieron tiempo al Papa para refugiarse por el pasadizo murado en Santangelo: oyéndose á un tiempo que eran entrados, y que estaban á las puertas de San Pedro. Luego, puesto en huida Renzo de Ceri y fugitivos los defensores del muro, saltó en la ciudad leoniana todo el resto de la infantería, bien por el agujero que supone Rossi que se abrió en una casa del muro, bien encaramándose de seis en seis con las escalas á manera de zarzos que suelen poner en los carros, que, según Sandoval, traían de antemano preparadas. De nada sirvió el trinchero levantado días antes por Renzo de Ceri, delante de San Pedro, á fin de que sirviese de segunda línea en la defensa. Nada pudo ya resistir á los vencedores. Sin embargo, la marcha de los españoles, después de apoderados de la ciudad leoniana, todavía es digna de examinarse porque aclara ó confirma muchas de las anteriores apreciaciones.

«Dirigiéronse, dice Rossi, hácia el postigo de Sancto Spiritus (Puente en mi ms., mas debe ser error del copista) donde por vanguardia habían espedido antes ocultamente y sin ostentación 1000 infantes, no solo para no ser descubiertos del castillo, porque ya á las 21 horas era disipada la niebla, sino también por sorprender á los que creían hallar en su defensa; pero hallándolo con poquísimos defensores, se hicieron súbitamente dueños del paso. Llegado después el grueso del ejército, y dejando buen número de infantes en la ciudad leoniana, tomaron en buen orden la vía de la Lungara, caminando á la vuelta del Puente Sixto.» De donde se desprende que los españoles no entraron mas que en la ciudad leoniana al principio, y solo dentro de ella persiguieron á Renzo de Ceri en su fuga, sin llegar á la Lungara; que el Postigo ó Puerta de Sancto Spiritus estaba dentro del recinto, porque si hubiera podido ser forzado del lado del campo, para nada se necesitaba la precaución de tomarla por sorpresa, supuesto que sus defensores, pocos ó muchos, nunca habrían osado resistir á un ataque combinado de afuera y de adentro contra el arco. Demas que si la Lungara no estaba intra muros ¿cómo había necesidad de pasar por el Postigo de Sancto Spiritus para caminar adelante hácia el Puente Sixto? No se podía haber acometido desde luego la puerta Septimiana y el puente, aun antes de haber conquistado la ciudad leoniana, desde el campo abierto que ofrecían, por aquel tiempo, en concepto de Nibbi, las colinas janiculenses? La circunstancia que apunta Rossi de que ciertas precauciones las tomaron por temor de la artillería del castillo, se halla confirmada en la vida de Benvenuto Cellini, refiriendo este, que asedió los cañones, á cuyo servicio se dedicó mas tarde en Santangelo, al postigo de Sancto Spiritus, é hizo con sus disparos grande estrago en los españoles que venían por allí á relevar sus guardias, de lo cual pretendieron ellos defenderse levantando sobre el tejado de una casa cierto parapeto de botas de vino que cubría el ojo de la puerta enteramente; pero como lo deshicieron los cañonazos del castillo, «tuvieron que abandonar, dice, el paso, con la incomodidad de haber de andar tres millas cada vez que habían de relevar las guardias de la ciudad leoniana.» Distancia que prueba que, para hacer el relevo en el burgo ó ciudad leoniana, tenían que salir las guardias por la puerta de San Pancracio y encaminarse desde allí á la Cavalleggeri; y que, entre esta y el postigo, había interpuesto un muro que no tenía ni una puerta siquiera; el muro que indudablemente corría ya entonces por las colinas janiculenses hasta hallar el recinto Aureliano. Al pasar el arco ó puerta Septimiana los españoles, cuenta Rossi, que Pedro Tibaldi, un valiente romano que defendía la puerta de San Pancracio, viéndolos dueños de aquel arrabal sin resistencia, se recogió al puente Sixto y se puso en defensa, hasta que allí succumbió con gloria. La relación atribuida á Buonaparte, añade que «dos aféreces españoles, con increíble audacia, saltaron dentro de la puerta del puente, por mas que se deseargasen contra ellos de todas partes tiros de arcabuz y de artillería ligera; y sin temor de la muerte, pasando por el puente á la plaza vecina, y llamando á otros en su ayuda, lo tomaron también en pocos momentos. Entre tanto, los tudesecos rompieron con vaivenes de vigas (1) la puerta de S. Pancracio y se derramaron por Trastevere, (pasando también la vieja puerta Septimiana y el muro viejo de Servio Tullio, que á lo que parece, se conservaba todavía por algunas partes dentro del recinto Aureliano); y hallando abierto el paso de puente Sixto, no tardaron en proseguir su camino hácia el interior de la ciudad. Poco faltó, tal era el atrevimiento de los españoles, para que un capitán de ellos no se apoderase del mismo castillo de Santangelo, hasta donde osó llegar á pecho descubierta, pasando á la carrera el puente, y azotando con su espada las mismas puertas; pero él y muchos de los suyos pagaron con la vida aquel inoportunado alarde de esfuerzo, y cesó por entonces el combate, dedicándose el ejército entero al saco de la ciudad.

Fué este tal, que el mundo apenas lo ha presenciado mas cruel en ninguna época de la historia. «A lo menos fuera razon», se lee en los diálogos de Juan de Valdés, «que á los españoles y alemanes y gentes de otras naciones, vasallos y servidores del emperador, se tuviera algun respeto que, sacando la iglesia de Santiago de españoles (2) y la casa de D. Pedro de Salamanca, embajadores de D. Fernando, rey de Hungría; y D. Antonio de Salamanca, obispo Gurzense, no quedó casa, ni iglesia, ni hombre de todos cuantos estábamos en Roma, que no fuese saqueado y rescatado. Hasta el secretario Perez (L. Perez), que estaba y residía en Roma por parte del emperador.» Y en otra parte: «¿Qué decís de las irrisiones que allí se hacían? Un alemán se vestía como cardenal y andaba cabalgando por Roma, de pontifical, con un cuero de vino en el arzon de la silla, y un español de la misma manera con una cortésana en las ancas.» Tal decía un autor tan poco amigo de las cosas de Roma, como mostró en su vida, dedicada en mucha parte al ejercicio y propagación del protestantismo naciente. Pero él hablaba de oídas, y pudiera tacharse de exageración su relato: véase cómo se espresaban los testigos de vista. En una carta escrita por un personaje español inserta en el tomo 7.º de los Documentos inéditos para la historia de España, se alude al tratamiento que sufrió el secretario Perez en estos términos: «Si dos casas han librado bien en Roma, es una la mía y del secretario Perez que, como á Vd. tengo escrito, me recibí en mi casa cuando el duque de Sesa se hubo salido de Roma. Hemos pagado de talla 2,400 ducados, y con quedar con las vidas y con no habernos atormentado como otros muchos, ni habernos hecho mal tratamiento, hemos dado y damos infinitas gracias á Nuestro Señor, y pensamos que nos ha hecho grandísimo bien en escaparnos con la dicha talla; la cual nos ayudan á pagar algunas personas que se habían acogido á nuestra casa. Y sobre mis necesidades se me ha venido esta adversidad que por lo menos me cabrán cerca de 600 ducados que los andamos todos á buscar á cambio, por donde

«mientras viviere, no podré acabar de pagarlos, con los demás que debo.» Y en otra carta escrita con menos resignación cristiana se leen en buen español estas otras palabras: «No ha bastado tomar los dineros y ropa, sino prendernos á todos para rescatarnos después y sacar á vender después á las plazas á muchos hombres honrados, entre los cuales ha sido uno el obispo de Terracina que estaba para ser cardenal. Y cuando no había quien los comprase ó rescatase, los jugaban á los dados, así á españoles como á tudesecos é italianos, sin exceptuar ninguna nación ni calidad de personas.» No es extraño, pues, que monseñor Francisco de Rossi esclamase en sus memorias, al apuntar las miserias presentes de su patria: «¿Qué pluma podrá describir jamás, y qué ojos podrán leer sin horror las violencias, insultos y latrocinios, la atrocidad de aquel sacrilego ejército? Aquellas furias del Averno rompiendo los sagrarios, se abalanzaban con ávido ardimiento y sin temor del cielo á los sagrados vasos, á las venerandas reliquias, á las imágenes santas. Y si no perdonaron los huesos de los mártires, si al cuerpo divino del Redentor, bajo la especie del pan, no tuvieron reparo en vilipendiarlo, ¿cuáles escesos no se cometieron en las vírgenes del Señor, en las nobles y devotas matronas que con sus hijos se habían retirado á los conventos donde tenían parientes, creyéndose allí seguras de los bárbaros? ¿Cuántos prelados constituidos en dignidad, en los gobiernos y tribunales, cuántos nobles, cortesanos y gentiles hombres, no fueron cautivos de aquellos ladrones desenfrenados?»

Con noble indignación proporcionada al caso, se espresaron también los historiadores españoles del siglo, condenando el esceso mucho mas que encareciendo la hazaña. «Eran infinitos y de todas las naciones, dice Dormer, (1) los que ayudaban á semejantes insultos, porque, al abrigo del ejército imperial, y con esperanzas de hacerse ricos, se habían introducido libres en listas que capitaneaban Ludovico Gonzaga, llamado Romadonte, Marramaldo y Sciarra Colonna, muchos ladrones y foragidos de las provincias de Italia, cuya nación en unos y otros no deseaba los medios de la ganancia, con opresión de su afligida Roma.» Los tudesecos, añade Gonzalo de Illesca, «después de hartos de matar hombres y de forzar mujeres, acudieron á quebrar imágenes y á profanar los templos, escarneciendo, como luteranos, de las reliquias y cosas sagradas. Los españoles atormentaban á los que parecían ser ricos por sacarles á donde tenían escondido el dinero.» Hay quien supone que fué lo peor la desenfrenada liviandad de los tudesecos; quien maldice mas la rapacidad italiana; quien abomina sobre todas las cosas la astucia de los españoles. De todos se podría escribir largamente, si fuera mas apacible este género de descripciones. Basta como señal de la codicia de todos, que habiendo tropezado ciertos españoles con un saco de fichas doradas, y teniéndolas por de oro, en su ignorancia, comenzaron á cargar los bolsillos de aquella que juzgaban rica presa; mas no tardaron en advertirlo las demas naciones y por disputársela sobrevino entre los nuestros y los extranjeros una batalla formal, en que fueron muchísimos los heridos y los muertos, y grande el peligro de que se perdiese todo el ejército. Afirman por algunos, que desenterraron el cadáver de Julio II, por robarle un precioso anillo pontifical que tenía en el dedo; y diz que hubo que cortárselo, porque el animoso Papa, aun después de muerto, se resistía á dejar los atributos de su poder; que no hay duda, que como muestra de crueldad y de codicia, puede ofrecerse ese hecho horrible en cualquier tiempo. Y, si se trata de astucia, ninguna como la del capitán Francisco de Carvajal, de que Vd. hace mérito en su preciosa novela *Cristianos y Moriscos*; el cual, como llegase tarde con su gente al saco, por haberse entretenido en pelear mientras hubo con quien por las calles de Roma, y en asegurar los puestos á fin de estorbar cualquier sorpresa, no hallando ya joyas ó dinero á mano, ordenó á sus soldados que sacasen á una plaza cuantos papeles contenía el archivo del notario de la Santa Dataria, y les prendiesen fuego si, incontinenti, no aprontaba el dueño hasta diez mil escudos. Así logró que le viniesen los escudos que pedía, y que no le faltase á él y sus soldados la parte debida en el botín de la jornada. Tales hechos, y la memoria de que por arrojó de los españoles fué entera la ciudad con tanta presteza, hicieron recaer al fin sobre estos el mayor odio de los romanos. Ochenta años eran ya pasados, y el conde de Olivares, embajador en Roma por Felipe II, encargaba á su sucesor que tuviese cuenta con el odio que profesaba aquel pueblo á los españoles, de resultas del saco; y á fines del siglo XVII, todavía el conde Oñate apuntaba en sus instrucciones (2) igual observación. «Los romanos, le decía el duque de Infantado, estando hartos de oír contar cada día en sus rincones el saco de Roma, conservan siempre aquel odio, y así no hay que fiarse de ellos.» Hoy ya no se acuerdan los romanos de eso, porque tampoco tienen ocasiones de acordarse mucho de España. La mudanza de los tiempos, y el mismo transcurso de ellos, ha ido desvaneciendo el horror del saco, por tantos años conservado, y ya apenas se halla mas que en los libros su memoria.

Y en verdad, mi querido tío, que no valdría la pena de recordar cosas tales, y de investigar como acontecieron, si no encerrasen en sí propias útiles lecciones. Lejos está Vd., como yo mismo, de disculpar tales escesos, y más en nuestro siglo; y ni lo grande de la hazaña, ni el valor increíble que mostraron en aquel trance los soldados de nuestra nación, bastará seguramente para que Vd. recree su imaginación con la memoria de tal combate y de tal triunfo. No, que pueda imputarse á nuestra nación algo mas que á otras en las crueldades que el siglo consentía; no, y presentes están los pormenores del propio saco de Roma, de los cuales consta auténticamente, que no solo los alemanes, sino los italianos mismos, los mismos habitantes rebeldes del territorio eclesiástico igualaron, cuando menos, superaron en muchas ocasiones á los nuestros, en el rigor del estrago. Nadie puede disputar á los españoles el honor de las armas: todos tienen que entrar á la parte con ellos en lo que destruyó é infamó la jornada. Pero de esta suerte y no de otra, se hacía la guerra en el siglo décimo sexto; valor y crueldad eran seudónimos para las belicosas naciones que se disputaron, durante él, la tierra hermosa de Italia. Sería facilísimo demostrarlo con las memorias de la época, con las que atañen al saco de Roma, como las que se refieren á otros acaecimientos. Ni se olvide que en especial los infantes españoles, que habían preso reyes y conquistado reinos, y hecho temblar ante su temible arcabuceria todas las naciones guerreras de Europa, iban á las batallas descalzos y hambrientos, sin una moneda con que satisfacer sus gustos ó atender á sus necesidades mas urgentes. No tenía que darles el César, ni podían salir ricos de su patria, esterilizada por siete siglos de guerra intestina, por un mundo conquistado y poblado en brevisimos años, por las mismas hazañas y victorias que la hacían entonces tan grande y respetada en el mundo. Jamás había sido mayor su penuria y su miseria que cuando Borbon se presentó con ellos delante de Roma; por esto no fué tampoco mayor en ninguna de tantas victorias ganadas, el rigor y la codicia del saco.

Aquí podría ya hacer punto; pero no sé yo si con los hábitos de juzgar y fallar que se han introducido en la historia

(1) Anales de la Corona de Aragón.
(2) Insts. ms.—En un tomo de papeles varios de mi propiedad.

me perdonaría Vd. que omitiese mi juicio acerca de un acontecimiento tan extraordinario como el que ha dado asunto á esta epístola. Los escesos, las crueldades, están juzgadas. No puede haber mas que una opinión, como no hubo mas que una en la misma España en los tiempos pasados, acerca de este punto. Pero las causas y las consecuencias del suceso merecen seguramente que se dilate un poco mas esta carta, ya tan dilatada, á fin de que alcancen en ella algunas líneas. Bien sabe Vd. que los principios del siglo XVI fueron gloriosos para el papado, cuanto infelices para la iglesia. Duraban aun las memorias del segundo de los pontífices de la familia Borja, harto mejor político que sacerdote; y mas la de su hijo, que manchó con vicios y crímenes inauditos la púrpura cardenalicia con que en mal hora fué investido. Julio II, antes soldado que hombre de iglesia; Leon X, mas artista que pontífice, no eran á propósito para que la corte de Roma mejorase de condición; y el vacilante y malaventurado gobierno de Clemente VII, tampoco había ofrecido ocasiones de intentar el remedio oportuno. Imperaban, pues, en Roma el lujo, la codicia y las pasiones mas enemigas del nombre cristiano. Descuidábanse un tanto por los intereses temporales los grandes intereses espirituales del catolicismo, precisamente combatidos entonces con mas furia que nunca por los protestantes alentados, y por la incredulidad naciente. No había cuestión, no había discordia, no había guerra en Italia, donde mas ó menos no apareciesen mezclados los Papas, con gloria y acrecentamiento de su poder, en los días de Julio II y Leon X; con perpetua desdicha en los de Clemente VII, que empeñado en amenguar la potencia de Carlos V, abrió imprudentemente el camino de Roma y del Vaticano á sus terribles y afortunados soldados. Esta conducta se excusa, no sin algun fundamento, con representar que el Papa es á un tiempo vicario de Cristo y príncipe temporal, y como tal sujeto en su corte á las pasiones temporales, y obligado á defender contra un soberano cualquiera los intereses de su Estado. Sin duda que es importante la observación, mas ¿no podría excusar ella misma, hasta cierto punto, las irreverencias del asalto, de la prisión del Papa, del saco mismo, que el derecho de gentes autorizaba entonces y ha autorizado por mucho tiempo después para castigar con él á las ciudades vencidas?

El siglo XVI no era bastante imparcial para resolver con justicia este problema. Y es lo cierto que el tratamiento que recibió el Papa de parte de un príncipe que era á la sazón el fundamento humano del catolicismo; que inició la gran política de resistencia y de intolerancia, seguida luego inexorablemente por sus descendientes, los Felipe españoles, y en la cual perseveró nuestra patria hasta su ruina; que fué un cruzado en la vida, y un monje en la muerte; que venció personalmente sobre el Albi al protestantismo triunfante en Alemania, y alentó desde Yuste el estermínio de la herejía, ya amenazadora en España; este tratamiento, digo, fué objeto por mucho tiempo de comentarios graves, absolviendo los unos de toda responsabilidad al César y culpando de los males acaecidos al Papa; y otros, por el contrario, acusando á Carlos de contradicción, de impiedad, y de felonía, y dando por inocente de todo al Papa Clemente y á su gobierno.—Un escritor hubo, y de los mayores de su siglo, Baltasar de Castiglione, que desempeñando á la sazón la nunciatura de España se propuso demostrar, que del suceso ni era la culpa del Papa, ni era del César, en una ingeniosa y elocuente epístola dirigida al secretario Juan de Valdés, con ocasión del *Diálogo* que escribió este acerca del *Saco de Roma*, mas de una vez citado.—No era cierto, según Castiglione, que el Papa hubiera dado ocasión á la guerra porque, si bien se había coaligado con el francés y venecianos, contra el emperador, no era sino para adelantarse, decaer, las insolencias inauditas, y las estorsiones que ejecutaba el ejército de S. M. en las tierras de la iglesia, esto es en Parma y Plasencia (cuyo dominio pretendía, que no poseía el Papa); y en toda la Lombardia, las cuales eran intolerables y fuera de medida.—Y en cuanto al emperador, era público, al decir del propio Castiglione, que «no solo no mandó, ni consintió, ni aprobó nunca el mal que se hizo en Roma, sino que hubo de ello grandísima pena, de lo cual había dado notorios testimonios, diciéndolo en voz alta siempre que había venido á propósito.» Dedúcese, pues, de las palabras del hábil Nuncio, que el único culpable de todo fué el ejército imperial; y si hemos de creer á otros contemporáneos, ni siquiera los capitanes sino los mas humildes soldados, porque ya se ha visto como Valdés y Grumello afirman que el duque de Borbon no iba sobre Roma sino para librarla del Saco; y Gosiellini, otro autor muy estimado, asegura en la *Vita di Ferrando Gonzaga*, que este capitán no asistió al asalto por otra cosa que por estorbar que padeciese insulto su madre, presente á la sazón en Roma, en el palacio de los Colónnas sus deudos. Por manera que todos, menos los soldados, se pretende que obraron en la jornada, en la prisión y cautiverio del Papa, contra su propio gusto, así como éste había comenzado las hostilidades contra el emperador, sin el menor propósito de enemistarse con él y de entrometerse en las discordias de los príncipes cristianos.

Esto que decían los escritores, influidos entonces poderosamente por los señores, ó sus agentes y deudos, era lo que aparentaban los señores mismos, lo que procuraban demostrar, después de los sucesos, al mundo. Y es que en los varios accidentes y en las complicaciones imprevistas de la historia se ofrecen á los hombres de Estado circunstancias tales, que los fuerzan á conculcar principios que han profesado tal vez con sinceridad, y practicado, acaso por mucho tiempo, lealmente; pero que llevados á la piedra de toque de la experiencia resultan ineficaces en tal ó cual ocasión, falsos ó impracticables por lo menos, como lo es siempre lo absoluto, lo que no admite escepcion, en las cosas del gobierno y de la política. Luego las circunstancias pasan; luego se desvanecen el imperio que estas ejercen sobre los acontecimientos humanos; luego las condiciones de la escepcion se van, y cuando quedan solos é inflexibles, al parecer, en la conciencia, el precepto, el principio, la regla, son raros los que tienen el valor de sus hechos, los que aceptan ante el mundo y ante la historia la responsabilidad de lo que era bueno y legitimo en un cierto día, por mas que no lo sea en la inmensa generalidad de las ocasiones. Así se mantiene vivo en todas las épocas un tesoro de ilusiones políticas, que la práctica se encarga de ir lentamente desmintiendo; ilusiones fundadas sobre proposiciones y verdades inconcusas, las mas veces; verdades que no dejan de serlo sino cuando se pretende llevarlas fuera de los límites que impone la naturaleza á toda realidad humana.

Verdad es, y va de ejemplo de estas proposiciones, que el Papa, cabeza visible de la Iglesia de Dios, no parece que deba mezclarse en las guerras y contiendas profanas que ensangrientan el mundo; pero, siendo como es príncipe temporal; siendo tan importante como lo era en el siglo XVI; siendo tan críticas las circunstancias en que á la sazón se hallaba la Italia; ¿era posible que, como príncipe, permaneciese indiferente á lo que en torno suyo acontecía, y se olvidase de todo punto por los intereses espirituales de los temporales, que, bien ó mal comprendidos, pues no es del caso ahora, estaba también obligado á defender en su ministerio?—Hacia, pues, la guerra esta vez, como príncipe temporal el Papa, y era inevitable por lo tanto que fuera tratado como tal en las contingencias de la guerra. Carlos V, católico como era, defendiendo como de-



fendia en todo el mundo la supremacia moral de los papas, atacado por uno de ellos, tenía que defenderse; tenía que defender sus estados, cualesquiera que fuesen los inconvenientes que se ofrecían. «Imprudente y loca teología, dijo á este propósito el famoso Melchor Cano (1), sería la que pusiese escrupulo en esta defensa, por temor de los escándalos é inconvenientes que en la defensa se siguen, porque no se siguen de la defensa, si bien se mira, sino de la ofensa.» Y fundado en estos principios, si no mandó Carlos que se asaltase á Roma, aceptó el triunfo como suyo; se aprovechó de sus consecuencias; re-tuvo prisionero al papa muchos meses con deliberado propósito, por mas que fuese una irreverencia al Papa, como padre de los fieles; irreverencia de que sufrió que le reprendiesen sus súbditos. Sin hablar de otros, el mismo Fernando Alarcon (2), que, después de haber asistido á la prision y guarda del Rey Chico en Porcuna, tuvo á su cargo la de Francisco I, y la del Papa en Santangelo, amaestrado como ningun hombre del mundo. En tratar á los príncipes vencidos, decía en sus cartas que era necesario «que se diese forma á la liberacion del Papa por ser recia cosa tenerlo en prision tanto tiempo, con los cardenales que con él se hallaban, que con el mal nombre que el emperador tenía las piedras de toda la cristiandad se levantaban contra él. Y cuanto hombre, añadía, yo creo que el Papa merezca á Dios mas trabajo de lo que tiene: cuanto al lugar de Dios que ocupa, parece que se debe tener otro respeto.» Pero Carlos, que juzgaba las cosas como soberano y profundo político, temía que el Papa, suelto de sus prisiones, y mas irritado con la afrenta pasada, se revolviere contra él con nuevas iras; y esta consideracion le detuvo por muchos meses, no determinándose, hasta que ya no pudo pasar por otro punto, á ordenar claramente que se pusiese en libertad al Papa. Esto exigía su posicion, y esto hizo. Y no por eso la historia le disputa hoy día el título del mas grande de los príncipes que han ocupado los modernos tronos hasta el presente siglo, ni sería fácil por eso arrancarle sus bien ganados timbres de monarca católico. Una vez declarada la guerra, una vez formado el ejército cesáreo contra el Papa y sus aliados, una vez puesto en marcha el ejército, sin pagas ni bastimentos hacia la campaña de Roma, lo que siguió fué verdaderamente mas bien obra de los soldados que de sus caudillos; pero es que lo que siguió, en lo que tenía de esencial, no era sino una consecuencia ajustada á las premisas sentadas. Y esta consecuencia no fué rechazada, no fué desconocida, no fué inutilizada por el emperador; por el contrario, fué recogida como buena y legitima, aunque triste y peligrosa consecuencia de lo pasado.

Fué en conclusion el *saco de Roma*, con todos sus rigores, una gran profanacion, una gran calamidad y un gran escándalo. Pero si no se quiere culpar por él al Sumo Pontífice, que movió la guerra; si no es justo denigrar por él á Carlos V, aunque se aprovechase como político de los beneficios de la jornada, hasta donde estuvo á su alcance; si el ejército, en la miserable situacion en que se hallaba, y con los hábitos de la época, no hizo mas que lo que hubiera hecho cualquiera otro ejército del mundo, no hay que censurar ó condenar á nadie especialmente, por aquel hecho. De la imperfeccion que ofrecen todas las instituciones en que interviene la mano del hombre; de las faltas particulares é imputables á los personajes que las representan; de la antítesis de las pasiones, de la antinomia de los intereses, se van formando poco á poco los nublados que producen de vez en cuando esas grandes tempestades, cuyo rumor se escucha al través de los siglos. No es hora cuando estallan de explorar sus inmediatos agentes, que ni parecen ni pueden parecer por lo pronto en el estrago. Lo es entonces únicamente de compadecer á las víctimas. Luego mas tarde, cuando las nubes se disipan, y la claridad aparece de nuevo, es ocasion de estudiar esos complejos fenómenos de la historia, á fin de aprovechar en las cosas futuras el fruto de la esperiencia de lo pasado. Algo pensaba de esto el conde de la Roca en su *Epítome de la vida de Carlos V* (3), cuando exclamaba á tal propósito: «No alabo el hecho, pero atribúyolo á causa mas que material.» Porque es mas que material, verdaderamente, la combinacion que producen ciertas circunstancias imprevisibles ó desconocidas, de que nacen hechos estraños, ilógicos, sobrenaturales, si se les mira solo por la superficie; indispensables ó de fácil explicacion, cuando menos, si se les examina, como he examinado yo en estas últimas y breves frases, el *saco de Roma*, á la luz de la razon y de la historia.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

DICHA Y SUERTE.

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES.

POR FERNAN CABALLERO.

FORTUNA.
Sobryugados sois á mi
Los humanos

BIAS.
Non son los varcos magros
Ni hacen cuenta de él (a).

CAPÍTULO I.

San Lúcar y el soto de Doña Ana.

Cansado de arrastrarse por despobladas y monótonas marismas, llega el Guadalquivir á San Lúcar, término de su carrera. El mar le viene al encuentro ensanchando su cauce, á fin de que sea grandioso y digno lugar para la entrevista de los dos potentes soberanos; el de las aguas mansas y dulces, y el de las aguas amargas y agitadas.

Este lugar forma el fondeadero de San Lúcar, que pierde la importancia que podría tener, por la facilidad que á los buques presta el rio para subir hasta la capital de Andalucía.

Bonanza es el apropiado nombre que lleva el desembarcadero establecido en las aguas bonancibles; está situado á alguna distancia rio arriba del pueblo, cuya playa recibe todavía las embestidas del mar que penetra en la ancha desembocadura del rio, y de las que lo guarece una estensa playa de arena, en la que se han cavado navazos y plantado viñas.

Dividese el pueblo en dos partes. La una denominada *Barrio bajo*, es en extremo ligada y se ha labrado entre la playa y un monte, sobre el que está situada la otra que se denomina *Barrio alto*. La llana plata-forma de este monte la ocupan, hacia el lado de las marismas, un castillo moruno con su soberbia torre, sobre cuyo turbante de almenas ondean, cual penacho, abigarradas banderas, con las que anuncia los pacíficos huéspedes que al rio envía la mar, pues la anciana guerrera, por no estar ociosa, se ha metido á vigia.

En el centro de la plata-forma se alza el palacio, ó mas bien la fortaleza, que es casa solariega de los descendientes de Guzman el Bueno, duque de Medina-Sidonia, cuyo jardin ocupa

la vertiente mas escarpada del monte, en términos que parece una formidable muralla que para defensa del castillo levantará el terreno y que hubiese enlucido con vegetacion.

El tercer edificio, ó tercer florón de la diadema que corona á San Lúcar, es el palacio de verano recientemente construido allí por los señores infantes duques de Montpensier, que goza en toda su pureza, como el primero en recibirlas, la fresca de las brisas del mar, las que se encargan de mecerles las palmeras y llevar á tan augustos moradores los perfumes de sus jardines. Si las brisas se perfuman con las flores para refrescar sus frentes, para satisfacer sus corazonas se santifican tambien con la bendicion de todo un pueblo que alza sus ojos agradecidos hacia aquel palacio, como hacia la Providencia terrenal puesta allí por la celeste para su amparo y su consuelo.

Centros de barrios perfectamente labrados; cabos de barrios alegres, limpios y aunque pobres, sin miseria; hermosísimas iglesias, bellísimos conventos que desmorona el abandono; abundancia de fuentes de esquisitas aguas, abundancia de ricas frutas y legumbres; esto se ve y se halla en San Lúcar de Barrameda, constituyendo, uno de los pueblos mas bellos, (asi como es uno de los mas moralizados, religiosos y tranquilos de Andalucía), del que promediando la distancia de Sevilla á Cádiz, participa algo de la fisonomia de ambas capitales.

En la orilla opuesta del rio empieza el magnifico soto de Doña Ana, propiedad de los duques de Medina-Sidonia, que ocupa el espacio de diez leguas; soto que encierra los mas variados caracteres de la naturaleza, con todas sus galas y todas sus arideces. Estéril en sus arenales, frondoso en sus cañadas, agreste en sus montes, ameno á orillas de sus lagunas, sombrío en sus bosques, risueño en sus llanuras, grandioso en sus playas, reconcentrado en sus valles, es alternativamente desierto y paraíso, vergel y páramo, Arcadia y Tebaida.

Es el soto un pequeño mundo primitivo en todo su lozano libre alvellido. Allí no se ha introducido aun la civilizacion agricola; es allí exótico el arado que desgarrá la florida superficie de la tierra; es desconocida la podadera que suprime lo bello en favor de lo útil; no se ha dividido el terreno como un tablero con lindes; no se ha empobrecido la libre erencia con desmontes (1); no se ha impuesto á los árboles como á los quintos el formar en monótona simetría; no se ha dicho á las plantas: *sed productivas*, y solo rige allí el primitivo mandato: *creced y multiplicaos*.

Como es de suponer, en aquel inmenso despoblado campan por su respeto todos los animales que el hombre avasalla ó destruye. En los altos pinares se anidan á miles las urracas y se ceban los javalies; en sus vastas llanuras corren cerriles las yeguas andaluzas, que según tradicion griega, eran fecundadas por los vientos; en sus frondosos bosques de alcornocques, triscan airosos los ciervos y trepan los gatos monteses; en dilatados prados de romero que rivalizan en perfume con el tomillo, el almoradux y la mejorana, se deleitan numerosas tribus de tímidos conejos y asustadizas liebres; en el monte bajo, se instalan las zorras y los lobos, y entre los riscos, las serpientes y los lagartos. Entre el siempre fresco lentisco, el vistoso madroño, la picada y sombría vabina, el escabon de doradas flores, el erguido sabiergano, en todo aquel eden de vegetacion, cantan un sin número de variados pájaros, mientras á poca distancia en la dehesa, brama el toro bravo, aquí arrulla la tórtola, allí relincha el indómito potro; silva el mirlo y aulla el lobo, trina la londra y grazna el pato, gorgoea el ruiseñor y gruñe el javali, bala la cabra y gritan las urracas; y sobre todo este inmenso conjunto, se eleva en su soberbio vuelo y se cierne en campo de azul esmalte la noble águila, como las armas vivas de este magno señorío del heróico defensor de Tarifa.

CAPÍTULO II.

Del arca de Noé y los Patriarcas.

Si hubiésemos sido el arquitecto que labró en este soto el palacio que existe y en el que el año de 1624 obsequió el duque de Medina-Sidonia tan régicamente al rey Felipe IV (2), hubiésemos dado á este palacio la forma mas apropiada á su situacion, que hubiera sido la del arca de Noé.

Como afecto á los niños, lo somos tambien á sus juguetes, y entre estos nos es mas simpático que ninguno ese decano, la venerable arca de Noé. Como se confeccionan libros para todas las edades, se confeccionan arcas de Noé para todos los bolsillos; las hemos visto desde el minimo precio de tres reales hasta la respetable suma de dos mil.

Hemos visto en las primeras, las pobres (todo lo pobre nos agrada desde que el dinero se ha hecho tan vulgar y tan plebeyo), hemos visto caricaturas en miniatura de todos los animales, en las que sin degenerar, se han sucedido las generaciones, destruidas con espantosa rapidez sin ayuda del tiempo.

Acacee, no sabemos si por falta de imaginacion ó por sobra de fé, que nuestra comprension en que tan temprana se gravó la imágen de la familia del Patriarca en toda su tiesa magestad, no admite la idea de Noé, Cam, Sem y Jafet sino con sus túnicas ó sacos azul, verde, amarillo y color de castaña, sujeto del talle por un cinturon sin cabos y sin hevilla, cayendo sin pliegues ni arrugas hasta cubrirles modestamente los pies, sus sombreros negros de ala ancha y redonda, sus brazos pendientes como los de los quintos y en uno de ellos un báculo al que conservamos respeto y veneracion.

Si alguna vez formamos ó dirigimos la composicion de un cuadro vivo, y es elegido este asunto, al que tanto cariño tenemos, será ciniendonos estrictamente á nuestros queridos modelos; la mas pequeña variacion, nos parecería una falta grave á las tradiciones infantiles que tan bien se deben conservar. En las decoraciones tendrian precisamente que entrar: el arca en su batea, y con un ala del tejado engoznada para poderse levantar, mostrando una mezcolanza intima, un babilonico el mas sosegado y pacífico. Figurarian los cipreses de virtutitas; las comparsas las formarían precisamente: un leon que ostenta su ferocidad en la entonacion de su cola que sube á coronar su cabeza como la cresta de un gallo; un gato sentado con una cara tan larga que acertadamente demuestra su conocido horror al agua; un rinoceronte sin rabo, al que para prestar un aspecto fiero dieron ojos encarnados; una aveja á la que la mujer de Noé, que presintió el idilio, ató un liston rosa al cuello; una rata tan grande, que pone en fuga á un cochino, con un rabo de hilo gris.—Presentados de otro modo, el arca de Noé se desprestigia á nuestros ojos; no queremos las arcas de Noé caras y civilizadas, queremos las pobres con todas sus gracias inverosimilitudes. ¡Viva lo inverosímil!—no nos va á quedar en nuestra era prosaica, en nuestro siglo racional y en nuestra época materialista, nada de poético sino lo inverosímil.

En aquel soto, que quizás como ningun otro parage de Europa, nos representa la naturaleza en su primitivo estado, bello, inculco y despoblado, pueden figurar propiamente el papel de Noé, los guardas puestos allí por los duques y cuyos cargos se

(1) Esto no implica que dejen de hacerse por algunas partes cortas, las que forman uno de los productos de estas vastas posesiones.
(2) Vea el que quiera mas detalles, la curiosa y minuciosa relacion que de este recibimiento hace el Excmo. Sr. D. Antonio de Latour en el tercer tomo de sus interesantes, eruditos y poéticos *Estudios sobre España*, que intitula la *Bahía de Cádiz*.

suelen heredar de padres á hijos. En aquella soledad, de la que, sobre todo los ancianos, casi nunca salen, conservan en su caracter y costumbres mucho de patriarcal y de inocente. ¡Qué triste idea es la de que si bien la sociedad sirve para civilizar al hombre, tambien sirve para pervertirlo!—No hay sino comparar la índole y la moral de los pobres del campo con la de los pobres de las ciudades para confirmarse en esta verdad: los primeros honran y hacen bella y noble la pobreza; estos últimos la degradan y la hacen viciosa y repugnante.

En una de estas guarderías habia pasado su vida el tio José, á la sazón viudo y con tres hijos. Dos de estos eran casados y guardas tambien; el menor era cortador de leña y trabajaba con los que arrendaban las cortas para hacer con ellas carbon. Dirigir estas cortas, para lo que se necesita una inteligencia especial en el ramo de arbolado, es uno de los cargos de los guardas mayores.

El hijo menor, que se llamaba Vicente y tenía veinte y tres años, á una hermosa figura, á un génio alegre y bondoso, unía una gran cultura moral que habia ingerido el padre á toda su familia con solo hacerse respetar, puesto que el respeto es la base de toda verdadera cultura.—Como siempre se ve, ese mismo respeto habia enjendrado en sus hijos el mas entrañable cariño hacia él, pues es muy rara la casa en que se respeta y no se ama.—Como los impulsos que reciben, obran tan irresistiblemente en los hombres, el del respeto que habian dado los hijos del tio José á sus mujeres é hijos, no era solamente seguido por estos, sino á su vez comunicado á cuantos trabajadores iban al coto á las cortas de leña y hornos de carbon, y nunca pudo un mortal representar mejor que el guarda supremo á aquellos jefes primitivos cuya voluntad, sin luchar con rebeldias, era á la vez núcleo que unía, impulso que guiaba, y voluntad que regia.

Aunque los dos hijos mayores del guarda eran casados, ninguno se habia atrevido á fumar en su presencia á pesar de que su padre fumaba y nunca les habia prohibido el hacerlo; pero el culto instinto del respeto, tan perdido en la actualidad en que lo reemplaza el incultísimo *sans façons*, les sugeria que el dejarse ir á ese poco fino goce, que implica poca compostura, era faltar al respeto, aun del hombre rústico. Jamás se sentaban si su padre estaba en pié; nunca hablaban de su persona denominándolo *él*, sino *su mercé*, y de esa misma respetuosa expresion se valian en su presencia. Todas estas cosas nos constan y por eso la referimos, asi como por último este rasgo: habiendo venido el tio José en una ocasion á San Lúcar y parado en casa de uno de sus hijos, entonces recién casado y establecido allí, su nuera, que solo tenía una sala y una alcoba contiguas, después de prepararle á su suegro una buena cama en la sala, se fué á pasar la noche en la habitacion de una vecina viuda dejando solo á su marido, que así lo dispuso, en la cama matrimonial.—A los que deseen conocer nuestras costumbres populares, les presentamos estos ejemplos, añadiendo que esta cultura de alma, que posee nuestro pueblo como otro ninguno, y que hace al pobre tan noble, tan honrado, tan bien avenido con su destino, tan decente, tan delicado, tuvo su origen en la gran legisladora del mundo, estampada en las tablas de Moisés y ampliada en el Evangelio.... *la palabra de Dios*.

Hermoso, robusto, alegre y sano de corazon se habia criado Vicente en aquella grandiosa naturaleza primitiva, con aquellas costumbres patriarcales, siempre respirando aquel aire puro, siempre bajo los ojos de Dios y los de su padre. ¡Qué tiempo, qué ocasion, qué ejemplo, qué seducción al mal hubiese podido tener Vicente? Vejetaba!—No; vivia tal cual es la no viciada vida; trabajando, descansando: lo primero voluntaria y concienzudamente, y lo segundo con paz y contento. Pero, su existencia no era cumplida! Si lo era.—Los sábados por la noche desaparecia Vicente.—Después de un día de fuerte trabajo, sus pies hallaban toda la agilidad que dá el descanso para andar en breve rato media legua que dista la morada del guarda mayor de la orilla del rio; desde allí lo pasaba la barca al muelle de Bonanza, refrescando en la travesía las brisas de la mar su acalorada frente. Saltaba en tierra y con los brios de veinte años y el apresuramiento del deseo, corria el cuarto de legua que separa á Bonanza de San Lúcar. El domingo á la hora de la comida estaba de vuelta. El padre sabia sus escapatorias y adivinaba su objeto, pero se desentendia: otorgar, era contra su dignidad; prohibir, era traspasar sus derechos de padre; y el instintivo criterio de aquel campesino, lo guiaba de un modo tan admirable, como no resulta por cierto de la sutil ciencia del mundo.

CAPÍTULO III.

La huerta del tio Curro y su mas linda rosa.

Hacia el lado de Bonanza, y siempre en linea recta, se prolonga interminablemente la poblacion, formando una calle que empezando en la plaza de los Caños-del-Campillo, concluye entre solo dos hileras de casas hasta entrar en el paseo y hallar sombra debajo de los árboles.

Las casas que del lado derecho, esto es, hacia el monte, hacen espalda á las de esta calle, tienen al frente un camino terrizo y un ancho vallado. Entre este vallado y el monte hay unas huertas que resguardadas por este del furor de los levantes, y por las casas del de los temporales, forman por su situacion una especie de invernáculo general para las plantas que allí se crían sin combates, como monjas en sus conventos.

Una de estas huertas en que vamos á entrar, estaba cultivada con un esmero que incluía el primor, de manera que mas que huerta parecia un jardin rústico. Sus primitivos dueños debieron haber cifrado su placer y pasatiempo en hermosearla, particularmente con profusion de árboles.

Del camino la separaba el mencionado valladar, tan ancho y frondoso como que tenía el espesor de un muro de fortaleza; muro en el que si bien las osadas tropas ligeras muchachiles solian abrir pequeñas brechas, el ingenio que lo edificó, le restauraba sin ruido y sin presupuesto, con incansable perseverancia. Descocaban entre zarzas, lentiscos y espinas de trecho en trecho cual alertas centinelas, lanza en ristre, las berguidas pitas (aloes) espresando pantomimicamente el *¡atrás!* con un payazo al que intentaba traspasar los límites del recinto conlido á su custodia.

Separábala de la huerta contigua, una hilera de chopos de Lombardía, como una fila de granaderos con verdes penachos, que llevaban cañas de maiz por sables y viñas por correas y cartucheras.

Del lado opuesto la defendia de las usurpaciones del vecino, una bateria de granados que fundian sus dulces proyectiles con las enrojecidas flores que al intento brotaban.

Dos enormes morales tenían su solar en el fondo de la huerta, en donde, como señoras rancias y de buena ley, daban su sombra á la noria, sus frutos al hombre, sus hojas á los gusanos de seda, su alto amparo á los pájaros, su apoyo á la yedra, y nada pedían en cambio sino que los dejasen vivir en paz.

Apoyaba la huerta su espalda de naranjos sobre la enramada cuesta del monte, como en el blanco y perfumado respaldar de un ancho sillón. Las legumbres bien cuidadas y bien colocadas medraban tanto que parecia la huerta el instituto modelo de Vertumuro; así era, que creyéndose dignas de figurar en exposiciones, la vanidad habia trastornado las molleras de sus antes tan modestas y sensatas hortalezas. (¡Cosas del siglo XIX!) Las coliflores habian añadido á su nombre el bonito nombre de

(1) Parecer del Maestro Fr. Melchor Cano, dado al Sr. Emperador Carlos V.—Ms. de mi propiedad.—Este documento está impreso en la primera edicion del *Juicio imparcial*.
(2) Comentarios de los Hechos del Sr. de Alarcon.—Madrid 1665.
(3) Epítome de la vida y hechos del emperador Carlos V.—Milan 1646.
(a) Del marqués de Santillana. No hay de esta composicion sino una impresion que se hizo en Sevilla. Se halla reimpressa en la Floresta publicada por D. Juan Nicolás Bohl de Faber. Tercero pag. 97.

sus madres; los pinchados alcauciles repudiaban todo parentesco con las alcachofas y cardos, que calificaban, á pesar de ser sus abuelos, de inculos y bastardos. El ápio, que pretendía descender de la hija de Escolapio Panacea, cuyas virtudes poseía, derivaba su nombre de este dios su antepasado; hasta las calabazas de mala tez, pero de buena índole, se soplaban como globos, esperando así obtener por mote de sus armas el conocido aserto de lo que *no va en la calidad va en la cantidad*. Únicamente el perejil y la yerba-buena se lamentaban en un rincón del infimo precio que valía un manojo de sus ramas, á pesar de hallarse enaltecida la una con el mismo glorioso sobrenombre de los Guzmanes, señores del pueblo, y el otro con la mas encantadora de todas las prerogativas, la de alegrar el corazón.

Una infinidad de pajaritos que allí se reunían, por mas que el cerrojillo (1) intentaba cerrarles la puerta, formaban coros, cantando todos á un mismo tiempo, presididos por su maestro de capilla el ruiseñor; músico que á los de Italia enseñó á principiar las árias por un *andante* y á concluir las por un *allegro*.

En aquel lugar, antes que en otro alguno, abría la primavera sus ojos de rosas al despertar las golondrinas; y cuando la acosaban los rigores del estío, allí hallaba el último refugio, que le daba el hortelano en los canchales de su noria.

Este hortelano era el tío Curro, quien había criado en competencia con sus rosales á una hija llamada Rosa, que corría pareja con las de aquellos que el tío Curro llamaba sus compadres por haber sido padrinos de su hija y haberle puesto nombre. No sabemos si era debido á esta causa el que Rosa fuese bella, aristóticamente fina, blanca, rubia y delicada como las de su nombre. Unia Rosa á esto una de esas índoles de mujer que no tienen mas manantial de felicidad ó de tormento en la vida que el del cariño, y que no conciben que otro interés ni objeto alguno pueda encerrar la existencia. La docilidad de su carácter era solo comparable á la constancia de su sentir; su voluntad era nula, menos cuando la regia su corazón; entonces era el suave y resistente junco, siempre cediendo mas nunca quebrado. Cuando la hallamos á los diez y ocho años hábil costurera, cosiendo en su cuarto, mientras su madre hacia las faenas de la casa, estaba triste y abatida, porque sus padres, y en particular el tío Curro, se oponían á sus amores, cuyo objeto era Vicente, y deseaban para ella un partido ventajoso que se la presentaba.

El tío Curro era un buen hombre, franco y de buen sentido, que había sido soldado, y que llevaba ligera y alegremente la vida como había llevado la mochila.

Su mujer era seria, seca y de pocas palabras, lo que no impedía que fuese, como todas las mujeres del pueblo, amante esposa y apasionada madre.

CAPÍTULO IV.

Doña Próspero y la buena suerte.

Sumergíase con calma el sol en el mar para salir limpio y radiante en otro hemisferio. Las tareas campestres del hombre habían concluido, y el tío Curro, despues de haber soltado el agua en su alberca, la que repartida en todas direcciones, corría presurosa como culebritas de un fuego artificial de plata, se había sentado debajo del emparrado que formaba el ático de su palacio, gozando del descanso con un deleite tal como no lo conocen los que por deleites anhelan, y que solo se obtienen en compensación al trabajo.

En su cercanía se hallaba una higuera que partida en dos troncos á su nacimiento, formaba entre ambos un asiento, al que daban techo sus anchas hojas.

En este banco natural estaban sentadas algunas niñas pequeñas de la vecindad, que muy afanadas formaban cadenas con las barbas de los pinos, arrancando una de estas de la cápsula en que nacen gemelas, doblando la otra hasta clavar su punta de remate en la cápsula, y enlazándolas unas con otras. La mas pequeña, de pié y con la boca abierta, miraba hácia la copa de la higuera, en la que llamaban su atención dos cosas que por suerte estaban fuera de su alcance: los pájaros que revoloteaban entre las ramas, y los higos que de ellas pendían.

—Las brebas están verdes, dijo al fin la niña, simpatizando con la zorra que en parecidas circunstancias dijo lo mismo de las uvas.

—No son brebas, que son higos, rectificó el tío Curro.

—Si son, repuso la chiquilla, que por S. Juan me dió la tía Amparo unas brebas que de esta higuera cojió.

—Pues por lo mismo; si por S. Juan las tuvieron no las pueden tener á la presente. Ahora tienen higos, porque las higueras dan dos cosechas al año. ¿No sabías tú eso, María Moquillos?

—No señor.

—Pues sábetelo, y tambien por lo que eso sucede. Cuando andaba nuestro Señor por el mundo, descansó en una ocasión debajo de una higuera con San Pedro, que se chupaba los dedos por una breba; viendo el Señor lo mucho que le gustaban á su discípulo, le dijo: Pedro, ya que tanto te agrada la fruta de ese árbol, de aquí en adelante dará no una sino dos cosechas al año. ¿Te enterastes?

—Si señor.

Las ranas, en tanto, señoras de la alberca, muellemente colocadas en sus verdes alfombras de verdin, entonan su canto claro, frío, sin espresion y sin modulaciones, apropiado á su carácter y á su elemento, y que es tan peculiar al agua, á las cañas, á los junco, á los mimbres y á toda planta que ama el baño del que parece las hacen brotar sus sonos; canto monótono como el murmullo del agua y que del seno de esta se alza como un saladero de melodía extraña, pero que aman aquellos para quienes todas las melodías campestres son gratas, y que miran, ó sienten en ellas vida, y otras cosas que indudablemente contienen, puesto que las obras de Dios no son máquinas como las de los hombres.

Al oír las niñas, por simpatía, se pusieron á cantar cual ellas.

Los niños, que son fuentes de sincera y candorosa, aunque sencilla é insulsa poesía (y por eso mismo mas genuina en su pequeña y limitada esfera) han puesto en verso el siguiente hecho que muchos ignoran y que referia su canto:

Quando cantan las ranas
Bailan los ranos
Y tocan los palillos
Los gusarapos.

Este canto, por simple que pueda parecer á los encumbrados doctores del Parnaso, nos parece, si bien no sublime y heroico, de graciosa y mona poesía. La alberca, convertida por él en salón de baile y de concierto, con tales bailadores, músicos y cantantes, tiene para nosotros un prestigio muy superior al que dan á los arroyos sus nayades: no vemos alberca sin que nos alegre el recuerdo de este canto infantil. Pero esta manera de sentir peculiar nuestra, no pensamos de modo alguno elevarla al juicio de ningún ateneo, así como el pueblo y los niños no elevan sus poesías al fallo de ninguna cátedra de literatura. Bulwer ha dicho que hay poetas que nunca han soñado con el Parnaso; y nosotros añadimos que tambien en poesía hay pobres de espíritu que no están tan lejos del ideal como se les juzga.

(1) Pajarito así llamado porque su canto se asemeja al ruido que al pararse produce un cerrojillo.

—¿No sabeis vosotras, chilindrinas, porque cantan las ranas? preguntó el tío Curro á las chiquillas.

—Toma!—para alegrarse, contestaron ellas.

—No señor; cantan para pedir el agua á su Divina Magestad, porque habeis de saber que una rana sin agua está lo propio que un hombre sin vino. Ahí! sucedió que un año de seca, un pobre que veía que su pejugar se le moría de sed, se fue á una laguna que estaba cerca de su manchon y le dijo con el sombrero en la mano á las ranas: *animálitos de Dios, pedirme agua*. Las ranas se pusieron á cantar que se desgañaban y él á jalarlas tocando las palmas y diciendo:

A las que están cantando
Echarles rosas
Porque se lo merecen
Por buenas mozas.

Acacéció que vino un temporal de aguas que se hundía el cielo y se anegaban los campos hechos charcos y pantanos. Como que mientras mas llovía mas contentas y mas cantadoras estaban las ranas, el pegujalero, que veía su trigo afeitado, se fue derecho y sin perder su vereda á la laguna y les gritó con coraje: *figuritas del diablo, callar la boca*. Y habeis de saber, que lo referido tiene sentido hasta dejárselo de sobra, porque enseña, que cuando se necesita de uno, se le hacen á manta carantofías y se le echan planes, y cuando no se le necesita ya, no se acuerdan del santo de su nombre, y le encajan un sofion sin andarse con aquí las puse (1).

Entró en este momento en la huerta, y se presentó debajo del emparrado, un jóven vestido con levita y sombrero redondo; era alto, seco y desgavilado; su nariz era larga, como igualmente su cara, y esta tan en extremo angosta, que no se percibían sus chupados carrillos cuando se le miraba de frente: este conjunto lo realizaba una palidez estacionaria y un aire displicente inveterado. Era el descrito sugeto, hijo de un amigo y compañero del tío Curro, que con él había salido á servir y con él había vuelto á su pueblo; que había seguido su oficio de panadero, y andando el tiempo se había casado con la viuda del amo á quien servía, la cual era dueña del establecimiento, y tenía además un hermano establecido en la Habana que la solía mandar algunas remesas. Esto había hecho que la rica panadera educase algo al tardío vástago que dió á luz, lo que facilitó el poder colocarle de ayo (2) en la escuela de un maestro conocido suyo. Dicha colocacion le proporcionaba por el pronto la calificación de *Don* que apetecían con igual ansia la madre y el hijo. En cambio los muchachos de la escuela le habían bautizado con el apodo de *Quilógamo*.

Conforme lo vieron entrar las chiquillas, dijo una de ellas:

—Ahí está *Don Quilógamo*; ¡qué recompuesto viene! Trae un chaleque verde y un corbatín *encarnao*, parece un rábano!

—Se ha metido á lechuguino (3), opinó otra, y formando todas en seguida un círculo se pusieron á salmodiar:

De dos melones y dos pepinos
Nació una mata de lechuguinos;
Unos son altos, (se empujaron en las puntas de los piés)
Otros son chicos, (se agacharon)
Chiquirrititos (se pusieron en cuclillas)
Y todos tienen pelo bonito (se levantan y saltan).

—Ea, largarse, chicharras, dijo el tío Curro; cojer pira y liberal; cada mochuelo á su olivo, y que no lo vuelva á decir; ¡hablo claro!

La legion pigmea atravesó á paso menudo y presuroso el emparrado, como una camada de perdigones, y ya á la salida de la huerta se pusieron á cantar á desahogados gritos:

Todos los hortelanos
Cojen la berza
Con la espalda mas alta
Que la cabeza.

—Ola, Próspero! Buenas tardes te dé Dios, dijo el tío Curro al recién entrado; por *vía del judío!* que no te viene mal el nombre; me han dicho que has sacado á la lotería; si tienes mas suerte que Benito que murió de ahito.

—¿Si!—La suerte es como mia, contestó mal engestado el mozo. ¡Saqué 200 reales! ¡buen puñado son tres moscas!

—Mas vale algo que nada. Tu padre siempre tuvo suerte y la has heredado tú. Cuatro veces fui herido en la guerra contra el francés y entré en el hospital y tu padre no tuvo un *arauño* en su pellejo. Tu padre se casó con una mujer de posibles y se echó á la buena vida; no tuvo mas hijo que tú, te dió estudios finos y te ha colocado de ayo de escuela y mas adelante podrás ser maestro; en las quintas siempre has salido libre; ó qué mas quieres, caracoles?—Yo siempre he tenido mala suerte sin mas que un *coje* y *come* y treinta dias al mes. He tenido un celemin de hijos; unos se me han muerto, otros están sirviendo al rey y los tengo mas repartidos que los maravedises; no me queda mas que Rosa; pero con *too* no me cambio por tí que á pesar de tu buena suerte siempre estás *frondio* y con una cara que parece que estás probando vinagre, mientras yo, á pesar de mis tramajos siempre estoy contento; porque has de saber Próspero que la dicha y la suerte aunque parece que deberían estar *apuntadas*, no siempre lo están. Si tienes suerte y no la gozas, para maldita la cosa te sirve. Tú te echas por ahí el *hoy* con el ansia de que el *mañana* sea mejor; yo me contento con que el mañana no sea peor que el hoy, y cuando no lo es, le doy gracias á Dios y me sabe mi gazpacho mejor que un pollo.

—Pero bien sabe Vd. tío Curro... objeto en tono elegiaco el ayo de escuela.

—¿Que Rosa no te quiere?—Lo sé, y me pesa, pero no me vengas á mi con esas que soy perro viejo. No es esa la causa de tu displicencia; te conozco como á las berzas de mi huerto. Para tí el número uno lo eres tú; el número dos lo propio que el número uno; Rosa no es sino el número que viene detrás.

—Bien dice Vd. que es viejo, pues se ha olvidado Vd. de cuando estubo enamorado, tío Curro. Pero Señor, ¿no pudiera Vd. convencer á su hija, y sino mandar como padre?

—Mira, Próspero, he servido al rey, y sé lo que es la disciplina, que *reasumidamente* quiere decir cumplir cada cual con la ordenanza derecho como un uso, pronto como la luz, y sin chistar como el pez; pero, hijo, la voluntad no es obligacion; y decirle á esta, media vuelta á la derecha ó media vuelta á la izquierda, es un puro *ipotismo* y eso no puede ser. Rosa contra mi voluntad no se ha de casar; pero contra la suya tampoco aunque lo mandase yo. Bastante le he aconsejado que te quiera, porque te estimo y porque le tiene cuenta; de la tuya corre ganarte su voluntad; anda métele tres dias en una salina á ver si sales menos desabrido y mas propio para el caso.

—Si Vd. se lo mandase mas había de influir en Rosa la voluntad de un padre que no la sal de una salina; repuso picado el pretendiente.

—¿Dónde has visto tu eso, cristiano? ¿Es mi hija alguna persona real para que se vea obligada á casarse por conveniencia del Estado?

—Pues sepa Vd. que la quinta está decretada y mañana se pregona. Si me toca á mi la suerte, mi madre me libertará; pero si le toca al *calza-polainas* de Vicente no tendrá mas que cojer el fusil.

(1) No pensamos que haya entre los fabulistas de mas renombre quien en sus composiciones haya aventajado á esta, ni en lo verdadero y sutil del pensamiento, ni en la manera graciosa y clara de patentizarlo.
(2) Llaman en Andalucía ayos á los pasantes de escuela.
(3) Petimetre, acicalado.

—Eso tienes en tu favor, hombre, contestó el tío Curro.

—Así es, pero yo quisiera que si llega el caso inclinara Vd. á Rosa á mi persona que siempre se ha dicho: tales cosas te digan, tal corazón te pongan.

—En eso descuida, hombre, que cano estoy de celebrarte; si las celebraciones pusiesen á los hombres bonitos, habías tú de ser, lo que no eres, esto es, el mejor mozo de San Lúcar.

Quando se hubo ido el pretendiente vinieron la tía Amparo y Rosa á sentarse debajo del emparrado que á ello convidaba con su frescura.

—Rosa, le dijo su padre, ¿sabes que está ya decretada la quinta?

Rosa palideció, y preguntó con trémula y tímida voz:

—Padre, qué quiere Vd. decir con eso?

—De que esta es la ocasion propia de que dejes de *hablar* (1) á quien no te tiene cuenta, si se vá porque se vá, y si se queda porque se queda.

Rosa no contestó y empezó á verter lágrimas suavemente y de quedo, como caen los copos de nieve, como llora la constancia.

—Si Próspero saca número, continuó el tío Curro, su madre lo libertará, y no tardará en abrir escuela; es un muchacho completo y sin vicios, y su mujer ha de pasar una vida como una usia, y fuerte cosa es, que pudiendo tu disfrutarla, no quieras, por haberte encalabrinado el irte á meter, tu que eres mas fina que una ele, y mas señorita que las flores, en el soto en compañía de los lobos con un cortador de leña mas basto que un alcornoque.

Rosa no contestó una palabra, y el padre prosiguió:

—No te pega marido leñador; nunca ha querido tu madre que hagas otra cosa que coser con lo que te has criado muy damita para que te metas en el soto.

Rosa permaneció muda, sin mas respuesta que sus lágrimas.

—Por vida de las muchachas cabezonas, tercas y lloronas! exclamó impaciente el tío Curro.

—Lo propio me decía mi padre, le dijo á media voz su mujer que salió en defensa de su hija desde que la vio llorar; lo propio me decía cuando salistes á servir al rey y queria que te olvidase y me casase con mi primo.

—Y decía bien! respondió exasperado su marido; si te hubieses casado con tu primo, que es hoy un pelantrín de los boyantes, y no conmigo, que no tengo mas que lo comido por lo servido, estarias hoy como la propia rosa y pudiendo gastar fantasia; ya ves, pues, lo que te has perdido con no haber dado oídos á tu padre.

—Verdad es, Curro, contestó su mujer, pero no me ha pesado lo que hice.

—¿Por qué, me querras decir?

—Porque, como ahora poco te oí decir á D. Próspero, la dicha y la suerte, aunque parece que deberían estar apuntadas, no siempre lo están, y que lo propio que tú no cambio la dicha por la suerte.

CAPÍTULO V.

La mala suerte.—El adiós.

Mientras pasaban estas escenas en la huerta, había llegado Vicente á Bonanza y corría mas que andaba, el camino que él conduce al pueblo.

La amortiguada luz de la luna hacia visible la soledad y la inmovilidad de la naturaleza rendida por el color del día. Los pinos salpicados á poca distancia del camino, formaban con sus delicadas barbas un murmullo mas suave, mas leve, mas misterioso y grave que el que forman con sus hojas los demas árboles que parece que murmuran, mientras el pino parece que ora.

El mochuelo lanzaba en el melancólico silencio de la apacible noche su triste voz, esa voz que, segun la poética y religiosa imaginacion del pueblo, es la de *Cruz* y que repite desde que en el Calvario presenció horrorizado la muerte que sufrió el Salvador.

Asociados, sino por convencimiento, por sentimiento, á esta tierna y conmovedora creencia, concediendo que sea una ilusion, pero voluntariamente bajo su dulce imperio, confesamos, que no podemos oír la espresion tan suave y triste de esa ave solitaria de la noche, sin conmovernos profundamente, y sin persuadirnos de que siente lo que espresa.—¿Y acaso no podría ser que el escalpelo de nuestra fria razon, que nos empeñamos en hacer regulador árbitro y solo juez de las cosas, así morales como materiales, haya cortado lazos, destruido armonias, y roto comunicaciones entre las partes que existen en las cosas creadas? Dirán que es inverosímil que las hubiese. ¿Por qué? Pero aun dado ese caso, no rechaza ni la fe ni la poesía las ideas por inverosímiles, sino por matas, nocivas y bajas. Las admite inverosímiles como las mas bellas plumas de las alas de su fantasia, que elevando su mente á mayor altura, es dable la acerquen mas á la verdad que no la razon que le dá la humana concepcion por cárcel.

Vicente llegó á la portada de la huerta en que ya hemos introducido al lector, que á la sazón estaba cerrada. El fuerte gruñido de un perro le avisó que estaba dormido su vigilante.

—Calla, Palomo, que soy yo, dijo Vicente. Enterado el perro, prosiguió su ronda sin cuidarse mas de que se presentaba; este trepó con ligereza y maña por las mal unidas tablas que formaban la puerta, y saltó adentro. Encaminóse hácia espaldas de la casa donde había una pequeña ventana enrejada; tocó á su postigo que estaba cerrado, pero no recibió respuesta; silvó, pero la ventana permaneció cerrada.

Entonces se puso á cantar con hermosa voz, admirable entonacion y no menos admirable flexibilidad de garganta, dotes tan necesarios para los cantos andaluces, con cortos intervalos y distintas tonadas, estas coplas:

Los lindos ricitos rubios
Que te adornan esa frente,
Parecen campanillitas
Que van llamando á la gente,
Los dientes de tu boca
Me han prendido á mi.
¿Quién ha visto cadenas
Hechas de marfil?
La nieve por tu cara
Pasó diciendo:
Donde yo no haga falta
No me detengo.

Entonces se corrió pausadamente el cerrojo, y se abrió con tanto la ventana.

—Rosa, dijo acercándose Vicente, ¿has perdido el oído ó duermes mas que un gusano de seda?

Pero apenas notó que la reconvenida lloraba amargamente, no estando acostumbrado en su tranquila vida á ver escenas ni lágrimas, exclamó asustado:

—¿Jesus María! Rosa, ¿qué tienes?

—Pues qué, ¿no sabes? contestó ella.

—Yo no. ¿Qué es?

—¿Qué hay sorteo!

Vicente tornó instantáneamente á su tranquilidad y á su alegría, y dijo:

—Pues qué, ¿no es mas que eso? No te apures; á mi no me

(1) *Hablar*, es la decente espresion usada por el pueblo por la de enamorar ó tener amores.



toca la suerte, ténlo por seguro; á mis hermanos tampoco les tocó. Pero á un turbio correr, si me tocase, tendríamos paciencia!... como ha de ser; no todo el monte es orégano!

—¡Ocho años, Vicente! eso es media vida!
 —¿Qué habian de ser! Pasan ocho años como vara de mal paño. Pero no serán ocho, serán seis, que á los que se alistan para pasar el charco les rebajan dos.
 —No, Vicente, no, por María Santísima, embarcarse! y luego encontrarse allá con la epidemia! No, no; mas vale pasar los ocho años en tu tierra.
 —Rosa, el mal camino andarlo pronto.
 —Oh! ¿y si no vuelves?
 —¿Que no vuelva! ¿Por qué no; no volvió tu padre y otros miles? No seas cavilosa, ¿por qué no había de volver yo?
 —¿Y si se va á pique la embarcación?
 —Salgo á la orilla con un pez en la mano.
 —¡Ay, Vicente, exclamó redoblando su llanto la desconsolada Rosa; lo que me saca de tino es el ver lo poco que te pesa la ausencia!
 —Si que me pesará si llegase el caso de que me tocase la suerte; pero solo ella, pues

No me pesa ser soldado
 Si me tocase la suerte,
 Que no me pesa el fusil
 Pero sí dejar de verte (1).

—¿Me olvidarás, Vicente?
 —¿Qué te olvidaré, Rosa? Eso no lo temas, ni te puede pasar por las telas del pensamiento:

Primero que yo te olvide
 ¡Mira que comparación!
 Ha de calentar la tuna
 Y ha de refrescar el sol.

Yo sí que puedo temer, Rosa, porque D. Próspero te anda pretendiendo, y, aunque es mas feo que el sargento de Utrera, que reventó de feo, y que tiene al Angel sirviendo al Rey, tu padre lo apadrina, y tanto pueden dar....
 —Calla, calla, Vicente,

El quererme á mi quitar
 Tu amor de mi pensamiento,
 Es escribir en el agua
 Y es predicar en desierto.

Créelo, Vicente, no quebrará la sogá por mí; créelo, como artículo de fé.

—¿Por qué, Rosa?
 —Porque en llegando á querer, la mas firme es la muger.
 —Pues cree tu tambien, Rosa, como artículo de fé, que lo mismo la muger que el hombre, quien bien ama tarde olvida.
 Un mes despues se habia verificado el sorteo. Próspero habia salido libre; Vicente era soldado. El tío José nada demostró cuando se despidió este. «Dios vaya contigo, hijo, fué su despedida. Sé hombre de bien, mas que no medres, que mas vale ser honrado que no enviado. Vé con buen ánimo, que con el temor de Dios vas seguro, con la vergüenza vas firme, y con el escapulario de la Virgen del Carmen vas amparado. Adios, hasta mas ver, en esta ó en la otra.»

Diciendo esto, le volvió bruscamente la espalda, se internó en el monte y desapareció entre el espeso follaje. Cuando volvió al anochecer á su casa, estaba sereno como siempre.

CAPÍTULO VI.

D. Próspero prosperando.

Un año habia pasado, y poco cambio habia traído en las cosas y personas que han figurado en la relacion precedente: solo las frescas mejillas de Rosa habian perdido sus subidos y brillantes colores. Vicente, segun se lo habia propuesto, para abreviar el plazo de su servicio, se habia embarcado con las tropas destinadas á Cuba.

—Por vida de la chiquilla terca que va á enfermar por ese demonio de come en rancho, decia algunas veces el tío Curro.
 —No lo temas, contestaba su muger; lo propio que dices tú decia mi padre, y no enfermó.

Impaciente entonces el marido, le volvia la espalda y se iba á sus faenas canturreando:

Madre, yo quiero casarme,
 No me diga usted que no,
 Porque me ha salido un novio
 Que toca bien el tambor.
 Leñador, madre, lo quiero,
 Que saque astillas;
 Bien, hija, y que las saque
 De tus costillas.

Si Rosa oia á su padre, estaba llorando todo el dia. Cantando sin cesar de llorar:

En la soledad del campo
 Me puse á llorar mis penas,
 Y fueron tanto mis llantos
 Que florecieron las yerbas.
 A la mar fueron mis ojos
 Por agua para llorar
 Y se vinieron sin ella
 Porque estaba seco el mar.

Un dia se presentó Próspero con cierto aire de aplomo y de importancia al tío Curro, en el momento en que estaba este enganchando su buey al palo de la noria.

—Buenas tardes, tío Curro, dijo el recién entrado.
 —Dios te las dé muy buenas, contestó el hortelano, que añadió al volverse y notar que su interlocutor estaba vestido de negro: ¡Jesus! qué funebre estás, ¿quién te se ha muerto?

—El hermano de mi madre que estaba en la Habana.
 —En descanso esté.—(Ata!... Pajarito que para poste no tienes precio, buey maula, buey, relecansado!)—Hombre, paró la goterilla! ya no vendrán aquellas remesitas y aquellas cajitas de sal de la Habana. (2)

—Verdad es; pero en cambio ha dejado á mi madre 20 mil duros.

—Que no te parecerán á tí sino muy blandos.
 —Ó sean 25 mil pesos, añadió Próspero.
 —Que á tí no te pesarán!—(Mal haya tu flojera, pajarito del demonio, que eres como el buey Simon, cortido de paso y largo de esportón.)—Tu suerte, Próspero, tu suerte, hombre, que se pierde de vista!

—Mi madre quiere que me quite de ayo de escuela y la maneje el dinero que se ha de invertir en viña y bodegas para criar los mostos.

—Y cate Vd. ahí á Periquito hecho fraile! Hacendado, cosechero y almacenista! pues no es nada! qué mas puedes desear, hijo de la suerte, ¡por vida de los avefías! ¡y todavia tienes cara de viernes santo!

—¿Qué mas puedo hacer? repuso Próspero. Tío Curro, veinte y cinco pesetas, son cien reales, y en faltando un ochavo no están cabales. ¿Se entera Vd.?

—Ya, ya estoy, contestó impaciente y picado el tío Curro, mi niña es el ochavo que te falta; pues sábele que tu eres los 25 mil pesos que á ella le están demás. ¿Me entiendes?

(1) Intercalamos estas coplas en el diálogo, aunque no es propio, ni lo hace el pueblo, con el fin de expresar sus ideas de la misma manera que lo hace él en su poesía.
 (2) Azúcar.

—Mire Vd., dijo sentido el improvisado ricacho, en quien la riqueza iba despertando arrogancia, mire Vd. que su hija, con su airecito de mosquita muerta, es mas terca y mas voluntariosa que una rama mal guiada.

—Próspero, repuso el tío Curro, mas que tengas 25 mil pesos, mira como hablas de ella; tú, toda tu casta, y cuantos tienen boca, han de enjuagársela con agua de rosa para hablar de mi hija, ¿estás?

—Vamos, tío Curro, respondió Próspero, como es Vd. hortelano, está Vd. hecho á cojer el rábano por las hojas. ¿Qué mal he de hablar yo de su hija de Vd., cristiano? Si lo que pretendo es casarme con ella! Lo que estoy es despechado, porque su hija de Vd. es peor que un peñon que ablanda una gotera continua; pero ella, mientras mas me ve penar, y mientras mas me desvivo, mas dura está.

—Pues hazte los cargos, hombre, que el duro peñon no lo soy yo, que desde la primera vez que me hablastes, me tienes mas blando que unas polladas.

—Pues ablándela Vd. a ella, señor.

—¿Cómo? si no bien le digo una razon cuando se echa á llorar por esa cara abajo y la madre se enjesta por tres dias; ¿Qué quieres, hombre! Las Señás mugeres tienen mucho de la trastienda, pero en cuanto á sentido no tienen ninguno; y en cuanto á sesos.... perdone Vd. por Dios! Los novios les han de entrar por el ojo, y si no, no tenemos naa. Tú, hijo, (te lo digo, no por ofenderte, sino porque es la pura verdad), eres feo con coraje, y el otro maldito *Estripaterones* es un real mozo que se puede presentar al rey de Francia. No puedo hacer mas que acompañarte en tu sentimiento, que es sentimiento mio tambien, y reñegar de las enaguas, principiando por las hojas de parra hasta el te engañé (1).

Próspero se retiró desconsolado é incoñmodo. Al pasar por debajo del emparrado, saludó á la tia Amparo que lo estaba barriendo, con un breve *quede Vd. con Dios*, que contestó esta con otro semejante. Viendo que la madre de Rosa seguia su faena sin añadir palabra, le dijo:

—¿No me vé V. de luto?
 —Verdad es, contestó la tia Amparo. ¿Quién se le ha muerto á Vd.?

—El hermano de mi madre que la ha dejado 25 mil pesos.
 —Dios lo tenga en gloria, contestó la tia Amparo; acompaña á Vd. en su sentimiento.

—Yo no tengo ninguno, porque no lo conocia, replicó impaciente Próspero; lo que tengo es contento, porque mi madre me quiere quitar de ayo de escuela, y quiere que sea propietario y cosechero.

—Sea enhorabuena.
 —Para mí no hay enhorabuena mientras Rosa no me dé el sí, contestó el porfiado pretendiente.

—Estoy para mí, repuso la tia Amparo con esa instintiva urbanidad del pueblo español, que si Rosa tuviese dos que dar le daría á Vd. uno, D. Próspero; pero como las mugeres honradas no tienen mas que uno, y ese, como Vd. sabe, lo tiene dado, no le puede complacer; harto lo sentimos su padre y yo, pero cómo ha de ser! Con una hija no se pueden tener dos yernos.

—En diciendo la suerte *allá voy* no es menester arrearla, dijo la tia Amparo á su hija, cuando Próspero se hubo ido; despues de salir libre del sorteo se le entra á D. Próspero una herencia de las Indias por las puertas. ¡Ahorá sí que ia va á emprender tu padre con que te cases con él!

Rosa se echó á llorar.
 —Madre, dijo, que me pida su merced mi sangre y se la daré, porque lo podré hacer; pero que no me pida imposibles, y eso lo es, el que olvide á Vicente y me case con otro. Ahí viene Padre; por María Santísima, señora, haga Vd. porque no me hostigue! No soy para esta brega, que va á dar conmigo en la huesa.

—Amparo! gritó el tío Curro.
 Esta no contestó, con el fin de dejar á su hija tiempo para alejarse.

—Amparo! volvió á gritar su marido, ¿qué estás haciendo?
 —Calderos, ¿no oyes los golpes? respondió con cachaza la muger.

—Mas valiera, dijo el tío Curro, que en lugar de *guasona* te metieras á gobernar y aconsejar bien á tu hija, para impedirle de hacer un *descabello* de los enormes. ¿Sabes que Próspero es ya un hombre de los mas acaudalados?

—No, que dejaria de decirme cuando iba mas ancho que el mar, y hecho pregonero de la noticia.
 —¿Y qué dice Rosa? ¿Todavía se empestillará en aguardar al ganapan que no tiene que comer mas que las uñas?

—Dice que te dará su sangre, pero que no se casa con otro.
 —¿Su sangre!! ¿Para qué la quiero yo? Que la guarde, que buena falta la hace, que está que se trasluce, y mas descolorida que las tercianas. ¿Cuándo hubiera ella podido soñar en hacer esta suerte? ¡y la *esprecia!* Vamos, si esto no se puede creer! De hacendado cosechero y almacenista á millonario no va un gemo. Se acabó! Está ida del sentido.
 —No, Curro, no.
 —¿A tí por lo visto te parece cordura lo que está haciendo la niña?

—Sí, cordura es querer mas bien la dicha que la suerte; cordura será lo que hace.

—Esas son pampringadas, razones de enamorados, que no valen un comino.
 —No te lo parecieran en otros tiempos, Curro.

—Por vida del demonio malo, que no es la muger esta, cansado reloj de repetición, exclamó impaciente el hortelano, que se alejó gruñendo: mugeres! mas sutiles son que culebras, mas tercas que mulas, y mas imprevisoras que aquel de los almanaques, que por mirar á las candelijas de la bóveda azul, fué á dar con su cuerpo en una sima!

Rosa, que se habia retirado á su cuarto, seguia entretanto cosiendo, y cantaba sin dejar de verter lágrimas:

Rosa me puso mi madre
 Para ser mas desgraciada,
 Pues no hay rosa en este mundo
 Que no muera deshojada.
 Suspiros que de mí salgan
 Y otros que de tí vendrán,
 Si en el camino se encuentran
 ¿Qué de cosas se dirán!
 Entre la hostia y el cáliz
 A mi Dios se lo pedí,
 ¡Que no te maten las penas,
 Que me están matando á mí!

CAPÍTULO VII.

Bien venga mal si vienes solo.

Debajo de un emparrado, obligado apéndice de toda morada de hortelano, en la huerta que fué del convento de Santo Domingo, estaba sentado al siguiente año un hombre jóven, apoyada la cabeza en una mano y el codo sobre la rodilla. A poca distancia de él se hallaba una anciana que remendaba por centésima vez una camisa de hombre. Era esta anciana prima del tío José, guarda del soto de Doña Ana. Al cabo de un rato de silencio, dijo esta muger al callado jóven:

(1) Nombre que da el pueblo á los miriñaques.

—¿Piensas Vicente, hijo, irte á los inválidos de Madrid, donde dice mi Juan que lo pasan muy *rebien*?

El carácter de los españoles, activo, independiente y exento de molicie, su natural parco, sus pocas necesidades y la pulcritud que ostentan, aunque estén cubiertos de andrajos, hacen que detesten toda mancomunidad y dependencia, al paso que el clima, cuyos rigores no son tales que exijan un amparo contra ellos, les lleva á aborrecer toda clase de clausura y vida sedentaria, lo que hace en España difícil los establecimientos y hospicios para desvalidos, quienes los miran, más como duras prisiones, que como asilos.

Así sucedió que el interrogado contestó con decision:

—No, señora, no iré donde van los desechados. ¿Pues qué, á los veinte y cinco años, y con toda mi fuerza y vigor me habia de encerrar en tierra extraña entre cuatro paredes, como un pollo en su cascarrón, solo cual él, y á cruzarme de brazos?

—Válgame Dios, hijo! ¿y qué trabajos has de hacer falto de vista? preguntó con dolor la buena muger.

—Señora, aunque sea darle vueltas á la noria como la vaca.
 —Dime, Vicente, hijo, aclárame bien el cómo acaeció la desgracia, pues no me acabo de enterar.

—Ni lo podré nunca comprender bien, señora. Sabe V. que era artillero, esto es, de los que andan con los cañones. Estábamos mi compañero y yo cargando uno en un ejercicio de fuego. Al tiempo de remachar la carga se inflamó la pólvora y saltó el tiro. A mi compañero le llevó los dos brazos y murió; yo cai mal herido al suelo. Sané, pero la vista que perdí por el fogonazo no volvió con la salud!

—Pobre Vicente, dijo limpiándose las lágrimas su tia.

—Bien lo puede V. decir, y que he tenido bien mala suerte! He vuelto á mi pueblo, me he hallado á mi padre muerto, muertos al tío Curro y á la tia Amparo, y á Rosa muerta, si no para el mundo, para mí. Me veo solo, solo, como la peña en el mar. No me queda á quien querer sino á Dios, ni mas amparo que el socorro que me da el rey, que me proporciona el pan, pero no la dicha para siempre perdida!

—Desventurado! repitió enternecida su tia.
 —Dice V. bien, desventurado y no pobre, que no me abruma la pobreza, que en ella nací y me crié, y la quiero como á madre; lo que me abruma es la soledad, que se asemeja á la muerte, y el estar ocioso, que es como estar paralítico!

—Esos ojos tan hermosos! observó su tia, y no se los conoce mayormente la ceguera; si no fuese porque están parados como los de los santos de bulto, no se diria que eres ciego. ¿Y no tiene tu ceguera remedio, Vicente?

—No, señora, ninguna.
 —¿Qué desgracia!

—Mas suerte tuvo el compañero que murió, pues á mí ¿de qué me sirve la vida sin vista y sentado en un campo santo!!

—Estamos demás las criaturas en el mundo, y por eso hay tantas muertes que nos diezman, observó la buena muger. Si hubieses estado aquí este verano pasado, cuando de sopetón se nos entró el cólera por las puertas. Ay, hijo, que aliecion! en el barrio bajo se cebó. Con un dia por medio se llevó al tío Curro y á su muger: á Rosa fué á la que, á pesar de la asistencia que tuvo á sus padres, no le dió. Pobrecilla, lo que pasó entonces, y qué aliecion tan grande fué la suya! Quedaba sola y desamparada y en el mayor desconsuelo! Entonces se volvió á presentar D. Próspero de pretendiente; pero Rosa se mantuvo firme en no casarse con él. Como tiene unáns manos de costura, que no cose, sino que pinta las cosas, una usia muy considerable, una dama de la señora infanta, á la que cosia, se le llevó consigo de doncella á Sevilla, donde dice lo pasa grandemente, muy estimada de su señora, y como es tan preciosa y tan fina que parece que se ha criado en pañales de Holanda, dicen que tiene mas pretendientes esa rosa que abejas las de los jardines.

Vicente suspiró profundamente.
 —¿Le has mandado á decir que estás aquí? preguntó su tia.
 —Yo no ¿á qué?

—Verdad es, solo le darias un pesar, porque te queria bien; dígalo D. Próspero que decia que le habias dado hechizos, por que heredó un millon ó una multitud asina, y ni por esas consiguió que consistiese Rosa en casarse con él.

—¿Con que heredó? ¡qué suerte!
 —¿Toma! tiene mas plata que lo que pesa, y se ha hecho un avariente de los que hasta el agua del pozo le echan la llave, y tan ansioso que es capaz de comerse la omnipolencia de Dios hecha pan. Está mas feo que *de nantes* con sus patas de alcaram, su pescuezo de botella y su cara de esquina tan triste y tan confusa que parece el principio de un pleito y fin de una historia.

—¿Y á qué le sirven sus riquezas si Rosa no lo ha querido? No se las envidio, dijo Vicente.

CAPÍTULO VIII.

La dicha y la suerte.

Algunos dias despues estaba Vicente mas abatido aun, sentado en el cuarto de su tia cerca de la ventana, donde recibia sobre sus rodillas un rayo de sol que sentia sin verlo.—Su tia estaba barriendo la habitacion, cuando asomó una chiquilla de la vecindad que la llamó de parte de su madre. La buena muger salió y al cabo de un rato volvió á entrar.

Seguiala de puntillas una jóven rubia y blanca primorosamente vestida, que de lejos se puso á considerar á Vicente, caidas sus manos que cruzaba y torcia hacia fuera con un gesto de amargo desconsuelo, mientras su dulce y lindo rostro espresaba el mas tierno interés y el mas vivo dolor.

—Viene Vd. sola, tia? preguntó Vicente.
 —Sí, hijo; ¿por qué lo preguntas?

—No sé; pero siento como si hubiese otra persona en el aposento.

—No, hijo, estamos solos.
 —¿Solos! repitió con profundo acento de tristeza el pobre inválido; ¡pero cómo lo extraño si es el estarlo mi sino!

—Vamos, hombre, no pierdas los ánimos que Dios está siempre en el mismo lugar y nos manda consuelos cuando menos los esperamos. Si me quieres complacer, hombre, cántame el romance que has compuesto y que cantabas anoche.

—¿Tia, no tengo ánimo para cantar!
 —Anda, anda, que quien canta, su mal espanta; y me complaces á mí.

Entonces el ciego cantó con entonacion apagada y melancólico acento, este cantar que habia compuesto:

Mes de mayo! mes de mayo!
 Cuando los recios calores,
 Cuando los toros son bravos,
 Los caballos corredores,
 Y la cebada se siega,
 Los trigos toman colores;
 Cuando los enamorados
 Obséquian á sus amores,
 Unos les regalan frutas,
 Otros les regalan flores;
 Yo pobrecito de mí
 Estoy en negras prisiones
 Sin saber cuándo es de dia,
 Sin saber cuándo es de noche,
 Sino por callar las aves
 Tristes, cuando el sol se pone.

¿Qué importa que la calandria
Elruiseñor y el gilguero
Canten para consolarme,
Si para mí no hoy consuelo?

Mientras cantaba, corrían abundantes lágrimas por las mejillas de la joven que parecía recoger cada una de las palabras que salían de los labios de Vicente, como una rosa las gotas del rocío de la triste noche.

—Cuando concluyó hubo un rato de silencio.

—¿Quién sabe, dijo al fin su tía a Vicente, cuando llegue a saber Rosa tu venida, si se acuerda de la palabra que te tiene dada?

—Señora, quiere Vd. callar! repuso su sobrino. La palabra se la dió á un hombre con vista que podía mantener sus obligaciones, pero no á un ciego que solo sirve de estorbo en el mundo.

—¿Y si tú la hubieras hallado ciega, Vicente, no te hubieras casado con ella? preguntó su tía.

—Yo me hubiese casado con ella, muda, ciega, y sorda, respondió Vicente; pero eso es diferente porque los hombres son los que mantienen á las mujeres.

—Pues sábele que Rosa con su tijera y su aguja es capaz de mantenerte á ti y á una docena de hijos que os deparase Dios.

—Señora, días pasados daba Vd. por de contado, y hacia bien, que Rosa, que es una prenda digna de un infante de Castilla, no podía hacer el despropósito de casarse conmigo.

La joven hizo un movimiento para acercarse al ciego, pero se contuvo merced á una seña que sonriendo le hizo la buena anciana.

—Pues si no es á Rosa, dijo á su sobrino, no te faltará á quien querer.

—Si me faltará á quien querer, repuso este, pues no puedo, ni podré jamás querer sino á ella. Y lo que es á mí ¿quién me había de querer?

—Pues yo sé quién te quiere.

—La tierra que nos quiere á todos. ¿Quién había de querer á un desvalido, á un hombre que no puede servir para nada?

—¿Quién?—¿Quién bien ama y nunca olvida, exclamó de repente la joven acercándose y pasando uno de sus brazos al rededor de la cabeza del pobre ciego como para posesionarse de ella.

—¿Rosa! exclamó Vicente apretando entre sus manos con pasión un pedazo de la falda de su vestido, Rosa!—repitió con angustia, ay de mí!—que no te veo!

—No le hace, con tal que me quieras.

—No te lo dije, intervino su tía, no te lo dije, Vicente, que no te faltaría quien te quisiese?—un arbolito con tantas raíces ¿quién lo arrancaba ya?

—¿Rosa! exclamó Vicente con ahogada voz.

—No me llames Rosa, le interrumpió esta, llámame Amparo como se llamaba mi madre, tu amparo!

—Es un despropósito el que ahora te quieras casar conmigo!

—¿Este es tu sentir?—pues te dejastes por esos mundos de Dios el cariño.

—¿Vas á rechazar una buena suerte por la miserable que á mí lado te espera?

—Sí, Vicente, sí.

—Piénsalo.

—Lo tengo pensado mucho há y hasta mi padre decía lo que pensado tengo.

—¿El qué?

—Que, mas vale dicha que suerte.

EPÍLOGO.

Algunos años después de lo referido se veía por las calles de San Lúcar, á un hombre pulcro y aseadamente vestido, de muy buena figura, de cara risueña, de ojos bellísimos, pero sin vista, que un precioso niño de cinco años conducía por la mano, y á quien todos querían y saludaban cordialmente.

El Jueves Santo se sentaba á la puerta de una iglesia y con una bellísima voz cantaba la Pasión del Señor y las saetas con sus extrañas, tristes y solemnes modulaciones; cayendo en el sombrero que en la mano tenía, las dádivas de la caridad abundantes en estos días en que celebra la religión su apogeo. Por Navidad, el mismo hombre iba á las casas, siempre acompañado por el niño, que entonces unía su vozecita fresca é infantil, á la sonora y robusta voz de su padre, para cantar, acompañándose con la guitarra, las tiernas y alegres coplas de Noche-Buena. Era acogido en todas partes con la alegría de esa santa fiesta, y regalado con la abundancia que con nombre de aguinaldos esperece la caridad en señal de regocijo en estos días. Lo demás del año vendía billetes de lotería.

Solía encontrar con don Próspero que estaba mas flojo y mas amarillo que antes, porque su genio apocado y poco propio para manejar un caudal, le daba cuidados que no eran compensados por satisfacciones ni goces. Siempre mirando al cielo por ver si se mostraba propicio á las necesidades de sus cosechas, siempre atemorizado con la baja de los mostos, siempre apurado por el aumento de las contribuciones, con las obras de las fincas y atrasos en los pagos de los inquilinos, y sin poder olvidar á Rosa, era un hombre muy desdichado á pesar de su dinero.

Cuando encontraba al pobre ciego tan contento y alegre le decía:

—¿Qué suerte tienes, Vicente!

—No sé, contestaba este, no tengo suerte; eso quien la tiene es Vd. D. Próspero; no tengo la suerte que Vd., pero usted no tiene la dicha mía y al verme tan contento, y á Vd. tan displicente, no habrá quien no diga que mas vale dicha que suerte.

FERNAN CABALLERO.

Las acciones de la *Compañía general de Crédito en España* han experimentado en la Bolsa de Bruselas, durante la semana última, un alza de 20 frs., quedando á 305 frs., precio á que se han hecho algunas acciones. Ya habían experimentado una subida semejante en la Bolsa de París.

La estension con que en la *Revista extranjera* tratamos del asunto de los cruceros ingleses; nos ha hecho creer innecesario dedicar un artículo aparte á esta cuestión, tanto mas cuanto que, como recordarán nuestros lectores, al ocuparnos del injusto apresamiento de la *Conchita*, examinamos profusamente la manera con que se ejerce el derecho de visita, los males que á nuestro comercio acarrea y los tratados de donde se deriva.

El 17 de abril, fecha á que alcanzan las noticias oficiales de Filipinas, no había partido de Manila la expedición franco-española organizada contra la *Conchichina*. Parece que se aguardaba á ver el resultado de las operaciones de los aliados contra el emperador de China.

Ya han llegado á Madrid, por primera vez, completa y perfectamente redactados, los presupuestos de las islas Filipinas, viniendo á realizarse al fin esta mejora, hace tanto tiempo reclamada. Parece que aun antes de ser examinados y castigados estos presupuestos, que son para 1859, ofrece un sobrante de mas de treinta millones de reales.

Hemos oído la primera fantasía de la bella colección que sobre nuestros cantos populares ha compuesto y empezado á publicar el joven y

distinguido maestro Nuñez-Robres, autor de otra colección titulada *Recuerdos de mi patria*, que goza ya de justa celebridad. Este joven compositor es el primero de nuestros maestros que ha intentado con fortuna engrandecer con las formas musicales esos aires sencillos, impregnados de sentimiento y de armonía. Recomendamos la adquisición de estas colecciones á nuestros suscritores de América, amantes de las tradiciones españolas.

Los resultados que ofrece la escuela especial de Taquigrafía bajo la inteligente dirección del distinguido profesor D. Francisco de Paula Madrazo, son cada vez mas brillantes: los exámenes de este año, verificados el 6 del actual, han llamado la atención de las personas entendidas. Los discursos que pronunciaron en el acto algunos alumnos son el testimonio mas irrecusable de los grandes adelantos que hace esta enseñanza. El del Sr. Madrazo brilla por la corrección de la frase, por la oportunidad de las ideas y el caloroso entusiasmo que manifiesta por el utilísimo ramo á que ha consagrado su laboriosidad y su inteligencia.

Centro-América.—La política invasora de los Estados-Unidos va produciendo tan mal efecto en América, que hasta los Estados mas débiles protestan ya energicamente contra ella. Así lo han hecho los gobiernos de Nicaragua y de Costa-Rica, al concluir entre sí una convención para la construcción de un canal marítimo inter-oceánico, que han puesto bajo la protección de Francia, Inglaterra y Cerdeña. Aunque las repúblicas hispano-americanas parece haber olvidado completamente á la madre patria, creemos será leída con interés en España la declaración hecha por ellas con este motivo; declaración que puede ser considerada como un manifiesto dirigido á la Europa por la América Central, amenazada á cada paso por la política invasora de los Estados del Norte.

Chile.—Nuestros lectores recordarán el atropello cometido por el gobernador de Copiapó, de que dimos cuenta en uno de nuestros últimos números: las correspondencias que acabamos de recibir al referirnos los detalles de este acontecimiento, nos manifiestan que dicha autoridad no quedó impune, como nosotros dijimos al narrar el suceso, sino que, por el contrario, fué puesta inmediatamente á disposición de los tribunales. Nosotros tomamos la noticia de nuestros colegas, y sentimos ahora un placer en rectificar un hecho que nos parecía inverosímil, tratándose de mas civilizada de las repúblicas americanas, pero que no insertamos en nuestras columnas porque todos los diarios hablaban de él y le referían del mismo modo.

El Gobierno, según las últimas noticias, sigue triunfando en las elecciones; pero la oposición es muy fuerte y logrará llevar á la Cámara bastantes candidatos. Mucho deseamos que el nuevo Parlamento se reúna pronto y trabaje para llevar á cabo las grandes reformas y adelantos de que es susceptible aquel estado floreciente, llamado en nuestro concepto á ser uno de los centros intelectuales y mercantiles de la América del Sur.

Segun parece, el Sr. Gana ha sido nombrado encargado de negocios en España.

Nueva Granada.—En Nueva Granada, el tratado de Cass Heran, no ha sido ratificado todavía, y el Congreso continuaba discutiendo sus diferentes artículos. Los relativos á la indemnización debida á las víctimas del motin de Panamá serán aprobados probablemente; pero las cláusulas relativas á la adquisición de territorio por los Estados-Unidos como derecho á guardar el tránsito del istmo y otras del mismo género, se consideran inadmisibles y de naturaleza de acarrear complicaciones entre Nueva Granada y otras potencias extranjeras.

Perú.—Las noticias de Callao, que alcanzan al día 27 de abril, anuncian que la tranquilidad se había restablecido en el Perú. Como se había anunciado, Vivanco se dirigió á Chile, Castilla continuaba dirigiendo los negocios, esperando la elección de un nuevo presidente.

República argentina.—Se ha descubierto una conspiración encaminada á asesinar al presidente Urquiza. El encargado de consumar este crimen era un tal Vergara, que permaneció tres días en la misma residencia del presidente, sin haber podido realizar su objeto.

Venezuela.—Varios de nuestros colegas han juzgado en estos días con demasiada dureza y no poca inexactitud al nuevo gobierno por el período de anarquía que, según dicen, atraviesa la república; nos parece que si hubiesen tenido en cuenta los principios que representa el nuevo poder y la política opresora que representaba la administración caída, habrían juzgado con mas indulgencia á un gobierno que tiene que luchar para consolidar el nuevo orden de cosas, con la exacerbación de las pasiones que produce una revolución, con las intrigas y los obstáculos que le crean los partidarios de Monagas, con la exageración de los discursos, la imprudencia de los entusiastas y con la misma latitud y ensanche que para ser consecuente con su bandera, se ve precisado á dar á todas las manifestaciones por extravagantes ó mal intencionadas que sean.

Segun las últimas noticias, la convención estaba convocada para el 5 del próximo julio en Valencia, y el general Paz, que parecía descontento por no haber sido nombrado jefe superior, se negaba á regresar al país, acaso con la esperanza de que sus amigos se lo den todo hecho. Para lograr que el representante de la Francia entregara Monagas al nuevo gobierno, el ministro de relaciones exteriores firmó un protocolo con aquel agente diplomático y los de las demás naciones, ofreciendo que si se entregaba al ex-presidente, no se le sometería á juicio, y al punto se le darían sus pasaportes. Dicen que el resto del gabinete no tenía el menor conocimiento de este compromiso y que solo llegó á su noticia cuando el cónsul francés exigió su cumplimiento: en vista de lo cual el ministro Urrutia presentó su dimisión, siendo reemplazado por el señor Toro, quien se negó á cumplir lo que aquel había ofrecido. Así las cosas, el almirante francés de la estación de las Antillas, que se encontraba en la Guayra, había pasado un *ultimatum* pidiendo le fuese entregado Monagas, ó que de lo contrario, bloquearía las costas dentro de cuarenta y ocho horas. Este plazo empezaba en la tarde del día en que salían las últimas cartas. Únicamente se sabe que el gobierno se disponía á rechazar esta exigencia.

Brasil.—El emperador del Brasil abrió en persona el 3 de mayo la legislatura, anunciando en su discurso que el gobierno Brasileño había celebrado con el de la república oriental en 15 de diciembre último un convenio sobre la navegación fluvial, y el 20 de diciembre del mismo año otro convenio de igual naturaleza con el gobierno de la confederación argentina. También anunció la solución de las dificultades que habían surgido entre el Brasil y el Paraguay, y añadió que el gobierno había celebrado con el de esta república un tratado que aseguraba á los intereses y á la dignidad de los dos Estados, todas las garantías apetecibles.

Por último, el emperador dijo que un tratado celebrado el 5 de febrero en Londres, ha abierto las relaciones políticas y comerciales entre el Brasil y Turquía.

Méjico.—En Méjico continúa la guerra. Veracruz ha sido bloqueada durante algunos días por el steamer *Guerrero*, cuya tripulación acabó por pronunciarse espontáneamente contra Zamora, que le había enviado. El general Mejía ha establecido el centro de sus movimientos en Tampico. El Gobierno, para hacer frente á los gastos de la campaña, ha resuelto levantar una contribución de guerra, cuyo mínimum para cada ciudadano que posea alguna fortuna es de 100 piastras, y el máximun de 1,000.

Los franceses residentes en la República han dirigido á todo el cuerpo diplomático una protesta contra el decreto que les despoja de las fincas eclesiásticas que adquirieron en virtud de la ley de desamortización, invocando el derecho internacional y la protección de Francia. Zuloaga ha creado un Banco nacional, ha establecido un impuesto progresivo sobre el capital y ha reemplazado los tribunales civiles por los militares, despues de cerrar al comercio todos los puertos ocupados por los rojos.

REVISTA ESTRANJERA.

Algo mas fecunda en sucesos que la anterior, se ofrece á nuestra ordinaria tarea la quincena que acaba de espirar. El mas fructífero de los acontecimientos á que tenemos que consa-

grar algunas reflexiones, es el atentado cometido por los cruceros ingleses con varios buques anglo-americanos, sospechosos, á juicio de aquellos, de encubrir bajo el pabellon estrellado cargamentos de negros. Este suceso, que desde los primeros momentos fué comunicado por el telégrafo con proporciones alarmantes, aparece, sin embargo, de las rectificaciones que se han recibido despues, como un verdadero abuso de fuerza y como escandalosa trasgresion de los tratados vigentes.

Nada importa que se haya desmentido la noticia del desembarco que se suponía haber verificado la tripulación de una lancha cañonera en el puerto de Sagua la Grande, y practicado pesquisas y registros en algunos ingenios; nada importa que ante la actitud enérgica y digna del capitán general de Cuba, el cónsul inglés se apresurase á desaprobando la conducta de los cruceros; el hecho de haber disparado un cañonazo sobre un buque anglo-americano, intimándole con tan prudentes modos que se dejase reconocer, la visita llevada á cabo en otros, la violencia ejercida muchas veces con los de varios países, los recientes, injustos y escandalosos apresamientos de las embarcaciones españolas dedicadas al comercio de África, forman una serie de actos tan ilegales, arbitrarios, irritantes y bárbaros, constituyen una acusacion tan completa é indestructible de la exageracion, de la dureza, y hasta pudéramos decir, de la mala fé con que Inglaterra ejecuta el tratado de 1835, que casi estamos tentados á alegrarnos del último atropello, al pensar que la de dar origen á que el orgulloso gobierno británico confiese en el Parlamento, en la prensa, en las negociaciones diplomáticas y en solemnes documentos oficiales, la manifiesta y patente infracción de convenios, que debiera cumplir con tanta mas fidelidad, cuanto que sol están otorgados en su favor, y la torpeza y la imprudencia con que sus subordinados interpretan y obedecen sus instrucciones. Y tanto mas humillante y doloroso será para Inglaterra verse obligada á confesar la leñidad, por no decir complacencia, con que ha estado mirando hasta el presente las faltas, vejaciones y atropellos de los cruceros, cuanto que esa declaración solemne de sus muchas contemporizaciones con la violencia y la injusticia, aparecerá en las presentes circunstancias, no como hija de un sentimiento de rectitud, sino como arrancada por los belicosos aprestos y la formidable actitud de su antigua colonia. No es nuestro ánimo examinar aqui cuán en desdoro de nuestra dignidad nacional fueron otorgados con la Inglaterra los tratados de 1817 y 1835: á tan interesante asunto hemos consagrado no ha mucho varios artículos cuando nos ocupamos del apresamiento de *La Conchita*; pero si haremos notar que esos tratados aparecen mas afrentosos de lo que en si son todavía, por la práctica de abusos y vejaciones que nuestros gobiernos han dejado introducir á su sombra: entre las cláusulas de los convenios y su ejecución por parte de los cruceros ingleses, existe una gran distancia. No recordamos un solo caso de apresamiento en que ya en la forma del juicio, en el reconocimiento, en la apreciacion de las circunstancias, en el largo tiempo tomado para pronunciar la sentencia y en los fundamentos de esta, no se haya faltado abiertamente á alguno de los artículos y obrado con visibles apariencias de parcialidad é injusticia. En vano ha sido que á consecuencia de tantos abusos erigidos en sistema, nuestros cónsules hayan protestado y alguno de nuestros gobiernos entablado reclamaciones; los cruceros han continuado haciendo de las suyas y España ofreciendo su debilidad y su indolencia frente á frente del desden y del mal intencionado rigor de la Gran Bretaña. No parece sino que los humanitarios y filantrópicos sentimientos que se invocaron para arrancar á la torpeza del gobierno absoluto de Fernando VII el primer tratado de 1817, no fueron otra cosa que la máscara con que la sagaz política británica compró el derecho de fiscalizar nuestro comercio marítimo, de crearle insuperables trabas con sus continuas vejaciones y mantenerle siempre en su tutela y dependencia. Mas que estipulaciones otorgadas con entera libertad por ambas partes, parecen esos convenios las condiciones impuestas por el vencedor al vencido por su rescate, la continuación de la rota de Trafalgar. Ardientes admiradores de la Gran Bretaña en su política interior, en el gran desenvolvimiento democrático de sus instituciones constitucionales, entusiastas de ese pueblo cuando discute en sus Cámaras y se reúne en *meetings*, y trabaja incesantemente en la prensa, en la tribuna, por medio del libro y del folleto, de la palabra bajo todas sus formas, en aumentar su libertad individual, en madurar en la opinion pública todas las ideas y reformas liberales que paso á paso va convirtiendo en leyes, no podemos menos de mirar con profundo pesar ese egoísmo calculador, ese interesadísimo mercantilismo que rige su política exterior y que en tan abierta pugna, en tan declarado antagonismo, en tan inmoral contradicción pone siempre esas dos políticas de dentro y fuera de Inglaterra.

Por lo demás, el caso presente está llamado en nuestro concepto á introducir algo de miramiento en la conducta hasta ahora siempre imprudente y vejatoria de los cruceros: así lo hacen esperar las explicaciones y promesas que el ministerio inglés se ha apresurado á dar en la Cámara de los Comunes. Por mucho que la habilidad diplomática quiera desvirtuar el hecho, la violacion es indudable y contra mas evidente aparezca esta, tanto mayores serán las satisfacciones, garantías y seguridades que el gobierno inglés tendrá que dar de que atropellos de tal naturaleza, no se reproduzcan en lo futuro. La trasgresion de los tratados, aparte de la injuria inferida al pabellon anglo-americano, es de aquellas que no admiten defensa. Segun la version que corre muy acreditada sobre el abuso ocurrido en las aguas de Sagua la Grande, el buque se hallaba en el puerto cuando el crucero le intimó el orden de dejarse reconocer. El buque anglo-americano se negó á ser visitado, y enarbó la bandera española. Insistió el buque inglés, y aun le disparó un cañonazo disponiéndose á abordarlo. Entonces el capitán del buque anglo-americano izó el pabellon de su nación, mandó retirar la escala, y armado con dos pistolas que le trajo su misma mujer, amenazó levantar la tapa de los sesos al primer inglés que pisase el buque. El comandante crucero no insistió al ver la actitud resuelta de su contrario, y así terminó el conflicto.

Ahora bien: examinado el tratado de 1835, no encontramos un solo artículo en que se anule el principio general del derecho de gentes que hace inviolable el territorio y los dominios de una nación para toda otra con quien se encuentra en paz y mantiene amistosas relaciones. Y no podía ser de otro modo: desde el momento en que el derecho de visita se extendiera hasta el territorio español, no podría existir nuestra independencia como nación, porque nuestras costas y nuestros puertos estarían sufriendo continuos desembarcos; pero en el caso presente, el abuso ha ido mas allá de una violación á sabiendas de los tratados, porque no solamente intentó el crucero inglés visitar el vapor anglo-americano, cuando le veía izar nuestro pabellon é invocar el asilo de nuestros puertos, sino que lo único que, despues de haber desplegado la bandera de la república, le detuvo para llevar á cabo su atentado, fué la resolución desesperada del capitán anglo-americano. De modo que el atropello cometido por el crucero, envuelve una violacion del tratado y un ultraje al pabellon de los Estados-Unidos. El derecho que á nuestro gobierno le asiste para exigir la debida reparacion en la parte

que á él le toca, no puede estar mas clara y terminantemente definida por el art. 9.º del tratado de 1837, que dice así:

«Si el oficial comandante de cualquiera de los buques de la real armada respectiva de España y de la Gran Bretaña, debidamente comisionado según lo que en el art. 4.º de este tratado se estipula, se desviase de algun modo de las instrucciones á él ahejas, el gobierno que se juzgue agraviado tendrá derecho á pedir satisfacción, y en tal caso, el gobierno á que dicho oficial comandante pertenezca, se obliga á mandar hacer indagaciones del hecho que motiva la queja y á imponer al mencionado oficial una pena proporcionada á la trasgresión voluntaria que haya cometido.»

La actitud adoptada por la prensa anglo-americana y por el gobierno de la república, por mas que algunos la censuren de sobrado arrogante é injustificada, merece nuestra mas completa aprobación: en asuntos de dignidad nacional nunca se peca por carta de mas. Así hubiéramos nosotros imitado el ejemplo de los Estados-Unidos en las cuestiones de Méjico. Según las últimas noticias, por todas partes se pedía una reparación ruidosa, y se hablaba de nuevas vejaciones y de nuevos insultos de parte de los ingleses, que no hacían ningun caso de la bandera americana, y que parecían querer añadir á su sinrazon toda especie de insolencias. El Congreso, el Senado, los comités que representan el pensamiento del gobierno, el presidente mismo, cedían al impulso general. En el departamento de marina se expedían órdenes de armamento con una actividad febril, como si se estuviese en visperas de guerra. Ya habían partido para el golfo de Méjico ocho buques de la Armada, que iban á ser seguidos por todas las fuerzas navales de los Estados-Unidos con instrucciones para hacer casi inevitable un conflicto con los cruceros ingleses. Por su parte, el comité naval del Senado proponía la inmediata construcción de seis corbetas de vapor, el de la Cámara, de diez cañoneras, y el comité de negocios extranjeros de treinta. Por último, para coronar la obra de la agitación política, se había presentado un proyecto de ley para contratar un empréstito de 15 millones, de duros, y Mr. Douglas había propuesto al Senado confiriere al presidente poderes ilimitados que le darian el derecho de suspender las leyes de neutralidad, de hacer la paz ó la guerra sin el concurso del Congreso, en caso de que á su juicio fuese urgente.

El rompimiento, sin embargo, es imposible: el gobierno inglés se muestra dispuesto á negociar inmediatamente y á pasar por todas las satisfacciones y arreglos para quitar á la cuestión el belicoso aspecto que ha tomado. No contento con haber enviado instrucciones precisas á todos los gefes de las estaciones navales sobre la manera como han de ejercer el derecho de visita en los buques extranjeros, ha dispuesto se instruya una sumaria para comprobar los hechos, objeto de las reclamaciones de los capitanes americanos.

La conducta del capitán general de Cuba ha sido tambien en la ocasion presente digna de los mayores elogios, y está de acuerdo con la energía que de algun tiempo á esta parte ha empezado á desplegar acertadamente en las cuestiones internacionales. Apenas tuvo noticia de lo ocurrido en el puerto, dió órdenes al teniente gobernador para que no consintiese semejante visita, rechazando, si era necesario, la fuerza con la fuerza. Al mismo tiempo dirigió una enérgica reclamacion al gefe de las fuerzas inglesas en las costas del Norte de la isla y al cónsul inglés en la Habana, demostrándoles que semejantes visitas violaban el tratado de 1835, por cuyo artículo primero no pueden registrarse los buques que se hallen en los puertos de las respectivas naciones sino con permiso de la autoridad local, ni ejercer el derecho de visita, sino por los buques autorizados espresamente para ello. El cónsul inglés y el comandante del vapor *Sthir* pasaron al palacio del capitán general, y le manifestaron que si lo ocurrido en Sagua la Grande era como el señor Concha decía, desde luego desaprobaban la conducta del comandante del vapor *Buzzard*, y que no pudiendo hacerse á la mar el vapor *Sthir* en dos dias, rogaban al capitán general de Cuba que hiciese pasar al comandante del *Buzzard* los pliegos en que desaprobaban su conducta.

Esto bastó para que se retirase el lanchon inglés, que ya habia hecho fuego sobre la goleta costanera; pero atendiendo el marqués de la Habana á cuanto corresponde al sostenimiento de la dignidad y del derecho nacional, envió á Sagua la Grande algunas fuerzas de infantería, y dispuso que saliesen al mar todos los buques de guerra disponibles para hacer respetar nuestro pabellon, en tanto que ha dirigido á Madrid las comunicaciones convenientes.

Después de escritas las anteriores líneas, leemos en los periódicos extranjeros del último correo, los detalles de un nuevo atropello cometido por los cruceros con el buque francés *Regina Coeli* en el Cabo Honte de la costa de Africa. Navegaban á bordo de este buque en calidad de contratados 265 negros, y en ocasion de haber saltado en tierra el capitán, dos oficiales y tres marineros, y de haber quedado solamente trece personas de tripulación, ocurrió una reyerta entre una de ellas y un negro que haciéndose general produjo el asesinato de todas menos de un marinero que logró salvarse á nado y el médico á quien respetaron. Dos dias después de esta horrorosa catástrofe, el 11 de abril, una piragua condujo al médico á tierra y el capitán, á la cabeza de cuarenta y cinco americanos, intentó inútilmente recobrar el buque. Quedó este completamente á merced de los negros, cuando el día 15 un paquebot inglés se apoderó del *Regina Coeli* y lo condujo á Moravia, dejando que se fugaran todos los sublevados. El médico quedó detenido para ser juzgado por los tribunales ingleses; pero noticioso del hecho el almirante de la escuadra francesa que surca aquellas aguas, acudió con los navios de guerra el *Dain* y el *Renaudin*, y el 8 de mayo rescató por la fuerza el *Regina*, devolviéndole á sus propietarios. Para defender la conducta del paquebot, los diarios ingleses alegan que en el *Regina Coeli* se trataba como esclavos á los emigrados cargados de grillos y cadenas, sostienen que la presa estaba bien hecha y que el rescate forzado del almirante inglés ha sido un insulto hecho á la Inglaterra. Según el último parte telegráfico, algunos diarios de Londres escitan con este motivo al gobierno para pedir una satisfacción á Francia.

Tenemos, pues, un nuevo conflicto creado por la conducta irreflexiva y osada de los cruceros: no será el último que ocurra entre la marina de Francia y la de Inglaterra: tiempo há que la escuadra francesa, que navega á la vista de las costas de Africa, no puede soportar la provocadora insolencia de los cruceros. Nunca como ahora se ha presentado una ocasion tan oportuna de pedir la revision de los tratados de 1817 y 35, origen de tantos altercados y vejaciones, afrenta de nuestro pabellon y rémora de nuestro comercio. Han pasado ya las circunstancias que pudieron, sino justificar, explicar en algun modo tan vergonzosos convenios: todas las naciones civilizadas condenan hoy el principio de la esclavitud, y no deben consentir que Inglaterra quiera ejercer por sí sola hasta el monopolio de los sentimientos humanitarios y cristianos. ¿Qué resultado ha producido hasta ahora el derecho de visita de los cruceros? Ninguno. La esclavitud continúa por desgracia y continuará hasta que esa gran cuestion social se resuelva por medio de la educacion y de la civilizacion de tan desgraciada raza. No es en Cuba ni en los Estados de la Union donde hay que extirpar el cáncer: sus raices están en Africa, y llevando allí la idea cristiana y el sentimiento de la personalidad, es co-

mo hay que arrancarlas. Jamás las medidas preventivas han servido para cortar los abusos de esta magnitud. Más ha hecho el capitán general de Cuba en estos últimos años en contra de la trata, que los cruceros desde 1835: los mismos periódicos ingleses, y especialmente los anglo-americanos, lo reconocen así. El imprudente celo de los cruceros es en los momentos actuales hasta inoportuno.

La estension con que nos hemos ocupado de este asunto tan capital para nuestros intereses en América, nos obligará á ser muy breves en la reseña de los demas de verdadera importancia.

La cuestion del *Cagliari* ha concluido como no podia menos de concluir: el bravo rey de Nápoles, el poderoso monarca que se burlaba de las amenazas de Inglaterra y osaba hacer grandes aprestos militares, nada menos que para rechazar y contrabalancear el poder de su formidable enemiga, en el caso de verse precisado á llevar las cosas al terreno de las armas, convencido por fin de la justicia que al gabinete británico asiste en sus reclamaciones al verlas espuestas con tanta fuerza de lógica y de colorido en el *ultimatum* de lord Malmesbury, se ha decidido para mas engrandecer su noble conducta en este asunto, poner en libertad la tripulacion y el buque y ofrecer 3,000 libras por via de indemnizacion. Los absolutistas llenos de asombro ante una energía tan inquebrantable, dicen que se ha cubierto de gloria con una resolucion tan magnánima: todo el mundo se rie de ellos y mira con lástima á su monarca modelo. Los armamentos continúan, sin embargo, con gran actividad en el reino de las Dos-Sicilias: el previsor Fernando ha creído que cuando Francia, Inglaterra y Rusia dan gran importancia á la cuestion de aprestos militares, la Europa, el mundo, mirarian con asombro que el rey de Nápoles no hiciera lo mismo.

Las reformas liberales avanzan portentosamente en la Gran Bretaña; cada parte telegráfico nos trae la noticia de un nuevo triunfo: en nuestra anterior revista dimos cuenta á nuestros lectores de la admision de los judíos en el Parlamento, de cómo habia concluido esta cuestion que durante tantos años ha encontrado un valladar insuperable en la obstinacion de la alta cámara, de esta gran victoria del fecundo principio de la tolerancia religiosa, último complemento de la libertad de cultos: hoy tenemos que reseñar nada menos que cuatro grandes medidas en el mismo sentido, en el sentido radical y revolucionario. La contribucion de culto y clero, tan impopular en el reino unido, pero tan sostenida por las mas altas influencias del pais, hacia tiempo que estaba herida de muerte por la opinion pública; su abolicion era por tanto inevitable y acaba de ser abolida. La necesidad de dar mas latitud al derecho electoral y de acomodarle sobre todo á los principios de igualdad que la ciencia política proclama como incontrovertibles, se viene sintiendo en Inglaterra hace muchos años: bandera de un gran partido político, esta reforma luchaba, sin embargo, con el respeto á la constitucion, con la preponderancia de la alta clase, el influjo de los grandes propietarios y las numerosas fuerzas del partido conservador en sus variados matices; un año y otro de discusion, de meetings, de polémica en la prensa y en la tribuna, han hecho que la opinion pública se interesase en su favor, y el requisito de ser propietario para aspirar á un asiento en la Cámara de los Comunes, acaba de ser abolido: el mismo ministerio se muestra dispuesto á prestar su apoyo á otra medida que es el complemento y la consecuencia de esta, á la de extender el derecho del sufragio á todo ciudadano que pague de renta la insignificante suma de diez libras esterlinas (unos mil reales) al año: la mocion del capitán Vivian para poner el ejército como la marina bajo la jurisdiccion del ministro de la Guerra responsable al Parlamento, ha obtenido un éxito completo: Era otra de las medidas reclamadas por la opinion pública. ¿Y cuándo sucede esto? Cuando se halla al frente de los negocios un ministerio tory. ¿Cómo se explica este fenómeno incomprendible? ¿Un gabinete tory llevando á cabo en breve espacio de tiempo gran parte de las reformas escritas en la bandera del partido radical? Si; la explicacion del fenómeno es bien sencilla: diversas veces hemos dicho, y los hechos vienen á confirmar la exactitud de nuestras apreciaciones, que los antiguos partidos se encuentran en una descomposicion completa: sus denominaciones de tory, peelista, whig, radical, son un recuerdo histórico, nombres gloriosos; pero con aplicacion á la política actual un verdadero anacronismo. Esas sectas políticas que tanto han trabajado por la libertad de su patria, se agitan hoy en la confusion y en la duda. Como decíamos hace quince dias, las ideas han marchado mas aprisa que ellas, se han adelantado á sus perezosas elucubraciones y las han dejado vergonzosamente á sus espaldas. ¿Quién puede decir hoy estos son whigs, aquellos peelistas, esoteros torys? ¿Quién seria osado á clasificar los hombres políticos de la Gran Bretaña con las antiguas denominaciones? Nadie. Veamos sino lo que pasa en los momentos presentes.

Los whigs derriban su caudillo y se ponen al servicio de sus contrarios; los radicales apoyan con toda la fuerza de su juventud y su elocuencia á los hasta aquí llamados torys; los peelistas sostienen con el prestigio de su nombre á los mayores enemigos de su ilustre gefe, y por último, la marcha de los partidos políticos, ó mejor, la conducta de los hombres políticos de este pais es tal, que no se ve otra cosa mas que la opinion pública guiando y dirigiendo con fuerte mano los destinos de esa gran nacion. ¡La opinion pública! Hé aquí el único partido que hoy reina en Inglaterra. Superior á la Corona, á la aristocracia, á las Cámaras, ella es quien obliga al ministerio Palmerston á caer por reaccionario, y quien convierte en reformista al gabinete Derby. Dichosos los pueblos en que la opinion pública llega á ser el primer poder del Estado! Ojalá que algun dia la opinion pública domine tambien en la política exterior británica.

La union nacional de los Principados danubianos ha sido desechada en principio. Desde que empezaron las conferencias, anunciamos sin vacilar y venimos repitiendo, que este seria el resultado de ellas. La nacionalidad rhumana ha muerto por ahora. Y no podia suceder otra cosa habiéndose encargado el imperio francés de resucitarla. Este gigante de carton solo causa miedo de lejos. Indigno ha sido tambien el papel que la Inglaterra ha jugado en este asunto. Aun no se sabe á punto fijo cuándo se abrirán las conferencias sobre el asunto del Montenegro. Se ha convenido que tendrán lugar en Constantinopla, vista la resistencia del Divan; los gobiernos habian querido eludir la cuestion de soberanía que la última nota de la Puerta formula claramente y será preciso ponerse de acuerdo antes de dar instrucciones á los embajadores. Dudo que las potencias renuncien el derecho de pronunciar su fallo en esta cuestion que la Turquía, apoyada por el Austria é Inglaterra, ha sustraído por ahora de la Conferencia.

La actitud entre el imperio francés y la Gran Bretaña continúa siendo la misma. Lord Derby dando seguridades en el Parlamento de la firmeza de la alianza y de la cordialidad de las relaciones, y los armamentos en grande escala y los aprestos militares preocupando la atencion pública en ambos paises.

La insurreccion de Candia ha concluido de una manera bárbara, es decir, de una manera turca: un obispo que, conducido á la presencia del gobernador, se negó á exhortar á los cristianos á que desistiesen de sus quejas al sultan, ha muerto á consecuencia de los azotes con que castigaron su sublime re-

sistencia. Un mártir mas y una nueva página para el imperio otomano.

La situacion de los ingleses en la India mejora notablemente; Bareilly ha caído en su poder. El Rohilcund está enteramente sometido: se ha publicado una amnistía y se restablece la tranquilidad. El reino de Uda se pacifica y los propietarios se acogen al indulto. Grandes, inmensos, sobrenaturales son los sacrificios que la Gran Bretaña está haciendo para reconquistar el vasto imperio indico; ellos son la prueba mas evidente de que su patriotismo, su valor y su constancia crecen al compás de sus desastres y adversidades.

MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

REVISTA MERCANTIL Y ECONOMICA DE AMBOS MUNDOS.

La situacion financiera continúa casi en el mismo estado que la dejamos en nuestra revista anterior; no parece sino que la influencia de la pasada crisis está gravitando todavía sobre los principales mercados de ambos mundos. Como hemos tenido ocasion de demostrar repetidas veces, la acumulacion metálica en el extranjero sigue persistente en su curso, cuyo síntoma principal se encuentra en la baja de los descuentos.

Según el último balance del Banco de Francia, que tenemos á la vista, la caja ha tenido durante el mes anterior el aumento de 68 millones de francos, que es una acumulacion de numerario de magnitud y rapidez extraordinaria, y que significa una paralización proporcional en los negocios.

Si á los 510 millones de francos de la caja, se agregan los 169 de las cuentas corrientes particulares, que tambien se han aumentado en otros tres, se tendrá la suma enorme de 679 millones de francos, que están inmóviles y son estériles. La cartera en cambio ha bajado 34 millones de francos, reduciéndose á 349, contraste bien triste con la plenitud observada en la caja. La circulacion de billetes ha disminuido igualmente en 7 millones, reduciéndose á 585; circulacion que se sostiene en gran parte, merced á los anticpos hechos á las compañías de ferro-carriles. Puede decirse con verdad que pocas veces la situacion del Banco de Francia ha sido mas segura, y tambien menos próspera. Ella explica y justifica la baja en el descuento, acordada desde el 4 al 3 1/2 por 100.

Según una correspondencia de París de 16 del corriente, la plaza se ha visto sorprendida en la semana anterior por una rápida explosion á la alza, que ha caído sobre el mercado sin dar tiempo á los bajistas en prepararse para recibirla. Hay que añadir que igual fenómeno que la Bolsa de París han presentado las de los departamentos, si bien en estos el alza ha sido provocada por la noticia de la primera.

¿Será duradera esta alza? Hay síntomas que parecen indicarlo así. En todos los puntos productores de los departamentos la cosecha promete ser abundantísima. Acaso esto baste para producir baja en las mercancías, lo cual será favorable al mercado financiero, pues la depreciacion de aquella suele corresponder ordinariamente á la alza en los valores mobiliarios.

Los impuestos y contribuciones indirectas arrojan un aumento de cerca de dos millones sobre los productos correspondientes del último año, indicando con esto un acrecimiento del consumo, tanto mas feliz cuanto era mas imprevisible.

Por la situacion del Banco de Inglaterra, que á continuacion insertamos, observarán nuestros lectores que no ha mejorado gran cosa el estado financiero de aquel pais. Hé aqui el resumen del Banco:

Billetes en circulacion.	fr. 503.219.500	dism.	fr. 1.564.750
Depósitos públicos.	125.343.000	aum.	1.565.600
— privados.	359.137.800	—	3.439.725
Cartera.	369.613.200	—	5.126.750
Caja.	455.094.975	—	2.284.925
Billetes en reserva.	295.760.975	—	4.476.250

Posteriormente hemos sabido que en Lombard-Street, el descuento es de 1/2 á 3/4 por 100 menos del 3 por 100 del Banco. Los cuadros de aduanas del mes de abril indican una reaccion seria en el movimiento del comercio. La situacion de los 236 bancos ingleses la confirma, puesto que el 8 de mayo el importe de sus billetes en circulacion era de 918.350.960 frs; poco menos que la de 943.561.100, que tenia en 1857, y mas que la de febrero último de 886.012.425 frs. El tiempo es excelente, y esto ha hecho que baje bastante el trigo en la penúltima semana.

La marcha de los negocios se mejoraba un tanto en los Estados-Unidos, si bien se resiente de languidez. Los precios de las mercancías seguan firmes y con pocas variaciones.

Los Bancos y los ferro-carriles de Prusia han dado lugar á dividendos iguales, cuando menos, á los de los años precedentes. El Banco de Brema ha repartido un dividendo de 10 4/5 por 100; y el ferro-carril de Leizik á Dresde el de 21: han sido los mas considerables. En Viena vemos que solo las lanas han sido objeto de buenas transacciones, sin que hayan decaído los precios.

Según vemos en una correspondencia, fecha 19 de mayo, el estado mercantil de Nueva-York segun su variacion. La emision de los bonos del Tesoro y los dividendos que han tenido que pagarse, han disminuido la caja de los Bancos en 700,000 dollars; pero los depósitos se han aumentado en igual proporcion, y esto significa la miseria de los negocios: las exportaciones paralizadas y las importaciones reducidas al quinto de las ordinarias.

Las rentas de la isla de Cuba se aumentan de un modo prodigioso. Si la de aduanas produce en todo el año con arreglo á lo que ha dado en el primer trimestre, resultará por este solo ramo un sobrante de 30.000,000 de rs. sobre lo calculado.

Sin embargo de lo espuesto, y en vista de varias correspondencias que nos merecen entero crédito, principia á escasear la moneda de plata menuda para los saldos y las pequeñas transacciones mercantiles.

En 1853, ya el gobernador, capitán general y las corporaciones de la isla, pidieron al gobierno de S. M. que atendiese á este mal que por entonces se remedió algun tanto; pero habiéndose esportado plata menuda de los Estados-Unidos, con ella se ha ido pasando. Ahora las inmensas sumas de reales y medios reales anglo-americanos, introducidas en los años pasados, han vuelto indudablemente á reesportarse, puesto que no es probable se hayan sepultado en las entrañas de la tierra.

Este suceso es cosa prevista. No circulando allí esa moneda por mas valor que el que tiene en los Estados-Unidos, su importacion no podia ser objeto sino de operaciones puramente comerciales, aconsejadas por el estado de los cambios entre uno y otro pais; alterados estos, y favorecida allí por otro lado esa moneda con un premio, es claro que no podría dejar de retornar.

De la comparacion del balance del Banco de Manila de fin de marzo, con el correspondiente al 28 de febrero último, que se halla en el *Boletín* del día 2 del mismo marzo, resultan las diferencias que vamos á apuntar.

La existencia en cajas ha disminuido en 4,567, 95 pesos fuertes, y han aumentado en 61,221,52 los valores en cartera: esto en cuanto al activo. Los depósitos figuraban en 31 de marzo por 6,481,42 pesos fuertes menos que en 28 de febrero; se han aumentado los saldos pasivos de cuentas corrientes en 87,009,11; los libramientos aceptados representan un valor de 26,866,45, y han sido separados de la circulacion 3,575 pesos mas en billetes, cuya cantidad constituye el término de la progresion que hace quince meses se viene notando en esta amortizacion temporal del papel del establecimiento.

En la construccion de los caminos de hierro se observa la mayor actividad. Ultimamente, acerca del ferro-carril de Sevilla á Jerez se ha entablado una serie de animadas contestaciones en los periódicos políticos, entre D. Mariano Monasterio, constructor ó representante de la empresa constructora de dicha linea, y el Sr. D. Mariano Ballester, secretario de la compañía concesionaria.

Nosotros, que hemos seguido atentamente la polémica, vamos á esponerla sencilla y concretamente, reduciéndola á su verdadera significacion. El Sr. Monasterio se queja de que, dándose por invertidos reales vellon 33.899,332-54, la empresa constructora no haya recibido hasta ahora mas que rs. vn. 6.665,256-87; y de que todas sus reclamaciones á favor de su descubierta hayan sido desatendidas por la empresa concesionaria.

Esta, habiendo contratado la construccion, mediante escritura pública, con Mr. Dehorter, contesta naturalmente que desconoce la personalidad del Sr. Monasterio en el asunto y de la Empresa que se dice representa ó defiende. Puede ser verdad que exista y que se le deban obras; pero no será la compañía propietaria, sino la persona ó empresario con quien hayan subcontratado, y contra quien, por lo mismo, deben dirigirse todas cuantas acciones tengan derecho á entablar.

Pretender otra cosa, es violentar el sentido comun, desconocer las

nociones más vulgares del derecho, y dar á sospechar que se busca á todo trance y en cualquiera parte la salvación de un siniestro más ó menos probable. No de otro modo se explica que se traiga á la publicidad una cuestión de intereses, que siempre se ha considerado por todo el mundo de la exclusiva competencia de los tribunales.

Suponamos que estos declarar mañana que no hay relación jurídica entre la empresa propietaria y la construcción: cómo se indemniza, cómo se repara el mal que podría causarse al crédito de cualquiera compañía con esos comunicados, en que se sacan á la plaza pública asuntos privados y se confunden entidades tan distintas é independientes como la Compañía de los ferro-carriles en cuestión, la general de Crédito, cuya mezcla en ella no nos explicamos después de creada la anterior y el empresario Dehorte? Esta es materia muy delicada, que los principios sociales más sagrados aconsejan mirar con mucho respeto, pecando en todo caso, más bien de contenido y circunspecto, que de ligero é indiscreto.

Si los constructores tienen derechos legítimos, ventílenlos en su lugar oportuno ante los tribunales. Apelando antes á la publicidad, habrá muchos que piensen se trata de conseguir de la amenaza lo que se desconfía obtener de la justicia. A nosotros jamás se nos ocurriría acudir á un periódico para reclamar el pago de una deuda.

FERRO-CARRIL DE SALAMANCA A MEDINA DEL CAMPO.—La Compañía general de Crédito ha solicitado la competente autorización para hacer sus estudios. La Diputación provincial de aquella ha acordado también al Gobierno de S. M., pidiendo que le sea aprobada la partida de 5,000 duros, con que ha convenido garantizar á la Compañía los desembolsos que le ocasionen aquellos trabajos. Deseando que por nada sufran retraso tan laudables como importantes propósitos, los principales capitalistas de Salamanca se han reunido, y se prestan á adelantar el depósito de los 5,000 duros, hasta que la diputación obtenga del Gobierno la autorización que solicita. Conducta noble y digna, tanto más cuanto que todos los capitalistas que han tenido noticia solo de este proyecto, se han prestado gustosos á secundarlo. Se espera que en breve la Diputación y la Compañía alcancen del Gobierno sus respectivas autorizaciones. Tal confianza inspira la actividad y crédito de la Compañía general, dice el *Eco de Salamanca*, que se cree que con el invierno próximo empiecen los trabajos del ferro-carril.

Por lo que tiene de relación con la compañía de Crédito, que como ya hemos dicho en otra ocasión, trata de establecer una compañía general de cajas de descuento en España, tomamos de un periódico francés, *El Observateur*, las siguientes líneas.

«En la sesión celebrada en París el 14 del corriente por la Compañía general de cajas de descuento, la comisión de informe espuso: que después del reconocimiento practicado sobre la situación actual de la compañía, le parecía indispensable una liquidación, sin perjuicio de proceder á una reorganización sobre nuevas bases si había lugar; que á su modo de ver el concurso de Mr. Prost facilitaría considerablemente los trabajos de los liquidadores; que el director de la compañía era el único que podía suministrar todas las observaciones indispensables para el logro de estas operaciones, y que puede cooperar mejor que nadie á sacar de la situación presente todo el partido posible: en su consecuencia, previo anuncio de que Mr. Prost iba á ser introducido, y restablecida la agitación momentánea que esto produjo, Mr. Prost, usando de la palabra, reconoce las faltas que se le atribuyen, las lamenta amargamente, y no trata de atenuarlas ni excusarlas, añadiendo que no se encontrará en los actos de su administración, cualquiera que esta haya sido, un hecho deshonroso ó una intención culpable. Desde que ha sido juzgada necesaria su presencia para la liquidación, se ha apresurado á ponerse á la disposición de los accionistas, y ha vuelto, dice, con la voluntad de consagrarse á sus intereses y de ayudar á sacar todo el partido posible de la situación actual. Reconoce que una liquidación es indispensable, pero sus amigos le han ofrecido su cooperación y tienen á sus órdenes una suma de 500,000 francos destinados á facilitar las operaciones de ella. Esta suma es suficiente para facilitar dichas operaciones y llegar á la solución de los negocios pendientes. Además, sus amigos le han ofrecido igualmente su concurso para ayudarle á reorganizar la compañía general de cajas de descuentos sobre nuevas bases si hay lugar. (Aplausos prolongados). Mr. de Celles, miembro de la comisión de informe, censura ágramente á Mr. Prost, á los miembros del consejo de vigilancia de la compañía general de cajas de Descuento y especialmente á los administradores del crédito mobiliario portugués. Estas censuras, algo difusas, producen en la reunión una viva impaciencia. Después de este incidente, varios piden la palabra para refutar las aseveraciones de Mr. de Celles. Mr. Bouinain pronuncia algunas palabras que hacen grande impresión en la junta, añadiendo, que creía de su deber apoyar enérgicamente las conclusiones de la comisión de informe. Miembro así mismo de esta comisión, no ignora cuánto puede la presencia de Mr. Prost apresurar la liquidación y mejorar sus resultados. Si Mr. Prost se lamenta de haber cedido á sensibles compromisos, su venida espontánea es una prueba de su lealtad y confianza en su propia inocencia. (Aplausos). Las conclusiones de la comisión de informe, puestas á votación, son aprobadas por una inmensa mayoría. A consecuencia de esto, MM. Granquin, Lorois, Berthet y Prost son nombrados miembros de la comisión contra una exigua minoría.»

Trasladamos ahora á continuación el artículo que con este motivo ha escrito *El Observateur*, ocupándose de este mismo asunto.

«Tenemos, dice, un gran placer en que nuestra situación nos permita apreciar libremente las resoluciones adoptadas por la junta de accionistas de la compañía general de las cajas de descuento. Si *El Observateur* cree que debía ser el primero en dirigir prudentes y severas advertencias en los momentos en que el peligro no se había presentado todavía, y en que las acciones se cotizaban á 350 francos, fué también el primero cuando el mal se hubo consumado en despojarse de una severidad completamente inútil. Hoy más que nunca, nos parecen las recriminaciones fuera de tiempo; no se trata más que de recoger los restos del naufragio y reparar las faltas del pasado. Completamente desinteresados en la cuestión, *El Observateur* no habrá visto más que el interés general de los accionistas y de las cajas de los departamentos.»

Tres puntos principales resaltan de las resoluciones y de los debates de la sesión del 14 de junio.

- 1.º El recibimiento favorable hecho á Prost por la mayoría de los accionistas;
- 2.º La liquidación amistosa de la Compañía general de las Cajas de descuento;
- 3.º La esperanza de ver la red general de Cajas reformada, y el negocio reconstituido.

Si los deseos de la mayoría de los interesados en dar una parte activa á Mr. Prost en la liquidación, es una prueba suficiente de la confianza que sus conocimientos inspiran á sus consocios, la acogida que ha hallado en los hombres más iniciados en los actos de la administración, nos confirma en el juicio que *El Observateur* escribía en el mes de marzo último, cuando proponía el llamamiento segunda vez de Prost, con el objeto de obtener de él los informes necesarios. En esta época, semejante proposición parecía extraña; los hechos han escitado á nuestras previsiones y nuestras esperanzas. Entonces, como hoy, pensamos que Mr. Prost podía acusarse de graves descuidos; pero preferimos creer que su gestión está exenta de todo acto culpable. El bill de indemnización que la junta de accionistas acaba de concederle, debe ser de un precio inestimable para un hombre de su carácter, y comprendemos que debe haberle interesado profundamente.

No hablaremos en este momento de las obligaciones que el pasado impone á Mr. Prost; los consejos, aun los mejor intencionados, deben darse á su tiempo, ni demasiado tarde, ni demasiado temprano. La liquidación de la antigua sociedad, confiada á liquidadores escogidos por los accionistas y exenta de los inconvenientes que acompañan á toda liquidación judicial, es seguramente un pensamiento que ha debido ocurrir á todos los hombres imparciales, desde que la posibilidad de él ha sido reconocida; la cooperación del antiguo director de la compañía general en estos difíciles trabajos, es una idea feliz que, si ha sido emitida la primera vez por nuestro periódico, no necesitaba más que ser indicada para ser comprendida y apreciada por los accionistas. El concurso pecuniario é inesperado de Mr. Prost y sus amigos ha de mejorar notablemente para los accionistas los resultados definitivos de esta liquidación.

Por último, la posibilidad de conservar el lazo federal de las cajas de descuento perfeccionando siempre la organización primitiva, constituye, á nuestro modo de ver, el adelanto más formal y considerable de las resoluciones del 14 de junio.

La creación de un vasto sistema de cajas de descuento nos ha parecido siempre de un interés tan general que no dudamos en afirmar, que esta organización, una vez creada, cesa de pertenecer á sus fundadores ó accionistas para ser enteramente del dominio del público, llamado á fomentar y á aprovecharse de ella. Solo á este título y bajo el punto de vista del interés público, *El Observateur* se ha creído autorizado á hacer oír sus amonestaciones: su severidad en las faltas cometidas es un testimonio vivo de su aprecio para la empresa misma. Todos los días se regocijan en Francia con la influencia civilizadora de esos canales, de esos caminos de hierro que trasportan los productos de nuestras provincias y

solidarizan, si así puede decirse, los pueblos: cuándo, pues, se querrá comprender la importancia de esos canales de circulación para el crédito, que se llaman Bancos, destinados asimismo á trasportar los valores y á solidarizar los pueblos?

La organización de la red de cajas de descuento, por incompleta que parezca, si se compara lo que era con lo que está llamada á ser en el porvenir, es un gran paso dado en el camino de la civilización.

El secretario de la Redacción, EUGENIO DE OLAYARRIA.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Comenzaremos hoy nuestra narración insertando el siguiente escrito que el director de LA AMÉRICA ha recibido de Alicante.

Sr. Director de LA AMÉRICA.

Alicante 16 de junio de 1858.

Muy Sr. nuestro y de toda nuestra consideración: Nos permitimos la libertad de suplicar á V. tenga la dignación de rectificar un notabilísimo error que se ha cometido en el periódico LA AMÉRICA, que con tanto honor para nuestra patria sale á luz bajo su dirección.

Dice LA AMÉRICA en la relación del viaje de S. M. á esta capital, que en Alicante como en Valencia se olvidaron de adornar la lápida de la Constitución. No, amigo nuestro, el articulista no acompañó en aquellos días á S. M. á Alicante; de otra suerte es imposible que hubiera padecido una equivocación de tanta monta. La lápida de la Constitución tuvo un vistísimo adorno, y en las altas horas de la noche se renovaba su iluminación, hasta que la luz del sol viniese á bañarla juntamente con la luz artificial.

Si el articulista hubiese dicho que las autoridades se habían olvidado de la lápida, hubiera sido exacto en su relación. Los liberales de Alicante, que tan lealmente festejaban á S. M., no podían de ningún modo olvidarse de la Constitución, que tanto esplendor dá á la heredera de cien reyes.

Rogamos á V. dé cabida en su apreciable periódico á las anteriores líneas, á cuyo favor quedarán reconocidos sus atentos y seguros servidores Q. S. M. B. Antonio Blanquer.—Manuel Blanquer.—Luis Campos.—Pedro García.—Joaquín Guardiola.

Es cierto que el articulista no acompañó en el viaje la corte, y así lo daba á entender en su anterior escrito. El articulista no va jamás adonde no le llaman, y á veces donde le llaman no suele ir tampoco. No fué á Alicante ni á Valencia, ni ha ido á Toledo, ni piensa ir á Asturias en estas circunstancias. No obstante, tiene noticias y datos fidedignos que le permiten hablar de todo con conocimiento de causa. En la Revista anterior decía: «Y á propósito de gobierno representativo, en «Valencia hubo también un descuido parecido al de Alicante. Las autoridades, etc.» Es claro, pues, que al hablar de los descuidos, se refería á las autoridades que habían dispuesto los festejos, no á los liberales, cada uno de los cuales manifestó sus sentimientos de la manera que tuvo por conveniente. El articulista, sin embargo, reconoce que omitió la mención honorífica que merecían los liberales por haber reparado, respecto de la lápida de la Constitución, el descuido de la autoridad, y se complace en subsanar esta omisión dando cabida al escrito de los comunicantes. Pasemos á otra cosa.

Volvió la corte de su escursión, y deteniéndose ocho días en Aranjuez, pasó el 13 á Toledo para la inauguración del ferro-carril de aquella ciudad. Por los pormenores del solemne acto de la bendición de las locomotoras, nos ocupamos estensamente en un artículo aparte; continuando ahora la narración desde el punto en que allí la dejamos, nos toca decir que la régia comitiva entró en la ciudad, abriendo la marcha un piquete de la guardia civil, siguiendo los tímbrados y clarines de la ciudad con trajes á la federica, los maceros y alguaciles con trajes de la época de Felipe IV, los coches de la casa real y de las corporaciones toledanas, y últimamente (*last, but not least*) el pueblo. Al pasar por el puente de Alcántara se efectuó la ceremonia de la entrega de las llaves; el eco ronco y lejano de los truenos acompañó á esta ceremonia, eco que ahogaron las músicas, los cohetes y las campanas.

Hubo luego un espléndido banquete, y terminaron los festejos del día con la entrada solemne de la reina en el templo, precedida de la cruz, de varios niños vestidos de ángeles, de pages, canónigos y mitrados. Allí se cantó un *Te Deum*, y desde allí la reina pasó á hospedarse al palacio arzobispal.

Al día siguiente, función de iglesia; almuerzo, en que el ayuntamiento presentó las cajas de mazapan acostumbradas; visita á S. Juan de los Reyes y á Santa María la Blanca; asistencia á las maniobras del colegio militar, y por la noche, regreso á Aranjuez.

Cuántase que en una de las comidas se hizo alusión al padre de Fernando el Católico, y que ninguno de los cortesanos allí presentes supo decir quién había sido este caballero, hasta que la reina lo acertó. Esto no hace mucho honor á la ilustración de los cortesanos; pero hay que tener en cuenta que no son tan fáciles como parece esta clase de averiguaciones.

A la vuelta de la corte á Aranjuez, se dispuso el viaje á Madrid, señalado para el 23, y otra inauguración que debe efectuarse el 24, á saber: la de la venida de las aguas del Lozoya. Después, del 8 al 15 de julio, emprenderá la corte una nueva expedición, que tendrá por objeto visitar el santuario de Covadonga, el sepulcro de Santiago, y no sabemos si algún otro monumento más de los que contiene en su seno este país monumental.

¿Y á todo esto, qué hay de negocios políticos? Nada: mientras la corte viaja, la política duerme; y el ministerio, que no tiene empeño en atravesar crisis, la deja dormir y apresura los viajes. Como es ministerio de transición, siempre se le encuentra de paso. Ayer estaba en Toledo de paso para Aranjuez; hoy está en Aranjuez de paso para Madrid; mañana estará en Madrid de paso para Asturias; dentro de poco estará en Gijón de paso para Santiago; allí se dispondrá á pasar al Ferrol, y tal vez del Ferrol se despidirá para pasar á Barcelona, y de Barcelona para el santuario de Monserrat, donde se despedirá para Madrid, si no hay otra cosa que ver en el camino. El gabinete Isturiz ha hallado que, lo mismo que á los tísicos, les prueba bien el cambio de aires á los ministerios endebles. No es posible explicar lo que se robustece el gabinete con el puro ambiente del campo. ¡Y dirán luego los descontentos que no se mueve! En vano la crisis con su gadaña corre detrás de él: no halla sitio donde cojerle. Esperaba que en Alicante tendría proporción de darle un ataque; pero se frustró su designio; pasó luego á Valencia y tuvo que abandonar la presa, marchándose á esperarla á Aranjuez. En Aranjuez aguardó el primer consejo, pero quedó burlada, porque no se trató sino del viaje á Toledo: hoy espera en Madrid, y ya las bocinas ministeriales anuncian que en Madrid no se resolverá ninguna cuestión, porque al fin el viaje á Asturias.

¿Pero cuándo se resuelven las cuestiones pendientes? La verdad es que están mejor sin resolver, ó resolviéndose ellas mismas, como ciertos expedientes en las oficinas. El tiempo todo lo cura, demos tiempo al tiempo, y seguramente dentro de cincuenta años todas las cuestiones que hoy nos traen tan alarmados habrán desaparecido. La pretensión de que el gabinete Isturiz resuelva ninguna cuestión es tan irracional como la de aquel juez que mandó al delincuente que eligiese árbol para ser en él ahorcado. El reo anduvo recorriendo todos los bosques de las cercanías sin encontrar sitio que le agradase para la operación. El ministerio y la crisis están jugando al escondite, y hasta ahora la crisis no ha podido cojer al ministerio.

Esto desespera á la union liberal que había concebido esperanzas de reemplazar al gabinete. No sabremos nosotros decir en qué las fundaba; pero los accesos de esperanza que periódicamente viene sufriendo la union liberal desde octubre de 1856, se habían exacerbado hasta tal punto en estos últimos días, que un progresista, el Sr. Lopez Grado, creyó hacer un llamamiento á sus amigos para que acudiesen á unirse al *caudillo del 30 de junio* (fecha del Campo de Guardias). Decía el Sr. Lopez Grado en su comunicado, poco más ó menos lo siguiente:

De las zampoñas guerreras
¿Qué! ¿no escuchais la señal?
Pues corred á las banderas
De Fergus y de Fingal.

Pero los Mac Donald y Mac Cameron del partido progresista se han contentado con enviar delante á este explorador; y recelosos de que la union liberal no sea llamada al poder, no se han atrevido á separarse de su clan. Tantas veces ha sonado en vano la zampoña de Fergus y de Fingal, que no es extraño este retraimiento de los jefes de la tribu progresista.

Entretanto, han venido las elecciones para la renovación de las diputaciones provinciales; y los partidos todos, con muy corta escepcion, se han retraído de concurrir á ellas, porque dicen si las listas están confeccionadas hace cuatro años; si se excluyó ó no de ellas á todo un partido y si se han cometido tales ó cuales ilegalidades. El Sr. Posada Herrera, ministro de la Gobernación, se ha distinguido en esta parte por un grande y generoso espíritu de elevada imparcialidad. Ha enviado una circular á los gobernadores, y les ha dicho que con tal que elijan hombres amantes de la Constitución reformada de 1845 y de la situación actual, los electores pueden dar su voto á quien quieran. Semejante magnanimidad ha chocado por lo inaudita, y así es que retirados los enemigos del orden, las elecciones han salido á pedir de boca, y el gobierno no tiene motivos sino para estar satisfecho del buen espíritu que sus agentes han sabido transmitir á las docenas de personas que se han presentado á usar de su amplísimo y libérrimo derecho de votar á los hombres de la situación.

Lo que nos apura un poco es el estado del Tesoro. El señor ministro de Hacienda estaba autorizado, por la autorización de presupuestos, para emitir acciones de carreteras hasta obtener la suma redonda de 55 millones de reales. Anuncióse la subasta, y aunque el tipo fijado por el gobierno era el de 82, no se presentaron licitadores sino para 2 millones. Esto parecerá imposible en la situación de paz y bienaventuranza que gozamos y en la altura á que los hombres de orden han sabido elevar el crédito; pero no hay nada más exacto; tanto, que viendo el señor ministro de Hacienda que los licitadores se retraían, porque la época va siendo de retraimientos ¿qué ha hecho? Ha ido y se ha entendido con un capitalista que le ha tomado todas las acciones á 81 con la condición de que no se había de admitir proposición que no fuese por la totalidad de las acciones, y que la subasta se había de hacer ocho días después. Esto es lo que se llama salir de apuros á lo Mirás. Los ministros de Hacienda mirensianos van formando escuela: según esta escuela se hace todo el negocio con una persona sola, y no hay necesidad de tantas minuciosidades como trae consigo el tener que entenderse con muchas. Esto vá á mejorar en gran manera los fondos públicos; y si ahora apenas se encuentra dinero al 7 y medio por 100, después de la vuelta del viaje lo tendremos al 10.

El gobierno ha prorogado hasta el 31 de diciembre el permiso que iba á terminar el 30 de este mes para la libre introducción de granos. Antes de cerrarse la legislatura, el señor marqués de Molins dirigió al gobierno en el Senado una interpelación sobre este asunto; y el gobierno por boca del ministro de Fomento, conde de Guendulain, declaró que de ningún modo se prorrogaría la libre importación porque en su concepto sería arruinar la agricultura. Hace ocho días, sin embargo, que ese decreto, que en opinión del gabinete en general y del ministro de Fomento en particular, arruina la agricultura, apareció en la *Gaceta*; mas el ministerio no ha creído que por tan poca cosa como una contradicción mas debía dejar el puesto. *Sapientis est mutare consilium* y si el refrán es verdadero puede proclamarse al gabinete Isturiz sapientísimo entre los sabios.

Por lo demás, celebramos mucho que la opinión pública haya alcanzado en materia de importación libre de cereales un triunfo tan señalado sobre el amor propio ministerial. La medida en sí es buena; lejos de arruinar la agricultura, la protege haciendo que los labradores pobres puedan proveerse con mas comodidad de granos para la siembra; y proporciona naturalmente la baja de los viveres, tan interesante para los consumidores.

Los calores van alejando de los teatros la concurrencia. Sin embargo, todavía han llamado la atención del público dos zarzuelas, representadas la una en el teatro de Jovellanos, la otra en el Circo. La *Giraldá*, si hubiera estado mejor ensayada, habría sido aun mas aplaudida, en el primero de estos teatros: las sucesivas representaciones han salido mejor y nos han hecho pasar un rato agradable oyendo bellísimas armonías. La *pata de Cabra*, representada en el Circo, no ha gustado: la empresa debe buscar cosas mejores si no quiere verse abandonada desde el principio.

En el Circo de Paul se habían anunciado grandes ejercicios de fuerzas y luchas gigantescas. Un Mr. Tourini, famoso atleta, se ofrecía á luchar con todo el que se presentase una hora antes de la función. Presentáronse varios y Tourini los venció á todos, pero el público no se dió por satisfecho. ¿Había habido ensayos particulares? El público lo creía y hasta se empeñó en que un luchador que salió con una careta y que ostentaba un abdomen prominente, había de vencer al mantenedor del palenque. Hubo sus silbidos y su alboroto; unos disputaban que el golpe con que Tourini había derribado á su contrario era un magnífico golpe de cadera; otros sostenían que había usado la no permitida zancadilla. Presentáronse en la arena en medio de este ruido dos individuos, el uno de los cuales comenzó á desnudar al otro para ponerlo en traje de lucha. El desnudante se dirigió después al público diciéndole que el desnudado era su hermano, y que iba á luchar con Tourini por el honor del nombre español. Aplausos unánimes saludaron aquel elocuente discurso, que hicieron repetir los diversos grupos de espectadores que no le habían oído. Llamóse á Tourini y se trató de obligarle á que luchara con el hermano del oidor; pero Tourini mandó á decir que estaba cansado y no podía luchar mas. ¡Allí fué Troya! El público tornó á alborotarse y el señor gobernador tuvo que subirse en una silla y dirigirle una patética exhortación, terminando por decir que en el término de un cuarto de hora se retiraran todos los hombres honrados, y prometiéndole que castigaría al que resultase delincuente. En efecto, parece que la empresa ha sido multada: sentimos que no haya hallado gracia á los ojos del señor gobernador. Tourini había cumplido con lo que estaba anunciado en el cartel: no podía pedírsele otra cosa.

En *Novedades*, Valero está inimitable en el papel de *Gasparito* (*Los primeros amores*) y la Cairon canta y baila con mucha gracia en la pieza *Moreno y ojos azules*, juguete sin pretensiones de un autor que puede hacer cosas mejores.

NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA.

EDITOR Francisco Serra y Madirolas.

MADRID 1857.—Imprenta de LA AMÉRICA, á cargo del mismo: calle del Baño, número 1.